

Vecinos y Parientes

(Teatro)

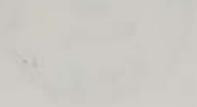
Julio Ardiles Gray

Ediciones de la Flor

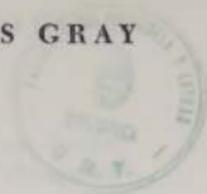


WILSON'S

1875



JULIO ARDILES GRAY



VECINOS Y PARIENTES

(TEATRO)

ARROZ CON LECHE... ME QUIERO CASAR

VISITA DE NOVIOS

GULLIVIER

LA ÚLTIMA CENA

F

91927

860 (826.5) Ardiles

Gray, J. J. Vecinos...01



EDICIONES DE LA FLOR

VEGINOS Y PAIDENES
TRATADO

Tapa: RENATA SCHUSSHEIM

REVISOR DEL TEXTO
REVISOR
LA BIBLIOTECA

© 1970

EDICIONES DE LA FLOR S. R. L.

Callao 449, 9º - Buenos Aires

Hecho el depósito que previene la ley

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

ARROZ CON LECHE . . . ME QUIERO CASAR

*Para Lily von Ziegler,
Tomás Eloy Martínez y sus "changuitos"*

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

REPARTO

PERSONAJES:

MANUELA, 20 años, una sirvienta de origen campesino.

DOÑA JOVITA, 70 años, madre de Eufrasia.

DON TOBIÁS, 75 años, padre de Eufrasia.

EUFRASIA, 40 años, soltera.

ZACARÍAS, 35 años.

LUISA, 30 años.

1911

1911

1911

ACTO PRIMERO

La sala de una vieja casa provinciana. El juego de sillas y sillones Luis XV está cubierto por gruesas fundas blancas. A la izquierda, una puerta conduce a la calle. En el medio, un pasillo y otras tres puertas, a los aposentos interiores. Dos muebles voluminosos, que nada tienen que ver con el estilo de los restantes, se levantan, a izquierda y derecha como dos vigías gigantescos: son algo así como aparadores o trinchantes de madera dura y muy recargados de tallas y ornamentos. Los pesados cortinados de terciopelo, y el tul, sucio y descolorido que oprime una opulenta araña de caireles, hacen más sofocante el clima que reina en el interior. En la sala, el tiempo parece haberse detenido. Las cosas, a punto de derrumbarse estrepitosamente entre el polvo y las telarañas, se sostienen apenas gracias a un aliento invisible.

(Al levantarse el telón aparece EUFRASIA sentada con desgano en uno de los sillones. Es una mujer madura, de edad indefinida, entre los treinta y los cuarenta años. A pesar de la edad, está vestida como una niña de siete años: pollera corta muy plisada, una enagua almidonada que le da un aire de ballerina, zapatos de charol, medias blancas, una blusa marinera y los cabellos recogidos con un gran lazo de seda roja. En la mano tiene el tejo de una inmensa rayuela la que ha dibujado en el piso con tizas de colores. De pronto, en un acceso de fastidio arroja el tejo, se toma la cara con las manos y queda pensativa. Luego de unos breves instantes entra

Doña JOVITA, una anciana menuda, madre de EUFRASIA, caminando hacia atrás con pasos muy cortos. EUFRASIA hace como que no la ha visto.)

DÑA. JOVITA. — ¡¡Siaeufrá! ¡Nañi! ¿Qué ceha en ese llonsi? ¿Has chohe los ciehere hoy?

EUFRASIA. — (*Refunfuñando.*) ¡No! ¡No quiero!

DÑA. JOVITA. — ¡Le voy a sarvia a tu drepa!

EUFRASIA. — ¡Qué me importa! ¡No tengo ganas!

DÑA. JOVITA. — ¡Los nestie que loscerha!

EUFRASIA. — ¡Ufa! Estoy cansada.

DÑA. JOVITA. — ¡Voy a lesarvia a tu drape!

EUFRASIA. — Quiero jugar a la rayuela!

DÑA. JOVITA. — ¡Roprime los cicscijer, puesdes despo garju a la larueya!

EUFRASIA. — (*Agresiva.*) ¡No. No. No! ¡Primero quiero jugar la rayuela!

DÑA. JOVITA. — ¡Táes bien! ¡Táes bien! ¡Voy a lesarvia a tu drapa!

EUFRASIA. — ¡Ya le he dicho que no me importa!
(Doña JOVITA sale caminando para atrás con sus pasos breves y amenazándola con la mano.)

DÑA. JOVITA. — ¡Ya vas a ver! ¡Ya vas a ver! ¡Qué lesdamo! ¡Qué lesdamo!

(EUFRASIA queda sola. Luego de un rato se pone de pie, toma el tejo, lo lanza en uno de los cuarteles y comienza a hacerle correr saltando en un pie. Cuando llega a la "casa mayor" o "cielo", recomienza. Doña JOVITA regresa acompañada por Don TOBIAS —el padre de la falsa niña—. EUFRASIA corre a esconderse detrás de uno de los sillones. Los dos viejos caminan hacia atrás con pasos menudos.)

D. TOBIAS. — ¡Siafraeu! ¡Siafraeu! ¿Qué es lo que me cedi tu drame? ¿Qué nos resquie cerha los cicscijere?

EUFRASIA. — ¡Más tarde, papá!

DÑA. JOVITA. — ¡No, rahoa momis!

D. TOBIAS. — ¡No mosdepo derper potiem!

DÑA. JOVITA. — ¡Gaven rapa acá!

EUFRASIA. — ¡No quiero!

(Don TOBIAS comenzando a perseguirla, caminando hacia atrás siempre, por toda la pieza.)

D. TOBIAS. — ¡A su drame no se le tatescon sia! Yo te voy a dar.

(Los dos VIEJOS inician la persecución de la falsa niña hasta que ésta se deja dar alcance. Don TOBIAS la toma de la mano, se sienta en un sillón, la pone sobre sus rodillas, le levanta la pollerita y comienza a darle chirlos en las nalgas. EUFRASIA chilla como una chica.)

EUFRASIA. — ¡Tabas! ¡Tabas! Ya me voy a tarpo bien, bien. Ya me voy a tarpo bien.

DÑA. JOVITA. — ¡Zamencó! ¡Zamencó!

(EUFRASIA caminando hacia atrás como los VIEJOS.)

EUFRASIA. — ¡Goten que me tarpor bien! ¡Goten que me tarpor bien! ¡Goten que me tarpor bien! ¡Goten que les cerdebeo a mis drespa! ¡Goten que les cerdebeo a mis drespa! ¡Goten que cerha los cioscijere! ¡Goten que cerha los cioscijere!

(Continúa girando así, en círculos mientras retrocede.)

DÑA. JOVITA. — ¡Táes bien! ¡Táes bien!

D. TOBIAS. — ¡Gasi! ¡Gasi! ¡Terandu diez tesnumi!

(De pronto se fija en el inmenso almanaque que cuelga de una de las paredes.)

(A Doña Jovita.) ¡Tejafi! ¡Tejafi! Lanuema no ceha lo que se le daman!

DÑA. JOVITA. — *(Critando.)* ¡Manuela! ¡Manuela!

(Entra MANUELA.)

MANUELA. — ¿Señora?

DÑA. JOVITA. — Te has olvidado de poner la hoja de ayer en el almanaque

D. TOBIAS. — Ya es bastante con que te niegues a hacer los ejercicios: a caminar hacia atrás, a no responder cuando le hablamos de atrás para adelante. Si no quieres acompañarnos y envejecer eso es cosa tuya. Pero hay ciertos deberes que tienes que cumplir porque nos perjudicas.

MANUELA. — (*Con gravedad fingida.*) Sí señor. Está bien, señora. Así lo haré.

DÑA. JOVITA. — Las hojas del almanaque están en la cómoda, Manuela.

(*MANUELA abre la cómoda, saca una hoja inmensa y la coloca en el almanaque descomunal que preside la sala.*)

D. TOBIAS. — También te has olvidado de volver las agujas del reloj. Como si lo hicieras a propósito para perjudicarnos.

MANUELA. — Nada de eso, señor. Me olvidé, simplemente.

DÑA. JOVITA. — (*Conciliadora.*) Es muy olvidadiza, Tobías. Tenés que tener en cuenta, además, que a ella los ejercicios no le importan, como a todos aquéllos que no nos creen.

(*MANUELA mirando con compasión y curiosidad a EUFRASIA que sigue girando en círculos mientras camina para atrás.*)

MANUELA. — Como manden los señores.

DÑA. JOVITA. — No se olvide del reloj.

(*MANUELA va hacia un enorme reloj de esfera y hace retroceder las agujas, de las cinco hasta las cuatro.*)

... ..

MANUELA. — ¿Nada más, señora?

DÑA. JOVITA. — Nada más.

(*MANUELA sale.*)

(*A Don Tobías.*) Mossiga con lo que mos bataes do-cienha trodena.

D. TOBIAS. — ¡Mossiga!

(Los dos VIEJOS salen caminando hacia atrás. EUFRASIA deja de girar y de repetir las frases y se derrumba cansada en un sillón.)

EUFRASIA. — ¡Dios mío!

(Se queda pensativa. Luego toma el tejo y comienza a jugar a la rayuela nuevamente. Suena el timbre de calle. Aparece MANUELA —la sirvienta—, y atraviesa la escena.)

¡Esperá, Manuela! ¡Esperá a que me esconda!

MANUELA. — ¡Está bien, señorita! Como usted diga.

(EUFRASIA corre a esconderse. MANUELA va hacia la puerta de calle y luego de un instante regresa seguida por una señora vestida de negro, con un sombrero encasquetado hasta los ojos y un velo que le cubre la cara.)

... ..

¿A quién anuncio?

LUISA. — A Clementina Martínez... La madrina de Eufrosia.

MANUELA. — ¿La madrina de la señorita Eufrosia?

LUISA. — *(Primero vacilante. Luego, decidida.)* Sí... A la madrina de la señorita Eufrosia...

MANUELA. — *(Mirándola con cierta desconfianza.)* ¡Está bien, señorita!

LUISA. — ¡Señora, por favor!

(Al quedar sola, LUISA corre por la habitación, de un lado para otro. Se detiene en cada mueble y lo observa cuidadosamente. Al final, decepcionada se dirige hacia un viejo teléfono de magneto, se quita el velo del sombrero, los anteojos negros, hace girar la manivela y levanta el tubo.)

¿Operadora? Con el treinta y uno... Sí... Tres... uno.

(Aguarda nerviosa mirando a cada rato hacia el pasillo por donde ha desaparecido la sirvienta.)

Sí... ¿sós vos? No hay ningún escritorio Chipendale... Sí... Estoy en la sala... He revisado mueble por mueble... Trataré de ver si ese bendito escritorio está en las piezas interiores... Sí... En cuanto pueda nos encontramos en la pensión...

(Se sienten ruidos en el interior.)

Corto... ahí viene gente... Como vos quieras, pero trataré de buscar el escritorio Chipendale con seis cajoncitos, tres de un lado y tres del otro... Cortá...

(Cuelga el tubo, se coloca los anteojos y el velo de nuevo y corre a sentarse en el sillón donde la había dejado la sirvienta. Por la derecha aparece Doña JOVITA y Don TOBIAS caminando para atrás. LUISA los mira extrañada.)

DÑA. JOVITA. — ¡Buenos días, comadre! ¡Buenos días!

D. TOBIAS. — ¿Cómo está comadre? ¡Muy buenos días!

(LUISA turbada, mirando el reloj que marca las cinco de la tarde y poniéndose de pie.)

LUISA. — ¡Buenas tardes, comadre! ¡Muy buenas tardes comadre!

DÑA. JOVITA. — *(Insistiendo.)* No. ¡Muy buenos días, comadre!

D. TOBIAS. — *(Sonriendo con picardía.)* ¡No, comadre, muy buenos días!

LUISA. — *(Desorientada.)* ¡Buenos días!... ¡Buenas tardes...! *(Reaccionando.)* Hace tanto tiempo que no nos vemos.

(Se lanza en brazos de Doña JOVITA y la besa en las dos mejillas.)

¡Yo diría diez años!

(Don TOBIAS sonriendo como si supiera un secreto muy gracioso.)

D. TOBIAS. — Diez para usted.

DÑA. JOVITA. — Para nosotros, no.

D. TOBIAS. — La semana pasada, según nuestros cálculos estuvimos con usted.

LUISA. — (*Desasosegada.*) ¿Cómo? ¡Pero si hace diez años que me fui a vivir a Buenos Aires!

DÑA. JOVITA. — Precisamente por eso: la semana pasada estuvimos con usted.

D. TOBIAS. — Cuando la fuimos a despedir a la estación.

LUISA. — (*Confundida.*) ¡Ah! Mi compadre y mi comadre quieren decir que no pasa el tiempo! ¡Una frase muy bonita!

(*Doña JOVITA mirándolo a Don TOBIAS y riéndose como dos niños que fueran cómplices de un secreto.*)

DÑA. JOVITA. — ¿Se lo decimos?

D. TOBIAS. — ¡Más adelante! ¡Se puede asustar como los otros!

LUISA. — (*Tratando de recobrar la calma.*) Es verdad. A veces una no se da cuenta de que pasa el tiempo. Sobre todo en esta casa.

D. TOBIAS. — (*Curioso.*) ¿Usted sabe algo?

DÑA. JOVITA. — ¡Seguro de que se lo han contado!

(*LUISA mirando los cortinados, los muebles, los cuadros.*)

LUISA. — No hago caso de los chismes comadre, usted bien lo sabe. (*Lírica.*) Todo está igual. Si me parece que fue ayer.

D. TOBIAS. — (*Curioso.*) Seguro que se lo han contado.

DÑA. JOVITA. — Pero mucha gente no nos cree.

LUISA. — (*Tratando de zafarse.*) Pareciera como si en esta casa no transcurriera el tiempo.

DÑA. JOVITA. — Usted lo ha dicho comadre.

D. TOBIAS. — Estoy seguro que usted sabe el secreto.

LUISA. — (*Idem.*) Todo está igual: los muebles, las cortinas, los cuadros (*señalando un candelabro sobre una consola.*) Hasta ese candelabro. Está en el mismo lugar donde lo dejé. Mi marido, que en paz descanse, me solía decir: Clemencia qué hermoso candelabro

- tienen nuestros compadres. Es una verdadera obra de arte.
- DÑA. JOVITA. — (*Con picardía.*) ¿Pero no nota algo más?
- D. TOBIAS. — ¡Fíjese bien!
- LUISA. — (*Mirando un tanto con angustia.*) No... No...
- DÑA. JOVITA. — ¡Fíjese bien!
- LUISA. — (*Saltando sobre la ocasión.*) ¡Ah sí! ¡No está un escritorio. Un escritorio secretaire Chipendale, con seis cajoncitos, tres de un lado y tres del otro!
- D. TOBIAS. — No, comadre, no.
- DÑA. JOVITA. — No nos referimos a los muebles. Nos referimos a nosotros.
- LUISA. — ¿A ustedes?
- DON TOBIAS. — Sí. A nosotros.
- DÑA. JOVITA. — ¿No nos encuentra nada nuevo?
- LUISA. — (*Vacilando.*) Sí... Sí... El traje de mi comadre es muy hermoso.
- DÑA. JOVITA. — (*A Don Tobías.*) ¡No se ha dado cuenta, Tobías!
- D. TOBIAS. — Le pasa lo que a muchos amigos nuestros.
- LUISA. — ¡Era un escritorio muy hermoso! ¿Lo han vendido?
- D. TOBIAS. — ¡Fíjese bien! Déjelo a ese escritorio en paz. Fíjese en nosotros.
- DÑA. JOVITA. — ¿No nos encuentra nada raro?
- LUISA. — (*De nuevo confundida.*) A decir verdad...
- D. TOBIAS. — ¿No le parece que estamos más jóvenes?
- LUISA. — (*Suspirando aliviada.*) Pero sí, compadre. Ya les dije que por algo me parecía que aquí el tiempo no transcurre.
- DÑA. JOVITA. — Al contrario...
- D. TOBIAS. — (*Casi en voz baja.*) ¡No se lo digas todavía, se puede asustar!
- LUISA. — ¡Esta sala me trae tantos recuerdos! ¡Tantas cosas hermosas ocurrieron aquí!
- DÑA. JOVITA. — Para nosotros el tiempo no pasa, Clemencia.

- D. TOBIAS. — ¡Todavía no, se puede asustar!
- LUISA. — (*Cada vez más lírica.*) ¡Aquí nos conocimos con mi marido! ¡Aquí me pidió que me casara con él! Qué hermosos eran sus recibos de los jueves, comadre.
- DÑA. JOVITA. — Ahora que está usted acá de nuevo, pienso volver a realizarlos.
- D. TOBIAS. — Aunque muchos de nuestros amigos ya no podrán venir.
- LUISA. — ¡Es verdad! ¡Es verdad!
- DÑA. JOVITA. — Pero ahora que usted está aquí nos reuniremos los jueves, aunque seamos sino los tres.
- D. TOBIAS. — Y le contaremos el secreto.
- LUISA. — ¿El secreto?
- DÑA. JOVITA. — El secreto que descubrimos con Tobías.
- D. TOBIAS. — Hay mucha gente que no nos cree, pero allá ellos.
- DÑA. JOVITA. — Porque no nos creen, se mueren.
- D. TOBIAS. — Si nos creyeran...
- DÑA. JOVITA. — (*A Luisa, inquisidora.*) Pero usted nos creerá, comadre, ¿no es cierto?
- LUISA. — (*Comenzando a aterrorizarse.*) Sí... Sí... Por supuesto.
- D. TOBIAS. — ¡Ya sabía yo!
- DÑA. JOVITA. — Usted es de las verdaderas amigas.
- LUISA. — (*Tratando de ganarse la confianza de los viejos.*) Por supuesto, comadre. Ni dudarle. Yo le creo todo.
- D. TOBIAS. — ¡Como yo te decía!
- DÑA. JOVITA. — ¡La podremos salvar!
- D. TOBIAS. — No le ocurrirá como a los otros que por no hacernos caso se han ido muriendo.
- LUISA. — (*Dando un salto.*) ¿Muriendo?
- DÑA. JOVITA. — No se asuste comadre.
- D. TOBIAS. — No haga como los otros. Tenga fe en nosotros.

LUISA. — (*Aterrorizada.*) Por supuesto... por supuesto que tengo fe.

DÑA. JOVITA. — Pero más adelante. Ahora hablemos de usted. Después hablaremos de nosotros.

D. TOBIAS. — ¿Piensa quedarse mucho tiempo en nuestro pueblo?

LUISA. — (*Más calma.*) Unos días. He venido a liquidar los pocos bienes que me quedaban. Yo no soy como ustedes que tienen una fortuna sólida. No tuve la suerte de comprar esas acciones de INDEX Sociedad Anónima que ahora están dando tan buenos dividendos y que les permite vivir desahogadamente.

D. TOBIAS. — Todo eso ahora ya no tiene importancia.

LUISA. — ¿Cómo que no?

DÑA. JOVITA. — Nada. Absolutamente nada.

LUISA. — ¿Cómo? ¿Quiere decir que las acciones ya no valen nada? No me mienta compadre. Yo leo las cotizaciones de la bolsa todos los días.

D. TOBIAS. — Pero dentro de poco no nos servirán de nada.

LUISA. — ¡Cada día se cotizan más!

DÑA. JOVITA. — Pero no para nosotros.

D. TOBIAS. — Dentro de unos años usaremos los certificados para jugar, ¿no es verdad Jovita?

DÑA. JOVITA. — (*Plena de gozo.*) Exactamente.

LUISA. — Pero cada día que pasa esa empresa es más fuerte. ¡Si mi difunto marido me hubiera escuchado, o mejor dicho, si lo hubiera escuchado a usted compadre cuando compró ese paquete, hoy no estaría pasando las angustias que paso!

(*Saca un pañuelito de la manga como si se dispusiera a enjugar una lágrima.*)

DÑA. JOVITA. — (*Asustada.*) ¡No me habían dicho que estaba en esa situación! ¿Qué pasó con todos sus bienes, comadre? ¡Mi compadre era rico!

LUISA. — Los negocios ya no rinden como antes. Ade-

- más, después de la muerte de mi marido, sola e inexperta, fui víctima de todos los aprovechadores. Apeñas si tengo una modesta renta.
- D. TOBIAS. — Eso no tiene importancia. Ahora estamos dispuestos a confiarle nuestro secreto y se dará cuenta que, dentro de poco nuestras acciones por más que valgan no nos servirán para nada.
- LUISA. — (*Acomodándose en la silla.*) ¿Secreto? ¿Cuál secreto?
- D. TOBIAS. — Pero antes tiene que jurarnos una cosa.
- DÑA. JOVITA. — ¡Tobías, cómo le pides eso a nuestra comadre!
- LUISA. — (*Curiosa.*) De mi boca no saldrá nada.
- D. TOBIAS. — ¿No nos encuentra más jóvenes, Clemencia?
- LUISA. — (*Titubeando.*) Si... a decir verdad...
- DÑA. JOVITA. — (*Ávida.*) ¿No nos encuentra que hemos cambiado? Físicamente, me refiero...
- LUISA. — (*Dándose cuenta que debe entrar en el juego.*) Sí. Sí. Por supuesto.
- D. TOBIAS. — (*Muy contento.*) Acabamos de cumplir treinta años.
- LUISA. — (*Dando un salto.*) ¿Treinta años?
- DÑA. JOVITA. — Como lo oye.
- D. TOBIAS. — Y todo gracias a los ejercicios.
- LUISA. — ¿Qué ejercicios?
- DÑA. JOVITA. — (*Con picardía.*) Ahí viene el secreto. Lo descubrimos un 25 de mayo.
- D. TOBIAS. — Jovita la tiene con que fue un 25 de mayo. No, mujer. Fue un 9 de julio, cuando estábamos resfriados y tomamos ese jarabe. El farmacéutico quizá se equivocó y cambió las recetas o las dosis.
- DÑA. JOVITA. — ¡Está bien, está bien! ¡Para qué vamos a discutir! (*A Luisa.*) Después descubrimos los ejercicios.
- D. TOBIAS. — (*A Luisa como una confidencia.*) Y comenzamos a hacer retroceder el tiempo.

DÑA. JOVITA. — Pero tenemos que hacer los ejercicios todos los días.

D. TOBIAS. — Ya no tengo dolores reumáticos ¿Quiere que le haga algunas flexiones?

(*Se pone de pie y comienza a hacer flexiones.*)

LUISA. — (*Espantada.*) ¡No se moleste compadre! ¡No se moleste! Se lo creo. No tiene necesidad. (*Con curiosidad repentina.*) ¿Y éstos son los ejercicios?

DÑA. JOVITA. — (*Riendo.*) No. ¡Qué van a ser!

D. TOBIAS. — Los ejercicios para vencer el tiempo son otros.

DÑA. JOVITA. — Yo no me privo de nada. Como de todo y me acuesto cuando me da la gana. Ya no necesitamos del médico, pero el doctor viene siempre a visitarnos.

LUISA. — (*Cada vez más sorprendida.*) ¿Y él les hace hacer los ejercicios?

D. TOBIAS. — No. Él no sabe nada. Pero siempre viene.

DÑA. JOVITA. — Qué extraño: siempre nos toma el pulso. Yo creo que ya se ha dado cuenta que somos muchísimo más jóvenes.

D. TOBIAS. — Aunque no quiere decir nada.

DÑA. JOVITA. — Yo creo que tiene miedo como todos nuestros amigos, a los que nos atrevimos a contarles el secreto.

D. TOBIAS. — (*Triste.*) ¡Nadie nos quiere creer!

LUISA. — Pero, ¿en qué consisten esos ejercicios?

DÑA. JOVITA. — ¡Ya va, comadre! ¡Ya va! ¡Tenga paciencia!

D. TOBIAS. — A usted le pasará lo mismo que nosotros.

LUISA. — ¿Usted cree?

DÑA. JOVITA. — Lo hemos probado con Eufrasia, su ahijada.

LUISA. — ¿Y?

D. TOBIAS. — Ahora tiene siete años.

DÑA. JOVITA. — El año pasado cuando cumpla seis le voy a coser un vestido rosa...

D. TOBIAS. — (*Aclarando.*) Eso será el año pasado. Luego cumplirá cinco, cuatro, tres, dos, uno...

LUISA. — (*Espantada.*) ¿Y después?

DÑA. JOVITA. — (*En el colmo del gozo.*) Después del parto quedaré embarazada.

LUISA. — ¡Pero la niña desaparecerá!

DÑA. JOVITA. — Y nosotros volveremos a ser niños.

LUISA. — ¿Pero y todos sus bienes? ¿Qué harán con todos sus bienes?

D. TOBIAS. — No tienen importancia.

LUISA. — ¡Cómo que no! Trescientos millones de pesos en acciones de INDEX Sociedad Anónima, con un dividendo anual del veinte por ciento, ¿le parece compadre que no tienen importancia?

DÑA. JOVITA. — En todo caso, las dejaremos para obras de caridad.

LUISA. — ¡No puede ser... No puede ser!

D. TOBIAS. — Pero comadre, no sea tan interesada. ¿Para qué nos pueden servir esos certificados? Su ahijada no los va a necesitar. Nosotros tampoco porque también desapareceremos a fuerza de hacer retroceder el tiempo.

DÑA. JOVITA. — Tanto no nos importan que ya ni sabemos donde están.

LUISA. — (*Ávida.*) Solían estar en el escritorio Chipendale. Ése de seis cajones; tres de un lado y tres del otro. Me acuerdo bien.

D. TOBIAS. — ¡Qué memoria! Pero no, ni Eufrasia sabe.

DÑA. JOVITA. — ¡Yo ni me acordaba!

LUISA. — (*Ávida.*) Y ese escritorio, ¿qué se ha hecho?

D. TOBIAS. — (*Riendo.*) Por ahí debe andar.

DÑA. JOVITA. — Lo pusimos en el cuarto de Eufrasia, su ahijada. Como ahora tiene que hacer los deberes.

D. TOBIAS. — Pero comadre, hasta ahora no ha preguntado de su ahijada.

- LUISA. — (*Sorprendida.*) Es verdad... Es verdad... Pero como todo lo que me han contado es tan extraño...
- DÑA. JOVITA. — Ninguno de nuestros amigos a los que se lo contamos, lo quisieron creer.
- D. TOBIAS. — Es una lástima, porque muchos han muerto.
- DÑA. JOVITA. — Podíamos haber vivido de nuevo cosas tan lindas con todos ellos.
- D. TOBIAS. — (*A Luisa, ansioso.*) ¿Pero usted nos creerá y hará los ejercicios, no es verdad?
- LUISA. — (*Apabullada.*) Sí... Sí... ¡Quiero ver a mi ahijada!
- D. TOBIAS. — (*Gritando.*) ¡Eufrasia! ¡Eufrasia! Vení que está tu madrina y quiere verte.
- DÑA. JOVITA. — ¡Está tan linda!
- D. TOBIAS. — (*Idem.*) ¡Eufrasia! ¡Vení que tu madrina te quiere ver!
- DÑA. JOVITA. — (*A Luisa.*) No la va a reconocer.
(*Aparece EUFRASIA y mira a LUISA fijamente.*)
- D. TOBIAS. — ¡Saluda tu madrina, hija!
(*EUFRASIA jugando el juego a fondo, con agresividad y desconfianza.*)
- EUFRASIA. — ¡No quiero!
- DÑA. JOVITA. — ¡No seas mal educada!
- EUFRASIA. — ¡No quiero!
- D. TOBIAS. — ¡Hija!
- DÑA. JOVITA. — ¡Niña!
(*EUFRASIA dando vueltas en torno a LUISA que cada vez se siente más incómoda.*)
- EUFRASIA. — ¡No quiero! ¡Ella no es mi madrina!
(*LUISA incómoda pero sacando fuerzas de flaqueza.*)
- LUISA. — ¡Vení, dame un beso! Seguro que no te acordás de mí. Yo soy tu madrina Clemencia. Vivo en Buenos Aires; hace muchos años que no nos vemos.

- D. TOBIAS. — ¡No seas terca, niña!
- DÑA. JOVITA. — ¡Dale un beso a tu madrina, te digo!
- EUFRASIA. — ¡No quiero, no quiero y no quiero!
- LUISA. — (*Desconcertada y como para salir del paso.*)
Quizá ya no se acuerde.
- DÑA. JOVITA. — ¡Qué no se va acordar! Si tiene una memoria hermosa.
- D. TOBIAS. — Lo que pasa es que está en la edad de los caprichos.
- DÑA. JOVITA. — ¡Es el paso de los siete a los seis!
- LUISA. — (*Falsamente mimosa.*) ¡Hija, venga con su madrina! ¡Su madrina la quiere mucho! ¿Ya no se acuerda de su madrina? ¡Si me da un beso le voy a comprar una muñeca así de grande!
- EUFRASIA. — (*Terca.*) ¡No quiero! Ya tengo muchas. Tengo el cuarto lleno de muñecas.
- DÑA. JOVITA. — Es Tobías. La mima demasiado.
(*Se levanta y va hacia EUFRASIA. La toma de la mano y la arrastra hasta echarla en brazos de LUISA.*)
¡Dale un beso a tu madrina! ¡No seas caprichosa!
- LUISA. — (*Con grandes aspavientos y besuqueándola.*)
¡Ahijada querida!
(*EUFRASIA resistiendo el abrazo y los besos de LUISA*)
- EUFRASIA. — ¡Tanto gusto, señora!
- LUISA. — ¿Pero ya no te acordás de mí?
- EUFRASIA. — ¡No!
- DÑA. JOVITA. — ¡Esos caprichos! ¡Esos caprichos!
- D. TOBIAS. — ¡Es tu madrina! ¡Vos la sabías querer mucho!
- EUFRASIA. — (*A Luisa con agresividad.*) ¡No! ¡No es mi madrina! Mi madrina no era así.
- D. TOBIAS. — Te vas a quedar sin postre. Yo te voy a curar esos caprichos. ¡Después tu madre me echa la culpa y dice que tus caprichos son consecuencias de mis mimos!

LUISA. — (*Embarazada por la agresividad de Eufrasia.*)
¡Déjela, compadre! ¡Déjela!

DÑA. JOVITA. — No, de ninguna manera.

LUISA. — (*Falsamente zalamera.*) Ya se acordará de mí.
¿No es cierto, preciosa?

EUFRASIA. — ¡No!

D. TOBIAS. — Eufrasia ¡andá para adentro!

(*LUISA cada vez más turbada por la forma como
EUFRASIA la mira*)

LUISA. — ¡Déjela, compadre, déjela! ¡Ya volveremos a
hacernos buenas amigas, como antes!

DÑA. JOVITA. — Además, los grandes tenemos que con-
versar de cosas que no deben escuchar los niños.

EUFRASIA. — (*Angustiada.*) ¡Pero mamá!

D. TOBIAS. — ¡Obedezca!

LUISA. — (*Vacilante.*) ¡Déjela, comadre... déjela! (*Tra-
tando de cambiar la conversación.*) ¡Qué linda está!

DÑA. JOVITA. — (*Orgullosa.*) Por suerte. Cuando más
chica se hace, más linda se pone. ¿No se acuerda cómo
era de hermosa cuando era una beba?

LUISA. — (*Con grandes aspavientos.*) ¡Claro que me
acuerdo! ¡Era muy linda!

D. TOBIAS. — Tenga paciencia. Ya volverá a verla. Falta
poco.

DÑA. JOVITA. — Nosotros también éramos lindos cuando
éramos niños.

D. TOBIAS. — Pero todavía falta mucho tiempo.

LUISA. — (*Por decir algo.*) Lástima que yo no los podré
ver.

DÑA. JOVITA. — Todo depende de usted, comadre. To-
do depende de usted.

LUISA. — ¿Cómo?

D. TOBIAS. — Cuando le demos el jarabe y le enseñe-
mos a hacer los ejercicios...

LUISA. — (*Turbada.*) Quizá... tal vez... ¿por qué no...? (*A Eufrasia.*) ¿Vas a la escuela?

EUFRASIA. — ¡No!

DÑA. JOVITA. — ¡Niña! ¿Qué son esos modales? Claro que va.

D. TOBIAS. — A primer grado superior.

DÑA. JOVITA. — Ya sabe leer, sumar, restar, multiplicar y dividir.

LUISA. — ¿Y hacés los deberes?

EUFRASIA. — ¡No!

DÑA. JOVITA. — Claro que los hace.

LUISA. — ¿Los hacés en el escritorio de tu papá? Es un lindo escritorio. Me acuerdo: tenía seis cajoncitos, tres de un lado y tres del otro. ¿Lo tenés en tu pieza? ¿Y cómo se llama tu maestra?

EUFRASIA. — ¡No sé!

D. TOBIAS. — ¡Eufrasia! ¡Si seguís así te voy a dar unos azotes delante de tu madrina, como hace un rato!

LUISA. — (*Cortando la escena.*) ¿Y te han enseñado a decir versos?

EUFRASIA. — (*Muerta de rabia.*) ¡Sí!

DÑA. JOVITA. — A ver, nena, si le decís a tu madrina uno de los versitos que te han enseñado en la escuela.

LUISA. — (*Encontrando el filón.*) Sí... Sí... Uno a la patria. No. Mejor uno dedicado a la madre. Pero con mucha interpretación, con mucha emoción, como para que se me salten las lágrimas.

(*EUFRASIA la mira con odio.*)

D. TOBIAS. — El de la primavera... ése que habla tanto de los pájaros, de los arroyos, de las gotas de rocío. El que me gusta a mí...

DÑA. JOVITA. — (*Heroica.*) O el del soldado moribundo que antes de morir besa el paño de su bandera.

(*EUFRASIA falsamente regalona pero con odio reprimido hacia LUISA.*)

EUFRASIA. — Voy a decir el que yo quiera...

D. TOBIAS. — (*Autoritario.*) ¡El de la primavera! ¡Tenés que obedecer a tu padre!

DÑA. JOVITA. — ¡Hija! ¡No mostrés la hilacha delante de tu madrina!

(*LUISA falsamente conciliadora, pero con un dejo de sadismo al ver la situación en que ha puesto a EUFRASIA.*)

LUISA. — ¡Déjela, comadre! ¡Déjela! ¡Que diga lo que ella quiera! ¡Lo que más le guste!

D. TOBIAS. — Usted comprende, comadre, que a esta edad no podemos dejarla hacer sus caprichos...

DÑA. JOVITA. — Recuerde que tiene un año menos.

D. TOBIAS. — Precisamente, porque está entrando en la edad de los caprichos.

(*LUISA perversa y al mismo tiempo para evitar que los viejos vuelvan al tema del tiempo.*)

LUISA. — Eufrasia quiere decir sus versos... ¡Escuchemos a mi ahijada!

D. TOBIAS. — (*Resignado.*) Está bien... la escuchamos... está bien...!

DÑA. JOVITA. — (*A Eufrasia.*) Eufrasia: ¿ya has pensado lo que vas a decir?

(*EUFRASIA se arregla la falda, luego el moño. Después hace un ademán amplio y ridículo.*)

EUFRASIA. — "A mi madre", por Juan José Videla, poeta colombiano del siglo XIX.

(*Compone la garganta. Luego con tono escolar*)

"Cuando derramo lágrimas por el suelo,
su recuerdo las limpia como un pañuelo.

Todas las flores adornan su nombre
con sus olores,

su sombra me baña

y su presencia me acompaña...

(*Con intención dolorosa*)

¡Madre!: ya no me importan otros amores
que siempre son y serán traidores.
Tu amor es el único verdadero
porque siempre será sincero.
¡Madre adorada, madre adorada! ...

(Se detiene trémula)

DÑA. JOVITA — *(Dictándole.)* “¡Madre querida ...!”

(EUFRASIA queda en silencio.)

LUISA — *(Sonriendo, con intención)* ¡Son los nervios!
¡Son los nervios!

D. TOBIAS — Lo sabe. ¡Mañana por la noche se acordaba!

EUFRASIA — *(Con rabia.)*

“¡Madre querida!

¡Por ti soy capaz de dar la vida!”

(Hace una gran reverencia, forzada y teatral.)

LUISA — *(Riéndose, sádica.)* ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Qué memoria tiene esta chica!

DÑA. JOVITA — *(Suspirando.)* Igual a la de su padre.

D. TOBIAS — *(Rebozando de orgullo.)* Nada de eso. Nada de eso. Ha heredado la tuya. Vos te acordás de todo ...

DÑA. JOVITA — *(A Luisa.)* Comadre, puede preguntarle lo que quiera ...

LUISA — *(Siguiendo el juego pero con maldad.)* A ver ... a ver ...

D. TOBIAS — De Historia ... De Geografía ... Lo que usted guste.

LUISA — Ya está; ¡del Catecismo!

DÑA. JOVITA — *(Ufana.)* Mejor ... mejor ... Se lo sabe entero.

LUISA — *(A Eufrasia, sádica.)* “¿Dónde colocó Dios a Adán y Eva?”

(EUFRASIA con rabia, recitando mecánicamente como en la escuela dominical.)

EUFRASIA — “Dios colocó a Adán y Eva en un lugar delicioso llamado Paraíso Terrenal”.

LUISA — (*Con avidez.*) “¿Les impuso alguna orden?”

EUFRASIA. — (*Idem.*) “Dios impuso a Adán y Eva el precepto de no comer del árbol del Bien y del Mal”.

LUISA — “¿Adán y Eva obedecieron a Dios?”

EUFRASIA — “No, Adán y Eva, tentados por el demonio, desobedecieron a Dios”.

LUISA — (*Cada vez más anhelante.*) “¿Cómo castigó Dios a Adán y Eva?”

EUFRASIA — “Dios castigó a Adán y Eva privándolos de la Gracia Santificante y además los arrojó del Paraíso y los condenó a padecer y a morir”.

LUISA (*Al borde del sadismo.*) “¿Dios tuvo misericordia de los hombres?”

(EUFRASIA no contesta.)

“¿Dios tuvo misericordia de los hombres?”

(*Silencio.*)

A ver... a ver... Hací un poquito de esfuerzo: “¿Dios tuvo misericordia de los hombres?”.

(EUFRASIA con los ojos muy tristes y mirando, lentamente a LUISA con intención.)

EUFRASIA. — “Sí... Dios tuvo misericordia... (*Con rabia.*)... de los hombres”.

DÑA. JOVITA — (*Aplaudiendo.*) ¡Muy bien! ¡Muy bien! D. TOBIAS — Ahora un poco de Historia Argentina.

DÑA. JOVITA. — (*Orgullosa.*) ¡De Geografía! ¡De geografías! Que nombre los ríos de África, Asia y Oceanía. Y las montañas del Canadá. Eso me gusta. Algunos de esos nombres son tan sonoros, tan misteriosos que con sólo escucharlos ya uno se pone a viajar en piraguas o en lentos vaporcitos.

LUISA — (*Burlona.*) ¡No cansemos a la niña! ¡No cansemos a la niña!

- D. TOBIAS — (*Triste.*) Es verdad. ¡Es tan buena!
- DÑA. JOVITA — ¡Es una lástima que tengamos que perderla!
- LUISA — (*Mirando a Eufrasia con intención.*) Es cierto... Es cierto... Pero ustedes serán jóvenes, primero, niños, después, y luego desaparecerán. Lo que me duele es que todos sus bienes quién sabe a dónde irán a parar.
- DÑA. JOVITA — A un asilo de ancianos, o a otras obras de caridad; no tienen importancia.
- D. TOBIAS — Me extraña comadre: el dinero en nuestro caso, no tiene importancia. Cuando usted haga los ejercicios y pueda hacer retroceder el tiempo ya verá que las angustias económicas desaparecen.
- DÑA. JOVITA — ¡Ah la juventud!
- D. TOBIAS — ¡La nuestra será una infancia tan extraña! Fascinante, ¿no es verdad? Seremos niños y nos acordaremos de todo lo que hicimos cuando éramos grandes.
- DÑA. JOVITA — (*A Luisa.*) Ya verá cuando volvamos a ser niños.
- D. TOBIAS — Pero tiene que tomar el jarabe y cumplir con los ejercicios al pie de la letra.
- LUISA — Les prometo, compadre. Les prometo. Con tal de acompañarlos... Pero, ¡mi ahijada!
- DÑA. JOVITA — Lo único que nos consuela es saber que Eufrasia desaparecerá primero.
- D. TOBIAS — Eso nos quita un peso de encima. Si la niña hubiera seguido creciendo... si nosotros hubiéramos seguido envejeciendo entonces sí que viviríamos angustiados por la suerte de las acciones. Cuando las compré, las compré pensando en ella, en que tenía que asegurarle un porvenir decoroso. Pero ahora, ya no hacen falta.
- DÑA. JOVITA — Si nosotros hubiéramos seguido envejeciendo, si nos hubiéramos muerto, ¿quién se habría ocupado de Eufrasia? Pero ahora al saber que ella

- desaparecerá primero nos hemos quitado un peso de encima. Porque el futuro está lleno de peligros.
- LUISA. — (*Siguiendo la corriente.*) Es verdad . . . es verdad. El mundo está lleno de peligros. No es como antes, el de nuestros tiempos, ¿se acuerda, comadre?
- D. TOBIAS — (*Lleno de beatitud.*) Gracias a Dios. Nosotros regresamos hacia ese tiempo, tan fuerte. ¡Ya estamos casi en el umbral de ese tiempo tan sólido!
- LUISA — (*Con un dejo de sadismo.*) ¡Cuéntele a Eufrasia, comadre, cómo era ese tiempo!
- D. TOBIAS — Los novios eran incapaces de levantar la vista para mirarse.
- EUFRASIA — (*Con rabia.*) ¿No se veían nunca?
- DÑA. JOVITA. — Sí, hija mía. Con tu padre nos veíamos, pero únicamente los días de visita.
- EUFRASIA — (*Ansiosa, dirigiendo las preguntas a Luisa.*) ¿Los días de visita?
- D. TOBIAS — Los jueves y domingos. Únicamente los jueves y domingos.
- EUFRASIA — ¿Y qué hacían?
- DÑA. JOVITA — Hablábamos de poesía, de cosas hermosas como las flores . . .
- EUFRASIA — (*Cada vez más ansiosa.*) ¿Y se tomaban la mano?
- DÑA. JOVITA — ¡Niña! ¿Qué decís? ¡Ni con el pensamiento!
- EUFRASIA — (*Más excitada aún.*) Pero, por las noches, ¿papá no venía a tu balcón? ¿No se veían a escondidas? ¿Nunca le diste un beso?
- D. TOBIAS — (*Asustado.*) ¡Eufrasia!
- DÑA. JOVITA — ¡Niña! ¿Quién te ha enseñado eso? ¡Seguro que es Manuela!
- LUISA — (*Falsamente compasiva, mirando a Eufrasia.*) Déjela, comadre. Está en la edad de la curiosidad.
- D. TOBIAS — (*Sentencioso.*) Todo estaba lleno de misterio.
- EUFRASIA — (*Maligna, siempre dirigiéndose a LUISA.*)

- ¿Y la noche de bodas? ¿Cómo fue la noche de bodas?
¿Cómo fue la noche de bodas?
- DÑA. JOVITA — (*Indignada.*) ¡Niña!
- D. TOBIAS. — (*Idem.*) ¡Pero qué atrevimientos!
- LUISA — (*Maligna.*) *Es la edad.* Es la edad de la malicia.
- DÑA. JOVITA — (*Machacona.*) Es Manuela. Ahora estoy segura de que es Manuela.
- EUFRASIA — (*Con mutación brusca hacia la inocencia fingida.*) No. No es Manuela. No la culpen a la pobre. Yo lo sé porque me lo ha contado un pajarito: cuando dos novios se casan, esa noche hay una gran fiesta.
- DÑA. JOVITA — (*Tranquilizándose.*) ¡Ah! ¡Sí!
- D. TOBIAS — La nuestra fue una fiesta muy linda. Había muchos invitados y una gran torta que tu madre y yo partimos.
- DÑA. JOVITA — (*Cursi.*) Luego bailamos un vals.
- LUISA. — (*Pérfida.*) ¡Un vals! ¡Qué romántico! ¡Me acuerdo!
- EUFRASIA — (*Con el demonio en los ojos.*) ¡Seguí, mamá! ¡Seguí!
- DÑA. JOVITA — Tu abuelo y tu abuela lloraban tanto...
- EUFRASIA. — (*Haciéndose la idiota.*) ¿Por qué?
- LUISA — (*Falsamente comedida pero siempre con malignidad.*) Los nervios, niña. Los nervios...
- EUFRASIA — (*A LUISA, detonante.*) ¿Y cuándo nací yo, madrina?
- LUISA — (*Sorprendida y vacilante.*) Bueno... este... bueno...
- DÑA. JOVITA — Tu mamá y tu papá escribieron una carta a los Reyes Magos.
- LUISA — (*Apresurándose para salir del embarazo.*) Que viven en París...
- EUFRASIA — (*A LUISA, cada vez más satánica.*) ¿Y cómo era la carta, madrina?

LUISA — (*Nuevamente incómoda.*) Y bueno . . . muy atenta . . .

DÑA. JOVITA — (*Rápida.*) En ella les explicábamos que queríamos una niña buena, muy buena, muy linda, muy dócil y que se llamara Eufrasia.

EUFRASIA — (*A LUISA, cada vez con mayor crueldad.*) ¿Y cómo mandaron la carta, madrina?

LUISA — (*Sacando fuerza de flaquezas.*) Por correo, naturalmente . . .

D. TOBIAS — (*Corriendo en auxilio de Luisa.*) Por correo, naturalmente . . .

EUFRASIA — (*A LUISA, feroz.*) ¿Y cómo nació yo?

(*LUISA poniéndose de pie para cortar la conversación.*)

LUISA — Debo marcharme, comadre. Tengo que hacer varias diligencias y otras visitas. Considere que es el primer día que estoy en el pueblo luego de tantos años de ausencia. Volveré así me enseñan a hacer los ejercicios.

DÑA. JOVITA — (*Imitándola.*) En verdad, es temprano. Podríamos no tomar el té.

(*A EUFRASIA.*) ¡Venga, hija mía! Deje que su madrina le dé un beso en la frente.

D. TOBIAS. — ¡Pídale la bendición!

EUFRASIA — (*Con rabia contenida pero triunfal.*) ¡La bendición, madrina!

LUISA. — (*Feroz.*) ¡Que Dios me la conserve tan inteligente, tan buena, tan dócil, tan pura . . . !

(*EUFRASIA se acerca, falsamente modosa y se inclina. LUISA simula darle un beso en la frente. Luego la "niña" hace una reverencia fingida y un mohín ridículo.*)

DÑA. JOVITA — (*A Luisa.*) No se pierda tanto, comadre. Ahora que está de vuelta venga a visitarnos más a menudo.

D. TOBIAS — Usted sabe que ésta es su casa. Sus puertas siempre están abiertas de par en par.

LUISA — (*Maligna e intencionada.*) Los felicito por mi ahijada. Es un portento. Hasta pronto, que se me hace tarde . . .

(*Sale muy señorona. Los viejos la acompañan caminando hacia atrás con pasos muy cortitos. EUFRASIA se deja caer en el sofá y suspira. Los ancianos regresan de la misma manera.*)

DÑA. JOVITA — (*A EUFRASIA.*) ¿Hiciste los deberes para ayer?

EUFRASIA — (*Resignada.*) Sí, mamá.

D. TOBIAS — (*Paternal.*) ¿Has tomado el remedio?

EUFRASIA. — (*Idem.*) Sí, papá.

DÑA. JOVITA — Hay que fumigar los rosales. Se están llenando de pulgones. Decile a Manuela que te ayude. Pero no trabajen hasta muy temprano. ¡Ah! Y si pasa algún insolente no se queden en el jardín: entren inmediatamente.

EUFRASIA — Sí, mamá.

D. TOBIAS — Así me gusta tener una hija sumisa y obediente.

DÑA. JOVITA — Siempre lo ha sido y lo será. Se parece a su padre.

D. TOBIAS — (*Zalamero.*) Mejor sería decir que se parece a los dos.

(*Los dos ancianos salen caminando siempre hacia atrás. EUFRASIA, triste y pensativa se sienta en un taburete. Luego se levanta. Toma el tejo y lo arroja en la primera casilla de la rayuela. Luego se pone a saltar y lo hace correr por los diferentes cuarteles. Aparece MANUELA.*)

MANUELA. — ¿Necesita algo la señorita? ¿Se siente bien?

EUFRASIA. — (*Sin darle importancia y siempre atendiendo a su juego.*) Sí . . . Ni mucho mejor ni mucho peor que otros días . . .

(En ese momento suena el timbre de la calle.)

Un momento, Manuela. No abrás todavía. Esperá a que me esconda...

MANUELA. — Como usted quiera, señorita.

(EUFRASIA corre a esconderse. MANUELA, va hacia la puerta de calle y regresa acompañada por LUISA y ZACARIAS. LUISA ha cambiado de ropas. Viste un severo traje sastre marrón. ZACARIAS es un hombre alto, desgarrado, de una edad indefinida pero más bien cercana a la de EUFRASIA. Está enfundado en un ridículo traje marinero de niño. Lleva medias zoquetes y zapatos de charol con hebillas. En la cinta de su gorra se lee "FRAGATA SARMIENTO".)

(Mirando de arriba a abajo, con mucha curiosidad a Zacarias.) Tome asiento, señora. Voy a avisar a la señora Jovita. ¿Cómo me dijo que era su nombre?

LUISA. — (Nerviosa.) No tiene importancia. Ella no me conoce.

MANUELA. — (Tratando de reconocer a Luisa.) Sin embargo tengo que anunciar a alguien...

LUISA. — Dígale que le traigo un mensaje.

MANUELA. — (Sin dejar de mirarla fijamente.) ¿Un mensaje?

LUISA. — (Molesta por la impertinencia de la sirvienta.) Sí. Le he dicho que un mensaje.

(MANUELA levanta los hombros con un gesto de "qué me importa" y sale. Los recién llegados toman asiento. La sirvienta se marcha. Los dos recién llegados permanecen unos instantes inmóviles. De pronto ZACARIAS se levanta y comienza a abrir y cerrar cajones, saca algunas carpetas, las vuelve a guardar, abre y cierra las puertas de los armarios mientras LUISA lo mira angustiada.)

LUISA. — Me dijiste que las acciones estaban en un escritorio Chipendale, en el cuarto de la mujer.

ZACARIAS. — Los puede haber cambiado.

LUISA. — También me lo dijeron los viejos.

ZACARIAS. — (*Siempre buscando afanoso.*) Es muy desconfiada. La conozco.

LUISA. — ¡Siento ruidos!

ZACARIAS. — Los puede haber cambiado de lugar.

LUISA. — ¡Por favor! Siento pasos. ¡Vení, Zacarías!

ZACARIAS. — Yo la conozco. Es muy desconfiada.

(*LUISA levantándose, tomándolo de un brazo y arrastrándolo hacia el sofá.*)

LUISA. — ¡Siento pasos, Zacarías!

(*ZACARIAS se detiene jadeando, mira a un lado y otro y corre con LUISA hacia el sofá donde toman asiento. En ese mismo instante la puerta lateral derecha se abre. Doña JOVITA y Don TOBIAS aparecen caminando hacia atrás, como siempre.*)

DÑA. JOVITA. — ¡Muy buenos días!

(*LUISA y ZACARIAS se ponen de pie*)

LUISA. — (*Algo turbada luego de mirar el reloj.*) ¡Buenas tardes . . . ! (*A DON TOBIAS.*) ¡Muy buenas tardes . . . ! (*A ZACARIAS.*) ¡Salude, niño!

ZACARIAS. — (*Haciendo una reverencia grotesca.*) ¡Buenas tardes, señora, muy buenas tardes, señor!

DÑA. JOVITA. — Yo soy Jovita Beltrán de Ramírez. (*Señalando a DON TOBIAS.*) Mi esposo: Tobías Ramírez.

(*DON TOBIAS hace una reverencia muy ceremoniosa y muy antigua.*)

D. TOBIAS. — Servidor, señora.

LUISA. — (*Turbada.*) Señorita . . .

D. TOBIAS. — Tomen asiento.

(*LUISA y ZACARIAS obedecen.*)

DÑA. JOVITA. — ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

LUISA. — Me llamo Luisa. Pero mi nombre no tiene importancia.

- D. TOBIAS. — ¿Y el niño?
- LUISA. — Zacarías. Precisamente, vengo por el niño...
- DÑA. JOVITA. — ¡Pero si el niño viene con usted!
- D. TOBIAS. — ¿En qué podemos serles útiles?
- LUISA. — (*Vacilante.*) Este... soy... la gobernanta del niño. ZACARIAS es hijo de don Zenón Valeriano Rodríguez. Un primo lejano suyo...
- D. TOBIAS. — ¿Zenón Valeriano Rodríguez? ¿Primo mío? No me acuerdo.
- LUISA. — Vivía en Comodoro Rivadavia con su mujer.
- D. TOBIAS. — ¿Con mi mujer?
- LUISA. — (*Confundida.*) No. Con la mujer de él. (*Fastidiada.*) La mujer de él se llamaba Eufrasia Menéndez.
- DÑA. JOVITA. — ¿Cómo dijo que se llamaba?
- LUISA. — ¡Eufrasia Menéndez!
- DÑA. JOVITA. — ¿Eufrasia? ¡Qué casualidad! ¡El mismo nombre de nuestra hija!
- D. TOBIAS. — (*Tratando de recordar.*) ¿Zenón Valeriano Rodríguez? ¿Primo lejano mío? ¡Qué raro! ¡No me acuerdo!
- LUISA. — (*Angustiada.*) ¡Haga memoria! ¡Haga memoria! (*DON TOBIAS luego de buscar por todos lados como si se le hubiera perdido algo.*)
- D. TOBIAS. — ¡Es que no encuentro con qué...!
- LUISA. — (*En el colmo de la desesperación.*) Él, siempre solía acordarse de usted. Creo que se vieron una o dos veces en la vida. Cuando eran niños...
- DÑA. JOVITA. — ¿Y estaba casado con Eufrasia Menéndez?
- D. TOBIAS. — Me suena, me suena...
- LUISA. — (*Desesperada.*) Los padres de los padres de don Zenón Valeriano Rodríguez eran primos hermanos de los padres de los padres de usted.
- D. TOBIAS. — (*Sorprendido.*) ¡Espere! ¡Espere! Mi padre se llamaba Ramírez. El padre de mi padre, por

supuesto, también debía llamarse Ramírez. Mi madre se llamaba González. Pero la madre de mi madre no tenía por qué llamarse González ¡Caramba! ¡No recuerdo!

DÑA. JOVITA. — Yo tampoco me acuerdo que haya habido en nuestra familia un primo lejano llamado Zenón Valeriano Rodríguez.

LUISA. — (*Desesperada.*) Sin embargo, don Zenón Valeriano Rodríguez siempre hablaba de su primo lejano Tobías Ramírez. Me decía: "Luisa, soy viudo; si algo me llegase a pasar, te llevás al niño, a Zacarías, a casa de mi primo lejano."

DÑA. JOVITA. — (*Alarmada.*) ¿Ocurrió algo grave?

LUISA. — (*Sacando un pañuelito de la manga.*) Sí, señora. ¡El niño es huérfano!

ZACARIAS. — (*Lastimero.*) Mi papá siempre se acordaba de usted. Don Tobías. Lo quería mucho y lo admiraba. Lo mismo que a tía Jovita.

DÑA. JOVITA. — (*Muy comadre.*) ¡Dios mío! ¿Qué pasó?

LUISA. — ¡Un accidente! ¡Un terrible accidente!

D. TOBIAS. — ¡Santo cielo!

ZACARIAS. — (*Más lastimero aún.*) Mi papá siempre me prometía que vendríamos a visitarlos para que yo los conociera. Pero como ahora mi papá está en el cielo...

DÑA. JOVITA. — (*Desgarradora.*) ¡Hijo de mi alma! ¡Tan niño y huérfano! (*A Luisa.*) ¿Y qué edad tiene?

LUISA. — Siete años.

DÑA. JOVITA. — (*Arrobada.*) ¡Como nuestra Eufrasia!

D. TOBIAS. — El niño parece sano y robusto.

LUISA. — Ahí está el problema: yo no tengo cómo alimentarlo. Soy institutriz y con el niño no puedo ocuparme. Al morir don Zenón me quedé sin trabajo.

DÑA. JOVITA. — No se aflija, señorita. No se aflija. Para eso estamos los parientes lejanos.

D. TOBIAS. — Pero, ¿cómo ocurrieron las cosas?

LUISA. — (*Hecha una Verónica.*) El niño está presente.

Prefiero hablar después. (A ZACARIAS.) Hijo: andá andá a la calle a jugar un rato.

DÑA. JOVITA. — No. A la calle, no. ¿Usted sabe las cosas que los niños aprenden en la calle? Será mejor que vaya al jardín.

D. TOBIAS. — A jugar con Eufrasia, nuestra hija. Tiene la misma edad del niño.

DÑA. JOVITA. — (Gritando.) ¡Eufrasia! ¡Eufrasia!

D. TOBIAS. — (Preocupado.) ¿Dónde se habrá metido esa chica? Últimamente la noto muy rara.

DÑA. JOVITA. — No te preocupes. Es el paso de los siete a los seis años.

D. TOBIAS. — (Gritando a su vez.) ¡Manuela! ¡Manuela!

DÑA. JOVITA. — Deben andar las dos en el jardín, matando los pulgones de los rosales.

(Aparece MANUELA.)

MANUELA. — ¿Llamaban los señores?

D. TOBIAS. — Manuela: ¡dígame a la niña Eufrasia que venga!

MANUELA. — Está haciendo los deberes para ayer. Me ha dicho que no quiere que la molesten.

DÑA. JOVITA. — Dígame que su padre la manda a llamar y que no hay deberes que valgan cuando un padre da una orden.

D. TOBIAS. — Muy bien dicho. Hay que hacer respetar la autoridad paterna como en los viejos tiempos.

MANUELA. — Como manden los señores. (Se retira.)

LUISA. — (Volviendo a la carga.) Estoy en una situación muy angustiada.

DÑA. JOVITA. — Y nosotros, ¿qué podemos hacer por usted, señorita?

LUISA. — Que se hagan cargo del niño, como era la voluntad de su difunto padre.

D. TOBIAS. — (Pensativo.) Eufrasia está muy sola.

DÑA. JOVITA. — (Idem.) Donde comen dos, comen tres...

D. TOBIAS. — (Idem.) Parece un buen muchacho...

(EUFRASIA entra corriendo.)

EUFRASIA. — ¿Qué pasa? ¿Me llamaban?

(Al ver a ZACARIAS disfrazado de niño se queda inmóvil. Luego se recobra y vuelve a adoptar su actitud y sus gestos de nena. Pasa rozando los muebles y presume a ZACARIAS.)

... ¡Hola!

ZACARIAS. — (Idem.) ¡Hola!

DÑA. JOVITA. — (A Eufrasia.) Te presento a tu primito Zacarías. Ha venido a vivir con nosotros. Lo tendrás que querer mucho porque su papito se ha ido al cielo.

(EUFRASIA se queda paralizada. Luego se recobra y sigue el juego.)

EUFRASIA. — ¡Qué pena!

ZACARIAS. — (Muy niño bueno.) Mi papito está en el cielo. Antes de irse al cielo le dijo a la señorita Luisa, mi gobernanta, que me trajera a casa de mis tíos.

DÑA. JOVITA. — Jugá un rato con tu primito.

D. TOBIAS. — Así se hacen amigos...

EUFRASIA. — (Nerviosa.) Pero papá... ¡yo tengo que estudiar la lectura para ayer! (Cada vez más desasegada.) La señorita me ha dicho...

D. TOBIAS. — (Autoritario.) Su padre le ordena que juegue con su primo Zacarías y las órdenes de un padre no se discuten.

EUFRASIA. — (Mordiéndose.) Sí, papá.

ZACARIAS. — (Cínico y jugando a fondo su papel de niño.) A mí me gusta el paso volante.

EUFRASIA. — (Caprichosa.) A mí, no.

ZACARIAS. — También me gusta saltar a la cuerda. ¿Tenes figuritas para cambiar? Yo ya he llenado tres álbumes y me han dado de premio una pelota de fútbol número cinco.

EUFRASIA. — (Con rabia pero siempre fingiéndose caprichosa.) No. No junto figuritas. No me gustan los

- premios que dan y, además, ya tengo once muñecas.
(*Irónica.*) ¿Quieres jugar a las muñecas?
- ZACARIAS. — (*Molesto.*) No. A eso, no. Son cosas de niñas. Juguemos a otra cosa.
- EUFRASIA. — Entonces, no quiero.
- DÑA. JOVITA. — ¡Pero hija! ¿Qué modales son esos? ¡No me hagas pasar un papelón delante de esta señorita! ¡Qué puede pensar de la educación que te damos!
- LUISA. — (*Molesta.*) No se aflija, señora. Los niños son así.
- DÑA. JOVITA. — (*A EUFRASIA.*) Mejoraré tus modales.
- D. TOBIAS. — O te vas a quedar sin postre.
- EUFRASIA. — ¿Quieres jugar a las adivinanzas?
- ZACARIAS. — Bueno... Pero empezá vos...
- EUFRASIA. — "Tapa sobre tapa, corazón de vaca".
- ZACARIAS. — (*Maligno.*) ¡Bah! ¡Muy fácil! Es la empañada.
- EUFRASIA. — (*Con fastidio.*) Ésta es más difícil: "Blanco soy, amarillo seré y cuando sea grande muchas plumas tendré".
- ZACARIAS. — (*Sobrador.*) ¡Bah! Más fácil aún: el huevo.
- D. TOBIAS. — (*Riendo.*) ¡A esa la sabía! ¡A esa la sabía!
- ZACARIAS. — (*Maligno.*) A ver si sabés ésta: "Por un agujero entro, por el mismo agujero salgo; tengo pelos y bigotes salvo en una parte.
- LUISA. — (*Indignada.*) ¡Niño!
- EUFRASIA. — (*Titubeando.*) El... la... el...
- ZACARIAS. — (*Triunfal.*) ¡El ratón! A ver esta otra: "Con el piquito picotea, con el culito tironea!"
- LUISA. — ¡Zacarias!
- EUFRASIA. — (*Descesperada.*) ¡Este... la... lo... el!
- ZACARIAS. — (*Triunfal.*) La aguja, tonta, ¿No ves que es la aguja?
- EUFRASIA. — (*Con rabia.*) Ahora me toca a mí: "En una cueva, bolita (*hace chasquear la lengua*), hay una piedra bolita (*hace chasquear la lengua*): ¡Óiganla! (*ha-*

ce chásquear la lengua) ¡Mírenla! (*saca una lengua descomunal.*)

ZACARIAS. — (*Muerto de risa.*) ¡Ja... ja... ja! ¡Facilísimo! ¡la lengua! Esperá a ver ésta: "Cada uno va con la suya, nadie puede andar sin ella porque si alguno la pierde entra en cofre de madera."

EUFRASIA. — (*Al borde de la histeria.*) Este... este. Si sé... este... la...

ZACARIAS. — (*Triunfal y arrinconándola cada vez más.*) La sombra, tonta ¿No ves que es la sombra? A ver esta otra: "Tengo un ojo en la frente y siempre ando con la barriga caliente".

EUFRASIA. — (*A punto de llorar.*) No sé... no sé...

ZACARIAS. — La locomotora. A ver esta otra: "Con un caballero me acuesto, con un caballero me levanto"...

LUISA. — ¡Zacarias! ¡Qué son esas palabras!

DÑA. JOVITA. — (*Temerosa.*) Jueguen a otra cosa. Mejor jueguen a otra cosa...

ZACARIAS. — (*Triunfal.*) Vamos a jugar al "Mantantero-liro-la".

EUFRASIA. — (*Acorralada del todo y resignada.*) Bueno... está bien...

ZACARIAS. — Vos te ponés allí.

(*La aparta y comienza el juego.*)

"Buenos días, su señoría, mantantero-liro-la".

EUFRASIA. — (*A desgano.*) "¿Qué querría, su señoría, mantantero-liro-la".

ZACARIAS. — (*Intencionado.*) "Yo querría a una de sus hijas, mantantero-liro-la".

EUFRASIA. — "¿Cuál de ellas usted querría, mantantero-liro-la".

ZACARIAS. — (*Lujurioso.*) "Una chica llamada Eufrasia, mantantero-liro-lá".

EUFRASIA. — "¿Con qué objeto la querría, mantantero-liro-la?"

ZACARIAS. — "Para darle un buen oficio, mantantero-liro-la".

EUFRASIA. — (*Curiosa.*) “¿Y qué oficio le daría mantantero-liro-la?”

ZACARIAS. — “La pondría de bella amante, mantantero liro-la”.

(*EUFRASIA rechazando a ZACARIAS que, en cada mudanza, se aproxima cada vez más y con malas intenciones.*)

EUFRASIA. — “Ese oficio no le agrada mantantero-liro-la”.

ZACARIAS. — (*Lujurioso.*) “La pondría de bella esposa . . .

(*LUISA al escuchar la palabra esposa se sobresalta*) mantantero-liro-la”.

EUFRASIA. — (*Insidiosa.*) “¿Es seguro, está seguro, mantantero-liro-la?”

ZACARIAS. — (*Lúbrico.*) “Muy seguro, bien seguro, mantantero-liro-la”.

EUFRASIA. — (*Evasiva.*) “¿Y si luego se arrepiente, mantantero-liro-lá?”

(*ZACARIAS muerto por el deseo y acercándose hasta rozarle los pechos con las manos.*)

ZACARIAS. — “Eso nunca, eso nunca, mantantero-liro-la”.

EUFRASIA. — (*Comenzando a ceder al deseo.*) “¿Tiene casa, tiene casa, mantantero-liro-la?”

ZACARIAS. — “Muy hermosa, muy hermosa, mantantero-liro-la”.

EUFRASIA. — (*Cerrando los ojos.*) “¿Y en la casa, qué hará ella, mantantero-liro-la?”

ZACARIAS. — “En la casa hay una cama . . .

(*Al sentir la palabra cama, LUISA se pone de pie. Luego se vuelve a sentar.*)

mantantero-liro-la”.

EUFRASIA. — (*Abandonándose al deseo.*) “¿Una cama con sábanas, mantantero-liro-la?”

ZACARIAS. — (*Jadeando por el deseo.*) “Con sus sábanas muy blancas, mantantero-liro-la”.

EUFRASIA. — (*Sensual y abandonándose cada vez más.*)

“¿Como si fuera un capullo mantantero-liro-la?”

ZACARIAS. — (*Al borde de sus fuerzas.*) “Es muy tibia, es muy tibia, mantantero-liro-la”.

EUFRASIA. — “Ya no puedo, ya no puedo, mantantero-liro-la”.

ZACARIAS. — “Yo también me estoy muriendo, mantantero-liro-la”.

(*EUFRASIA se marea y está a punto de descancarse.*)

EUFRASIA. — “Una cama muy hermosa, mantantero-liro la...”

(*Cae desmayada. ZACARIAS, asustado la recoge*)
(*LUISA alarmada, a ZACARIAS y corriendo hacia la niña.*)

LUISA. — ¡Zacarias! ¡Niño! ¿Qué has hecho?

ZACARIAS. — (*Jadeando aún por la lujuria.*) Nada... nada... ella se desmayó sola...

(*Doña JOVITA levantándose junto con Don TOBIAS y corriendo al revés como un par de muñequitos de cuerda.*)

DÑA. JOVITA. — ¡Hija! ¿Qué tienes?

D. TOBIAS. — ¡Hija mía!

EUFRASIA. — (*Volviendo en sí.*) Nada, papá. Nada mamá. No es nada. Me he mareado, eso es todo.

LUISA. — (*Feroz.*) ¡No jueguen juegos tan violentos!

DÑA. JOVITA. — Esta niña no anda bien, últimamente. Habría que hacerla ver con el médico.

D. TOBIAS. — Es la edad. El paso de los siete a los seis años...

DÑA. JOVITA. — Jueguen otros juegos más simples.

D. TOBIAS. — A la rayuela. Al tatetí...

DÑA. JOVITA. — Mientras nosotros le mostramos el jardín a la señorita (*a LUISA*)... ¿Cómo dijo que se llamaba?

LUISA. — Luisa, señora. Luisa...

D. TOBIAS. — *(En voz baja.)* Así nos cuenta lo del accidente...

(LUISA desesperada porque los ancianos comienzan a arrastrarla hacia afuera.)

LUISA. — ¡Zacarías!

ZACARIAS. — *(Con humildad fingida.)* ¿Sí, señorita Luisa?

LUISA. — *(Feroz.)* ¡Tenga cuidado con su prima, mucho cuidado!

ZACARIAS. — *(Cínico y humilde a la vez.)* ¡Sí, señorita Luisa!

DÑA. JOVITA. — ¡Qué chico más dócil!

D. TOBIAS. — Se ve que lo ha educado muy bien, señorita Luisa. La felicito.

(Los ancianos salen retrocediendo siempre con sus pasos muy cortos y arrastran a LUISA con ellos. EUFRASIA y ZACARIAS quedan solos.)

ZACARIAS. — *(Mutación brusca.)* ¡Basta de farsas!

(Se abalanza sobre EUFRASIA. Ésta corre y se esconde detrás de un sillón.)

EUFRASIA. — *(Gritando.)* ¡Piedra libre por Zacarías que está detrás de la mesa!

(ZACARIAS trata de darle caza pero EUFRASIA huye nuevamente y pone la mesa por delante.)

ZACARIAS. — *(Furioso.)* He dicho que basta de farsas. Estoy cansado de jugar a las escondidas, de vernos en la ventana por las noches, una vez por semana...

EUFRASIA. — *(Cantando.)* "¡Antón, Antón, Pirulero... cada cual atiende su juego y el que no lo atiende bien una prenda pagará...!"

ZACARIAS. — ¡Pero esta vez se terminaron las mentiras!
¡A mí no me importa que los viejos reventen!

EUFRASIA. — *(Corriendo en torno de la mesa.)* ¡Pido!
¡Pido! ¡Pido gancho!

ZACARIAS. — ¡Lo que pasa es que tenés miedo! ¡Pero yo sé que me querés!

(EUFRASIA siempre corriendo en torno de la mesa y cantando.)

EUFRASIA. — “¡Hacen así, así las señoritas!” “¡Hacen así, así me gusta a mí!

ZACARIAS. — (Furioso porque la presa se le escapa.)
¡Basta! ¡He dicho, basta!

EUFRASIA. — “¡Hacen así, así las costureras!” “¡Hacen así, así me gusta a mí!”

ZACARIAS. — (Deteniéndose y jadeando.) ¡Miráme a los ojos! ¡No podés mirarme a los ojos!

(EUFRASIA se queda paralizada. ZACARIAS aprovecha la oportunidad, la toma de las manos y luego la abraza. EUFRASIA hace esfuerzos desesperados por zafarse.)

EUFRASIA. — (Gritando.) “¡No vale!” “¡No vale!” “¡Has pisado raya!”

(ZACARIAS aflojando el abrazo temeroso de que la oigan.)

ZACARIAS. — ¡Pueden venir!

EUFRASIA. — (Idem.) “¡Tramposo!” “¡Has pisado raya!”

(Sorpresivamente, LUISA y los ancianos regresan conversando. EUFRASIA y ZACARIAS simulan jugar a la rayuela. LUISA les lanza una mirada terrible.)

ZACARIAS. — (Gritando, él también.) “¡No vale!” “¡No vale!” “¡Has pisado raya!” “Ahora me toca a mí!”

EUFRASIA. — “¡Mentiroso!” “¡No he pisado raya!” . . .
“¡No he pisado raya!” “¡Te duele porque te estoy ganando!”

DÑA. JOVITA. — ¡Niños! ¡Niños! . . . ¡Jueguen y no se peleen!

D. TOBIAS. — (A Luisa, que cada vez está más incómoda.) ¿Decía usted, señorita Luisa?

LUISA. — (*Confundida.*) ¡Que todo... todo... fue tan rápido...!

DÑA. JOVITA. — (*Como si hubiese comprendido.*) ¡Ah, sí! El niño... Tiene razón... ¿Quiere conocer la cocina?

D. TOBIAS. — (*Colaborando.*) Venga... Venga... Pro siga con su relato.

(*LUISA se deja arrastrar por los ancianos sin perder de vista, hasta el último momento, a EUFRASIA y ZACARIAS. Los tres salen de escena. En cuanto quedan solos, ZACARIAS se lanza a la caza de EUFRASIA nuevamente.*)

ZACARIAS. — (*Anhelante.*) ¡Basta! ¡Eufrasia! ¡Basta!
(*EUFRASIA saltando por encima de un sillón, y cantando.*)

EUFRASIA. — "¡Corderito, corderito, tan chiquito y tan ladrón...!"

ZACARIAS. — Esta noche, ¿entendés? ¡Esta noche tenés que dejarme abierta la puerta de tu cuarto...!

EUFRASIA. — (*Idem.*)... "roba plata del cajón, sin permiso del patrón. Manda el rey de Portugal que lo vayan a matar..."

ZACARIAS. — (*Siempre persiguiéndola.*) ¡Me vas a dejar abierta la puerta de tu cuarto! ¿Me entendés? Esto no puede seguir así! Vos tendrás tus razones, pero yo tengo las mías!

EUFRASIA. — "... corderito, corderón, tan chiquito y tan ladrón..."

(*Tropieza con una banqueta y se cae. ZACARIAS aprovecha la ocasión para tomarla fuertemente entre sus brazos. La levanta y comienza a acariciarla lúbricamente; la besa en el cuello, en los senos y apoya, finalmente, su cabeza en el vientre de la mujer.*)

(*cediendo a las caricias y con una voz muy débil*) "... corderito, corderón... tan chiquito... tan chiquito... y tan ladrón...!"

(En ese momento regresan LUISA, Doña JOVITA y Don TOBIAS. Al ver la escena LUISA no puede contener un grito.)

LUISA. — ¡Zacarías!

(ZACARIAS rápidamente se pone en situación de niño, como si terminara el juego de "La Farolera", de rodillas.)

ZACARIAS. — (Cantando.) "Bajen las banderas para que pase la Farolera ..."

EUFRASIA. — (Primero confusa, luego en el juego.) "Farolera tropezó, por la calle se cayó. Al pasar por un cuartel, se enamoró de un coronel ..."

ZACARIAS. — (Poniéndose de pie.) ¡No! ¡Así no! ¡No juego!

D. TOBIAS. — (Conciliador.) ¡Bueno ... bueno ... niños! ¡No peleen!

DÑA. JOVITA. — (Inocente.) ¿Por qué no juegan a otro juego?

EUFRASIA. — (Confusa.) Es que ... es que ...

ZACARIAS. — Es que somos dos, tía Jovita. Hay pocos juegos para dos.

D. TOBIAS. — Tienen el tatetí. El "uni-duli-trili-cuatrili", el que se juega con las manos y del cual yo era un campeón cuando era chico.

LUISA. — (Sofocada.) Los juegos cambian ...

ZACARIAS. — (Inocente.) No, señorita Luisa. Yo lo sé jugar ...

D. TOBIAS. — (Arrastrando a LUISA nuevamente.) Venga ... venga ... ahora le mostraremos el jardín que da sobre la calle. Tiene una verja de hierro forjado muy antigua, pero muy antigua. Es casi una pieza histórica ...

LUISA. — (Mirando desesperadamente a EUFRASIA y ZACARIAS.) Es que ... es que ...

DÑA. JOVITA. — (Confianzuda.) No se preocupe por los

niños. ¿No ve lo bien que se entienden? Se pelean, pero eso es una cosa tan natural en ellos...

(*Salen.*)

ZACARIAS. — (*Corre y toma nuevamente en sus brazos a Eufrasia.*) Esta noche, cuando el reloj dé las dos, ¿me dejarás abierta la puerta de tu cuarto?

EUFRASIA. — (*Trémula y tratando de fingir.*) "Arroz con leche... me quiero casar... con una señorita de esta ciudad..."

ZACARIAS. — ¿Sí?

EUFRASIA. — (*Vencida.*) "Me quiero casar... con una señorita..."

(*En ese momento entra MANUELA*)

MANUELA. — (*Cínica.*) ¡Qué lindo! ¡Qué lindo! ¡Yo también quiero jugar!

EUFRASIA. — (*Retomando su papel de nena.*) ¡No quiero! ¡Ahora no quiero! Zacarías es mi primo, ¿entendés? y no es primo tuyo.

MANUELA. — (*Idem.*) ¡Pero niña Eufrasia! ¡No le voy a hacer nada a su primo! Yo también quiero jugar con él. (*A Zacarías insinuándose.*) ¿Vos no querés jugar conmigo? ¡Yo sé que sos bueno!

(*ZACARIAS tentado por la insinuación de MANUELA pero sin saber si seguir el juego o discutirlo.*)

ZACARIAS. — "Y bueno... si vos querés..."

EUFRASIA. — (*Siempre en el juego.*) Manuela: ¡andate! ¡Zacarías es mi primo! (*A Zacarías.*) ¿Con quién vas a jugar, Zacarías? ¿Con ella o conmigo?

(*MANUELA acercándose a ZACARIAS cada vez más insinuante.*)

MANUELA. — Yo sé muchos juegos que podemos jugar los dos...

ZACARIAS. — (*Tentado por la insinuación de MANUELA.*) ¿Cuál, por ejemplo?

MANUELA. — A los novios... ¿No te gustaría jugar a los novios conmigo?

EUFRASIA. — (*Furiosa.*) ¡Manuela! Andate o les aviso a mis papás. ¡Únicamente Zacarías y yo vamos a jugar a los novios!

MANUELA. — (*Fingiendo enojo.*) ¡No sea mala, niña Eufrasia!

EUFRASIA. — ¡Vos tenés que hacer las cosas de la casa!

MANUELA. — (*Comenzando a acariciar a ZACARIAS.*) Siempre hay tiempo para jugar... ¿No es cierto, niño Zacarías?

ZACARIAS. — (*Dejándose tentar cada vez más.*) Sí... Sí...

EUFRASIA. — (*A ZACARIAS.*) ¿Con quién vas a jugar? ¿Con ella o conmigo?

(*ZACARIAS vacilando entre dos fuegos. Tentado por las insinuaciones de MANUELA.*)

ZACARIAS. — ¿Y...?

MANUELA. — (*Ofreciéndose desvergonzadamente.*) Con las dos, ¿no es cierto?

ZACARIAS. — (*Al borde de la tentación.*) Sí... Sí... puede ser...

MANUELA. — (*Insidiosa.*) Porque si no juega conmigo, los dos pueden ir en penitencia.

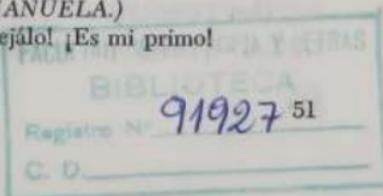
(*EUFRASIA a punto de salir del juego, con rabia apenas contenida.*)

EUFRASIA. — ¡Andate, Manuela! Te he dicho que te vayas. ¡Zacarías es mi primo y no juega con nadie más!

MANUELA. — (*Comenzando a acariciar a ZACARIAS.*) ¡Con las dos! ¡Con las dos! ¡Un rato cada una! ¡No hay que ser egoísta!

(*ZACARIAS, vacila pero comienza a responder a las insinuaciones de MANUELA.*)

EUFRASIA. — (*Salvaje.*) ¡Dejalo! ¡Es mi primo!



(EUFRASIA trata de separar a MANUELA de ZACARIAS. En la puja los tres ruedan por el suelo y derriban una silla y una mesita.)

ZACARIAS. — (Sofocado.) ¡Basta! ¡Basta!

(En ese momento regresan LUISA, Doña JOVITA y Don TOBIAS.)

LUISA. — (Dando un grito.) ¡Zacarias!

DÑA. JOVITA. — ¡Niños!

D. TOBIAS. — ¡Qué modo de jugar es ése!

(ZACARIAS sacando la cabeza por entre un nudo de manos y de piernas y disculpándose.)

ZACARIAS. — ¡Me hacen cosquillas!

D. TOBIAS. — (A MANUELA, severo.) ¡Manuela: vaya adentro!

(MANUELA se levanta y se arregla la ropa)

MANUELA. — (Sofocada aún.) Como manden los señores, pero quiero decirles que...

D. TOBIAS. — ¡Nada de disculpas!

MANUELA. — ¡Está bien señor!

DÑA. JOVITA. — Usted ya es grande. ¡Debería dar el ejemplo a los niños!

MANUELA. — ¡Está bien, señora! (Sale.)

LUISA. — (Feroz, mirando a ZACARIAS.) ¡Es tan travieso! Quizá sea su único defecto.

EUFRASIA. — (Desesperada.) ¡Pero, mamá...!

DÑA. JOVITA. — (Severa.) ¡Vaya adentro! ¡Vaya a hacer sus deberes!

EUFRASIA. — (Sumisa, mirando a ZACARIAS con un deseo irreprímible.) ¡Está bien, mamá!

ZACARIAS. — (Vacilando, primero a LUISA y luego a EUFRASIA.) ¡Pero yo... Pero yo... Eufrasia!

(LUISA sin poder contenerse, a Doña JOVITA y a Don TOBIAS.)

LUISA. — ¡Tengo que contarles un secreto terrible! (A

ZACARIAS.) ¡Zacarías: andá a jugar un rato en la calle!

(ZACARIAS lastimero pero a la vez muerto de curiosidad por lo que va a contar LUISA.)

ZACARIAS. — ¡Pero señorita Luisa: yo no hice nada!

DÑA. JOVITA. — (Severa.) No. A la calle, no. En la calle los niños adquieren malas costumbres. Vaya adentro, hijo. Vaya al jardín.

D. TOBIAS. — ¡Pero mucho cuidado con su prima y, sobre todo, con Manuela! ¡Que no los volvamos a encontrar jugando a ese juego de hacerse cosquillas...!

ZACARIAS. — (Muerto de rabia.) ¡Está bien, tío! (Sale.)
(LUISA arrojándose a los pies de los viejos, falsamente melodramática.)

LUISA. — ¡No! ¡No puedo vivir lejos del niño! ¡Tengo que confesarles un secreto!

DÑA. JOVITA. — (Alarmada.) ¿Un secreto?

LUISA. — Sí. Pero júrenme que nunca se lo dirán a Zacarías!

DÑA. JOVITA. — Tenga confianza. Le doy mi palabra.

D. TOBIAS. — (Curioso.) ¡Le damos nuestras palabras!

LUISA. — ¡El niño es hijo mío!

DÑA. JOVITA y D. TOBIAS. — (Al mismo tiempo.) ¡Cómo!

(LUISA luego de tomarse la cara entre las manos y fingir sollozos como en los antiguos melodramas.)

LUISA. — Es el fruto de mis amores con Zenón. Yo trabajaba de sirvienta en su casa. Comprendo que no se haya casado conmigo: no éramos de la misma clase social. ¡Pero reconoció al niño y le dio su apellido!

DÑA. JOVITA. — ¡Pobre mujer!

LUISA. — (Idem.) El niño no sabe que soy su madre. Nunca se lo he dicho para que no se avergüence.

D. TOBIAS. — (Muy hidalgo.) Nosotros tampoco abriremos nuestras bocas.

DÑA. JOVITA. — Pero, ¿qué podemos hacer por usted, buena mujer?

LUISA. — (*Mater dolorosa.*) ¡Déjenme vivir en esta casa, a su lado! ¡Trabajaré sólo por la comida! Pero de noche, me correré en puntas de pie hasta la habitación de mi angelito para verlo dormir. ¡Le besaré de lejos, cuando esté dormido!

DÑA. JOVITA. — (*Desarmada.*) ¡Pobre mujer!

D. TOBIAS. — (*Idem.*) ¡Podría ser! ¡Podría ser! Así le ayuda un poco a Manuela en su trabajo.

LUISA. — (*Besando el ruedo del vestido de Doña JOVITA.*) ¡Gracias, señora! ¡Gracias! ¡Dios se lo pagará!

DÑA. JOVITA. — (*Muy digna, tomándola de una mano*) ¡Levántese, usted, buena mujer! ¡Se lo ruego!

LUISA. — Dios los bendiga.

(*ZACARIAS entrando, con una flor en la mano.*)

ZACARIAS. — ¡Tía Jovita! ¡Tío Tobías! ¡Miren lo que encontré...!

(*Al ver a LUISA arrodillada todavía se detiene estupefacto.*)

(*A LUISA.*) ¡Señorita Luisa! ¿Qué hace allí arrodillada?

LUISA. — (*Feroz en su alegría.*) Zacarías: sus tíos me han dado permiso para que me quede en esta casa y para que lo cuide a usted!

ACTO SEGUNDO

(Al levantarse el telón, la escena está vacía. El reloj de la Iglesia da dos campanadas. ZACARIAS, enfundado en un "osito" y de puntillas, se dirige al cuarto de EUFRASIA. En ese momento se escucha un pequeño ruido de llave o picaporte y la puerta queda entreabierta. ZACARIAS sonríe y se dispone a avanzar cuando la puerta del primer cuarto de la derecha se abre y aparece LUISA en camisón.)

LUISA. — ¿Dónde vas?

ZACARIAS. — (Confuso.) A... tomar agua...

LUISA. — (Enérgica e intencionada.) El baño y la cocina quedan del otro lado.

ZACARIAS. — (Reaccionando molesto.) Yo tomo agua donde se me da la gana. Voy al jardín.

LUISA. — (Firme.) Por aquella otra puerta. Además llueve.

ZACARIAS. — (Mordaz.) Es que quería saltar por la ventana.

LUISA. — (Conteniendo la rabia.) Vos vas a otro jardín. A recoger otras flores.

ZACARIAS. — Eso es asunto mío.

LUISA. — Y mío también. ¿Puedo saber hasta dónde nos llevarán tus ideas geniales?

ZACARIAS. — Todo marcha tal como lo hemos planeado.

LUISA. — No vaya a ser que, después, sea yo la que tenga que pagar los platos rotos.

ZACARIAS. — (A la defensiva.) El que haya fracasado una vez, no quiere decir...

LUISA. — Si tan sólo hubiera sido una vez...

DÑA. JOVITA. — Pero, ¿qué podemos hacer por usted, buena mujer?

LUISA. — (*Mater dolorosa.*) ¡Déjenme vivir en esta casa, a su lado! ¡Trabajaré sólo por la comida! Pero de noche, me correré en puntas de pie hasta la habitación de mi angelito para verlo dormir. ¡Le besaré de lejos, cuando esté dormido!

DÑA. JOVITA. — (*Desarmada.*) ¡Pobre mujer!

D. TOBÍAS. — (*Idem.*) ¡Podría ser! ¡Podría ser! Así le ayuda un poco a Manuela en su trabajo.

LUISA. — (*Besando el ruedo del vestido de Doña JOVITA.*) ¡Gracias, señora! ¡Gracias! ¡Dios se lo pagará!

DÑA. JOVITA. — (*Muy digna, tomándola de una mano*) ¡Levántese, usted, buena mujer! ¡Se lo ruego!

LUISA. — Dios los bendiga.

(*ZACARIAS entrando, con una flor en la mano.*)

ZACARIAS. — ¡Tía Jovita! ¡Tío Tobías! ¡Miren lo que encontré...!

(*Al ver a LUISA arrodillada todavía se detiene estupefacto.*)

(*A LUISA.*) ¡Señorita Luisa! ¿Qué hace allí arrodillada?

LUISA. — (*Feroz en su alegría.*) Zacarías: sus tíos me han dado permiso para que me quede en esta casa y para que lo cuide a usted!

ACTO SEGUNDO

(Al levantarse el telón, la escena está vacía. El reloj de la Iglesia da dos campanadas. ZACARIAS, enfundado en un "osito" y de puntillas, se dirige al cuarto de EUFRASIA. En ese momento se escucha un pequeño ruido de llave o picaporte y la puerta queda entreabierta. ZACARIAS sonríe y se dispone a avanzar cuando la puerta del primer cuarto de la derecha se abre y aparece LUISA en camisón.)

LUISA. — ¿Dónde vas?

ZACARIAS. — (Confuso.) A... tomar agua...

LUISA. — (Enérgica e intencionada.) El baño y la cocina quedan del otro lado.

ZACARIAS. — (Reaccionando molesto.) Yo tomo agua donde se me da la gana. Voy al jardín.

LUISA. — (Firme.) Por aquella otra puerta. Además llueve.

ZACARIAS. — (Mordaz.) Es que quería saltar por la ventana.

LUISA. — (Conteniendo la rabia.) Vos vas a otro jardín. A recoger otras flores.

ZACARIAS. — Eso es asunto mío.

LUISA. — Y mío también. ¿Puedo saber hasta dónde nos llevarán tus ideas geniales?

ZACARIAS. — Todo marcha tal como lo hemos planeado.

LUISA. — No vaya a ser que, después, sea yo la que tenga que pagar los platos rotos.

ZACARIAS. — (A la defensiva.) El que haya fracasado una vez, no quiere decir...

LUISA. — Si tan sólo hubiera sido una vez...

ZACARIAS. — Vos dejame hacer. Dejame a mí...

LUISA. — (*Imitándolo.*) "Dejame a mí" "Dejame a mí": así dijiste la última vez y me tuve que tragar seis meses de cárcel. "Dejame a mí, dejame a mí", también dijiste: me tomé tu famoso remedio para aumentar veinte kilos más, rebajo cincuenta y dejé de ser la mujer gorda del mundo y me echaron del circo...

ZACARIAS. — (*A la defensiva.*) El que haya fracasado una vez no quiere decir que...

LUISA. — Si tan solo fuera una vez... Decime: ¿qué pensás hacer con esa pobre solterona que no se atreve a encerrar a sus padres donde deben estar, que se muere de ganas de tener un hombre en la cama? Decime: ¿qué pensás hacer con esos pobres viejos chillados?... Espero que no pensarás...

ZACARIAS. — (*Afligido, tratando de calmarla.*) No... No. No pensés macanas... Ahora soy un sobrino lejano. Ya me han adoptado. Después de unos meses voy a convencerla a la solterona para que me dé las acciones con el pretexto de un negocio... Ahora tengo que averiguar si las acciones están de verdad como me dijiste en ese famoso escritorio Chipendale. Después levantaremos vuelo.

LUISA. — (*Desconfiada.*) Zacarías: no me mientas. Vos venís a esta casa por otra cosa, además de las acciones. Tengo un presentimiento: a vos te gusta esa mujer. Zacarías: te conozco.

ZACARIAS. — (*Tratando de dar vueltas la situación.*) ¿Celos? Qué gracioso. No es la primera vez que te ocurre.

LUISA. — Zacarías: vos querés librarte de mí.

ZACARIAS. — (*Comenzando a encolerizarse.*) ¿Y por eso has decidido instalarte en esta casa? Dejate de pensar tonteras.

LUISA. — Vos te querés acostar con ella.

ZACARIAS. — Meras razones profesionales. Para que las cosas sean más verosímiles.

- LUISA. — Zacarías: esta noche, quieras o no, te vas a acostar conmigo. ¿Entendés?
- ZACARIAS. — (*Desesperado.*) No puedo.
- LUISA. — A mí no me contás más el cuento. O te acostás conmigo esta noche o armo un escándalo y se lo cuento todo a la solterona y a los viejos los saco del limbo en que viven.
- ZACARIAS. — ¿Estás loca? ¿Cuando todo está marchando perfectamente . . . ?
- LUISA. — ¡Zacarías! Esta noche necesito acostarme con vos.
- ZACARIAS. — ¿Estás loca? Aguantá como me las aguanto yo.
- LUISA. — (*Suplicando.*) ¡No puedo! Esta vez no puedo. No sé por qué los celos me corroen.
- ZACARIAS. — Lo vas a echar a perder todo. ¡Andate! ¡Te digo que te vayás!
- LUISA. — ¡No, Zacarías! ¡Primero conmigo! ¡Después, con ella!
- ZACARIAS. — Mirá, Luisa: ya no tengo veinte años. Para esta noche me estuve entrenando largo tiempo, vos bien lo sabés. Considerá este sacrificio como una inversión a largo plazo.
- LUISA. — (*Mimosa.*) Si no venís conmigo esta noche voy a pensar que realmente estás enamorado de esa mujer . . . Que ya no me querés.
- ZACARIAS. — ¡Ufa! No te pongás pesada.
- LUISA. — ¡No puedo más de los celos, Zacarías! ¡No puedo más!
- ZACARIAS. — Te comprendo, te comprendo. Yo también hace un mes que estoy en ayunas . . . Pero lo habíamos previsto como parte del negocio. ¿Sí, o no?
- LUISA. — ¡Está bien! (*Resignada.*) ¡Está bien (*Luego con un golpe de esperanza.*) ¿Pero después vas a venir a mi cuarto? ¡Jurámelo!
- ZACARIAS. — (*Desesperado.*) Sí, mujer. ¡Te lo juro!
- LUISA. — Por lo que más quieras.

ZACARIAS. — Está bien. Te lo juro por vos. Ahora andate.

(Mira a un lado y otro con aire sospechoso.)

Siento ruidos.

(LUISA, atemorizada, se marcha en el preciso momento en que se abre la puerta del cuarto de EUFRASIA y ésta aparece en escena con un camión liviano. Se ha convertido en una mujer seductora y atrayente.)

EUFRASIA. — Hace un rato que el reloj ha dado las dos. Dejé abierta la puerta...

ZACARIAS. — *(Nervioso.)* No pude venir antes. Sentí ruidos... pasos...

EUFRASIA. — ¡Dios mío! ¡Si fueran mis padres! ¡No me lo perdonaría!

ZACARIAS. — No. Están dormidos. Acabo de pasar por la pieza de ellos. La luz estaba apagada y se escuchaban ronquidos...

EUFRASIA. — *(Maligna.)* Entonces debe ser Manuela... *(Intencionada)*, o la señorita Luisa, "su gobernanta"... *(Se aprieta al cuerpo de ZACARIAS con fuerza.)*

¡Zacarias!

ZACARIAS. — ¡Eufrasia!

(ZACARIAS le acaricia los senos, la besa en la nuca.)

EUFRASIA. — *(Resistiéndose pero a desgano.)* ¡No! ¡Por favor!... ¡Podrían vernos! ¡Vamos a mi cuarto!

(La toma de la mano. En ese momento aparece Doña JOVITA con una vela en la mano. Lleva un camión y una cofia ridícula.)

DÑA. JOVITA. — ¡Niños! ¿Levantados a esta hora?

ZACARIAS. — *(Regresando a la infancia fingida.)* Estábamos jugando...

EUFRASIA. — *(Idem.)* Sí. Estábamos jugando...

ZACARIAS. — A los papás y mamás.

DÑA. JOVITA. — No es hora. Ya no es hora de jugar.

Hace rato que deben estar dormidos. Pronto será la oración y tendrán que levantarse para ir a la escuela... Vayan a la cama... Vayan a la cama.
EUFRASIA. — *(En niña buena.)* ¡Está bien, mamá!
ZACARIAS. — *(Idem.)* ¡Está bien, tía!

(EUFRASIA se retira a su pieza pero deja la puerta entornada. ZACARIAS desaparece por el corredor.)

DÑA. JOVITA. — *(En voz alta, antes de entrar en su cuarto.)* ¡Espero que hayan hecho sus oraciones!

(Doña JOVITA regresa a su cuarto. Pausa. ZACARIAS aparece de nuevo. Cruza la escena en puntas de pie y entra en el cuarto de EUFRASIA. La escena queda vacía unos instantes. Aparece MANUELA vestida con un camisón provocante. Mira un lado y otro y se dispone a entrar en el pasillo, para ir al cuarto de ZACARIAS. Se detiene en el cuarto de EUFRASIA y contempla la puerta entreabierta. Está tentada de empujarla pero se contiene. En ese momento aparece LUISA. Ambas se sorprenden al encontrarse la una frente a la otra.)

LUISA. — ¡Manuela! ¿Qué hace levantada a estas horas?

MANUELA. — Es mi obligación. Sentí ruidos raros.
(Con sorna.) ¿Usted no sintió ruidos raros, como de puertas que se abrían y cerraban?

LUISA. — *(Simulando no darle importancia.)* ¿Ruidos?
¡No! *(Turbada.)* Me levanté para ir al baño...

MANUELA. — *(Insidiosa.)* Pero el baño queda para el otro lado...

LUISA. — *(Cada vez más turbada.)* Sí... Cuando me dirigía al baño sentí sus pasos...

MANUELA. — *(Cada vez más intencionada.)* ¿Sí? ¡Ajá!

LUISA. — *(Con rabia.)* Está bien; ahora vaya a acostarse.
Quiero dormir y usted con sus idas y vueltas no me deja.

MANUELA. — *(Intencionada.)* ¿Tan sólo yo?

LUISA. — *(Turbada y colérica a la vez.)* No sé quién más puede ser. Le he dicho que se vaya a su cuarto.

MANUELA. — En esta casa, yo solo recibo órdenes de los señores y de la señorita Eufrasia.

LUISA. — ¡Mañana veremos!

MANUELA. — ¿Mañana? ¿Mañana? Mañana será tarde. En una casa sin hombres no hay que perder tiempo.

LUISA. — *(Abalanzándose sobre Manuela.)* ¡Yo te voy a dar atrevida!

(Ambas se toman de los cabellos y ruedan por el suelo arrastrando una mesa y todo lo que ésta tiene encima. Con el ruido se abre la puerta del cuarto de EUFRASIA y aparece ésta en el marco de la puerta toda despeinada y jadeante.)

EUFRASIA. — ¿Qué ocurre, por Dios? ¿Qué ocurre?

(LUISA y MANUELA incorporándose y tratando de acomodar sus cabellos.)

LUISA y MANUELA. — Nada . . . Nada . . . Discutíamos.

(Aparece Doña JOVITA y Don TOBIAS. Este último lleva una enorme escopeta de caza.)

DÑA. JOVITA. — Sentimos voces.

D. TOBIAS. — Sentimos ruidos. Pensé que podrían ser ladrones. ¿Qué pasa?

EUFRASIA. — ¡Nada papá!

(En ese momento ZACARÍAS sale del cuarto de EUFRASIA preñándose el osito y trata de deslizarse sin ser visto.)

Estábamos jugando . . . Manuela, la señorita Luisa y yo estábamos jugando . . . o mejor dicho estábamos por comenzar a jugar al "Gallo Ciego" . . . también con Zacarías. *(Gritando.)* Zacarías. ¡Vení, Zacarías que vamos a jugar al "Gallo Ciego"!

(ZACARÍAS al sentir su nombre se queda clavado en la pared. Luego comprende la situación y entra en el juego.)

- ZACARIAS. — ¿Sí, primita querida?
- EUFRASIA. — ¡Zacarias! ¡Vení Zacarias! ¡Apurate que vamos a comenzar a jugar al "Gallo Ciego"!
- DÑA. JOVITA. — Pero hija mía, ya te he dicho que no es hora de jugar ni al "Gallo Ciego" ni a nada. Pronto será la oración.
- D. TOBIAS. — Y tendrán que levantarse vos y tu prima para ir a la escuela.
- DÑA. JOVITA. — (A LUISA.) ¡Me extraña, señorita Luisa que usted le fomite estos caprichos a los niños!
- LUISA. — (Desarmada.) Es que... Es que...
- DÑA. JOVITA. — Sí, comprendo que a veces Zacarias le haga hacer cosas que usted no quiere. Pero con Eufrasia es otra cosa.
- D. TOBIAS. — (A Manuela.) Y usted Manuela: ¿por qué se presta a lo que le piden los niños?
- MANUELA. — Usted sabe, señora...
- EUFRASIA. — (Falsamente regalonea, pero angustiada.) Un ratito, mamá. Tan sólo un ratito...
- D. TOBIAS. — (A Luisa.) Usted no le debe permitir más esos caprichos, señorita Luisa...
- LUISA. — (Quejosa.) No tengo carácter, don Tobias. No tengo carácter.
- D. TOBIAS. — Pero a los niños no hay que darles con todos los gustos.
- MANUELA. — (Maliciosa.) El señor tiene razón. Tiene razón el señor...
- DÑA. JOVITA. — (A Manuela.) A usted nadie le ha preguntado.
(Don TOBIAS tomando asiento en un sofá y bostezando.)
- D. TOBIAS. — Está bien. Pero que sea el último juego de esta noche.
- DÑA. JOVITA. — (A todos.) ¿Entendido?
- TODOS. — ¡Sí señora! ¡Sí tía!
- DÑA. JOVITA. — (Compasiva.) Estos chicos... Estos chicos...

D. TOBIAS. — No se cansan nunca. ¿Seremos así cuando tengamos la edad de ellos?

ZACARIAS. — ¿Y quién va a ser el gallo?

MANUELA. — (*Intencionada.*) ¿Y quién más?

LUISA. — (*Feroz.*) ¡Vos...!

ZACARIAS. — ¿Y eso?

EUFRASIA. — (*Mordaz.*) Sabés jugar al "Gallo Ciego", me imagino.

ZACARIAS. — (*Titubeando.*) Sí... Claro... Por supuesto...

(Los viejos toman asiento en los sillones muy complacidos. Don TOBIAS pone su escopeta entre las piernas.)

MANUELA. — Pero lo jugaremos de otra manera.

EUFRASIA. — (*Desorientada pero adivinando algo.*) No entiendo... No entiendo...

LUISA. — (*Feroz.*) El Gallo Ciego tendrá que elegir y quedarse con una de nosotras, al azar.

EUFRASIA. — (*Comprendiendo.*) ¿Cómo?

MANUELA. — (*Con feroz alegría.*) Así será mejor. No habrá posibilidad de trampas.

(MANUELA se aproxima a ZACARIAS. Le ciñe alrededor de los ojos un pañuelo doblado. Las tres se toman de la mano, hacen la ronda y dejan a ZACARIAS en el medio. Comienzan a girar en forma salvaje. EUFRASIA es la única que se deja arrastrar por las otras dos que ríen desaforadamente, al borde de la histeria. Los viejos, en el sillón, aprueban complacidos. La ronda se detiene de pronto.)

LUISA. — "¿Gallo Ciego qué has perdido? ¿Gallo Ciego qué has perdido?"

(ZACARIAS no contesta.)

MANUELA. — (*Contestando por él.*) "Una aguja y un dedal".

LUISA. — "¿Dónde... dónde... dónde?"

MANUELA. — “En la calle del Coral”

LUISA. — “¡Nosotras los tenemos, y no te los queremos entregar!”

(La ronda recomienza, vertiginosa. EUFRASIA hace esfuerzos desesperados por desprenderse. ZACARIAS se lanza hacia la ronda para apresar a una de las tres. MANUELA cae en sus brazos.)

ZACARIAS. — ¡Ya está! *(Se quita la venda decepcionado.)* ¡Ah! ¡Sos vos...!

MANUELA. — *(Triunfal.)* ¡Soy yo! ¡Gané! *(A los viejitos.)* Señora JOVITA... Señor TOBIAS: El Gallo es mío... Es hora de dormir. *(A EUFRASIA y ZACARIAS.)* ¡Niño Zacarías...! Niña Eufrasia: ¡cada uno a su cuarto...! Señora Luisa hay que apagar la luz. *(Triunfal.)* ¡Hasta mañana todos! ¡Hasta mañana!

(Toma a ZACARIAS de una mano y trata de arrastrarlo)

EUFRASIA. — *(Feroz.)* ¡Antes de acostarnos tenemos que jugar otro juego!

DÑA. JOVITA. — ¡Pero Eufrasia! ¡Ya es muy tarde!

D. TOBIAS. — ¡Tu madre tiene razón!

MANUELA. — *(Feroz.)* No hay escapatoria posible.

LUISA. — *(Extrañada.)* ¿Otro juego?

(EUFRASIA corre hacia Don TOBIAS y le arrebató la escopeta.)

EUFRASIA. — *(Apuntando a los tres con el arma.)* Vamos a jugar a los bandidos. Zacarías será el héroe. Se llamará Texas Kidd. Yo seré la muchacha. Papá y mamá serán el sheriff y su ayudante.

(Se precipita hacia Don TOBIAS y en la solapa le prende una estrella de metal invisible.)

“Old Joe: presta juramento como sheriff”.

(Don TOBIAS se pone de pie, levanta una mano y extiende la otra sobre una Biblia invisible.)

Repíete conmigo: "Yo, Old Joe . . ."

D. TOBIAS. — Yo, Old Joe . . ." (*Se vuelve y le guiña un ojo a Doña JOVITA.*)

EUFRASIA. — "Juro por la Constitución de los Estados Unidos . . ."

D. TOBIAS. — "Juro por la Constitución de los Estados Unidos . . ."

EUFRASIA. — "Y esta Santa Biblia . . ."

D. TOBIAS. — "Y esta Santa Biblia . . ."

EUFRASIA. — "Hacer cumplir la ley, castigar al culpable . . ."

EUFRASIA. — "Socorrer al huérfano y a la viuda".

D. TOBIAS. — "Socorrer al huérfano y a la viuda".

EUFRASIA. — "En ello pondré mi honor y mi vida".

D. TOBIAS. — "En ello pondré mi honor y mi vida".

EUFRASIA. — Ahora le toca el turno a su ayudante. (A DOÑA JOVITA.) ¡De pie, Little John!

(Doña JOVITA se incorpora e imita todos los gestos de Don TOBIAS, pero en forma grotesca y a la vez angelical.)

¿Juras defender la Ley y la Constitución de los Estados Unidos y ayudar a tu sheriff aunque en ello se te vaya la vida?

DÑA. JOVITA. — (Con gravedad fingida.) ¡Si, juro!

(Se vuelve y hace un guiño de complicidad a Don TOBIAS.)

(EUFRASIA prendiendo otra estrella invisible en el pecho de Doña JOVITA.)

EUFRASIA. — Bien; hay que capturar a Texas Kidd. Un bandido que ha capturado a una bella muchacha . . .

LUISA. — (Comprendiendo el juego.) ¡Pero . . .!

MANUELA. — ¡No vale! ¡No vale!

(EUFRASIA dispara la escopeta y destroza un poteche de porcelana.)

EUFRASIA. — ¡Silencio! ¡No me interrumpas!

DÑA. JOVITA. — ¡Pero hija! ¡Estás llevando las cosas de una manera...! ¡Cuidado con mis antigüedades!

D. TOBIAS. — ¡Cuidado! Que es una escopeta de verdad. Preferiría que usaras una de juguete, una escoba.

EUFRASIA. — (A LUISA y MANUELA.) Ustedes serán las tías de la joven secuestrada por Texas Kidd.

(Acomoda una mesa y hace correr dos sillas. Luego hace sentar a Don TOBIAS y coloca a su lado a Doña JOVITA.)

Ustedes vienen a pedir justicia al Sheriff. ¡Vamos!

(Las amenaza con la escopeta. Las dos asustadas, obedecen.)

LUISA. — (Temblando.) ¡¡Señor Sheriff...!!

(EUFRASIA sádica y triunfal, haciéndole señas con el caño de la escopeta.)

EUFRASIA. — ¡Más emoción! ¡Más sinceridad!

LUISA. — (Temblando.) Señor Sheriff; venimos a denunciar un delito. ¡Mi hija Patricia ha sido secuestrada por el bandido Texas Kidd!

EUFRASIA. — (Imperativa.) "¡Llorá!"

(LUISA obedece.)

(A MANUELA.) "¡Vos también!"

(MANUELA la imita.)

D. TOBIAS. — (Atuzándose unos grandes mostachos invisibles.) ¡Ejem...! ¡Ejem...! ¿Cómo han sucedido los hechos? (A Doña JOVITA.) Muchacho; tomá nota de la denuncia.

(Doña JOVITA arrima una silla a la mesa, se sienta. Toma una pluma invisible y se dispone a escribir.)

LUISA. — Ayer, en nuestro rancho, que queda diez millas de este pueblo, un desconocido pidió albergue al caer la tarde.

EUFRASIA. — (Entusiasmada.) ¡Describelo! ¿Cómo era?

MANUELA. — (*Disculpándose.*) Yo estaba en la cocina . . .

EUFRASIA. — (*Feroz.*) ¿Cómo era?

LUISA. — (*Mirando a ZACARIAS que comienza a entrar en el personaje.*) Era alto . . . rubio . . . Un mechón de pelos le caía sobre la frente.

(*ZACARIAS se peina el mechón de pelos.*)

Tenía ojos azules. Calzaba un par de revólveres con empuñaduras de nácar.

(*ZACARIAS se acomoda los dos revólveres invisibles y ajusta su cinturón.*)

EUFRASIA. — (*Ansiosa.*) ¡Qué más! . . . ¡Qué más!

LUISA. — ¡Era . . . hermoso . . .!

EUFRASIA. — (*Anhelante.*) ¡Qué más!

MANUELA. — ¡Muy hermoso!

D. TOBIAS. — ¿Qué dijo el desconocido?

LUISA. — Tenía hambre y sed. Acababa de atravesar el Desierto de las Calaveras. Cien millas sin encontrar un solo árbol ni un charco de agua.

D. TOBIAS. — (*A Doña JOVITA.*) Tomá nota, muchacho.

(*Doña JOVITA escribe apresuradamente.*)

LUISA. — Con nosotros estaba Patricia. Mi hija . . .

MANUELA. — Mi sobrina.

LUISA. — Su padre y su hermano habían salido a reunir el ganado disperso. Como viene el invierno . . . Estábamos solas . . .

MANUELA. — Teníamos miedo . . .

LUISA. — Ninguna de las dos sabemos manejar las armas . . .

EUFRASIA. — (*Dictándoles.*) ¡Era tan hermoso . . .! Tenía unos ojos azules tan profundos . . .!

(*LUISA mirando con recelo la escopeta con la cual le apunta EUFRASIA.*)

LUISA. — “Tenía unos ojos azules . . . ¡tan profundos . . .!”

EUFRASIA. — “Que Patricia dejó de bordar y quedó como petrificada . . .”

DÑA. JOVITA. — (*Tratando de escribir al dictado, como un eco.*) "... como petrificada ...

EUFRASIA. — (*Dictando.*) "Le dimos de comer ..."

MANUELA. — Le dimos de comer ...

D. TOBIAS. — Y bien ... ¿qué más?

L UISA. — Después ... después ...

EUFRASIA. — (*Idem.*) Nos pidió permiso para dormir en el establo.

LUISA. — Le dimos permiso para que durmiera en el establo.

EUFRASIA. — (*Salvaje.*) Era muy hermoso ... Nos pidió un poco de avena y alfalfa para su caballo.

LUISA. — ...avena y alfalfa para su caballo.

MANUELA. — Patricia se quedó paralizada.

LUISA. — (*Mirando a ZACARIAS.*) Era muy hermoso ... Patricia se quedó paralizada.

D. TOBIAS. — (*Doctoral.*) ¿La niña no había dado signo de estar enferma, antes de los hechos?

LUISA. — No ... No ...

D. TOBIAS. — ¿Entonces ... ?

LUISA. — Era como si estuviera viendo una visión.

(*Doña JOVITA se acerca a Don TOBIAS y le dice algo al oído. Éste asiente con la cabeza.*)

D. TOBIAS. — Comprendo ... Comprendo ... Usted quiere decir que la niña se sintió atraída irremediablemente por el desconocido ...

LUISA. — Exactamente ... Exactamente ... Esa noche sentí que daba vueltas y vueltas en su lecho sin poderse dormir ...

MANUELA. — Al día siguiente ...

LUISA. — Al día siguiente el desconocido y mi hija habían desaparecido.

D. TOBIAS. — No me parece que sea un secuestro ...

LUISA. — (*Lacrimógena.*) ¡Un secuestro, señor! ¡Un secuestro!

D. TOBIAS. — ¿Pero no me acaba de decir usted, que su hija lo miraba al muchacho con ojos de huevo duro?

LUISA. — ¡Un secuestro, señor! ¡Un secuestro! No puede ser de otra manera! Con su padre y su tía, aquí presente, la hemos educado en el temor de Dios. Le hemos enseñado los peligros y las tentaciones de la Carne... Desde los siete a los treinta años —estaba por cumplir treinta años la semana próxima— aprendió más de mil himnos que cantaba todos los domingos en la Iglesia con su hermosa voz de jilguero.

MANUELA. — De ruiñeñor...

EUFRASIA. — Era muy cristiana...

MANUELA. — (*Mirando la escopeta, recelosa.*) Odiaba el pecado... Era muy hacendosa...

EUFRASIA. — Odiaba el pecado...

MANUELA. — Odiaba el pecado.

LUISA. — Estábamos solas... No sabemos manejar las armas... Además nuestros hombres se habían llevado los caballos para el rodeo... Antes de partir, el desconocido descompuso nuestro Tilbury y se llevó el único caballo de tiro que teníamos...

EUFRASIA. — (*Ordenándoles en voz baja.*) Ahora, de rodillas... ¡suplica!

LUISA. — (*Obedece.*) Por el amor de los cielos, señor sheriff.

(*Abre los brazos en cruz, falsamente melodramática.*)

¡Devuélvame a mi hija! ¡Devuélvame a mi hija antes de que regrese su padre y le dé un ataque al corazón al enterarse de la noticia!

MANUELA. — (*Imitando a LUISA.*) ¡Por el amor de los cielos, señor Sheriff!

D. TOBIAS. — (*A JOVITA.*) ¿Anotaste todo, Little John?

Dña. JOVITA. — (*Guiñándole el ojo.*) ¡Okey!

D. TOBIAS. — Está bien. Ahora traé los caballos que partiremos en busca de ese asesino. Las damas nos acompañarán.

(*Sale Doña JOVITA.*)

(*Dirigiéndose a LUISA y MANUELA.*) ¿Me podrían

dar algunas informaciones hacia donde partieron los fugitivos?

EUFRASIA. — (*Dictándoles.*) ¡Hacia las montañas!

LUISA y MANUELA. — ¡Hacia las montañas! ¡Hacia las montañas!

D. TOBIAS. — (*Acariciándose el mentón.*) Será difícil. Pero Little John es un buen rastreador. Si no hay viento podremos seguir las huellas de los fugitivos con facilidad.

(*Doña JOVITA regresa cargada de escobas, escobillones y cepillos.*)

DÑA. JOVITA. — (*Muy satisfecha.*) Los caballos, jefe. Aquí están los caballos.

(*Don TOBIAS reparte a LUISA y MANUELA una escoba y un cepillo. Da un escobillón a Doña JOVITA y monta sobre una escoba.*)

D. TOBIAS. — ¡A caballo, todo el mundo! ¡Vamos! (*a Doña JOVITA.*) Little John, ¡las armas!

(*Doña JOVITA se baja de su palo de escoba va hacia uno de los armarios, saca armas largas y cortas, todas invisibles y se las entrega a Don TOBIAS. Este hace ademán de cargarlas y luego las enfunda en cartucheras también invisibles.*)

¿Listos?

TODOS. — ¡¡¡Sí!!!

D. TOBIAS. — ¡¡¡Entonces, vamos!!!

(*Todos montan a caballo y comienzan a galopar por la escena. EUFRASIA y ZACARIAS se esconden detrás de los sillones. La cabalgata pasa. JOVITA se hace que rastrea las huellas de los fugitivos.*)

¿Y, muchacho? ¿Has encontrado algo?

DÑA. JOVITA. — Nada, jefe. Pero las huellas nos llevan hacia aquella colina.

(*Señala el sillón donde están escondidos EUFRASIA y ZACARIAS.*)

- D. TOBIAS. — ¡Los sacaremos de sus madrigueras!
(La cabalgata sigue. De pronto DON TOBIAS levanta la mano y hace seña de —¡alto!—)
 ¡Hemos llegado! Que las damas se oculten detrás de aquella inmensa piedra.
(LUISA y MANUELA dejan sus escobas y aprovechan para esconderse detrás de otro sillón. Doña JOVITA y Don TOBIAS, muy valentones, se acercan al sillón donde están escondidos EUFRASIA y ZACARIAS. EUFRASIA, con la escopeta en la mano se corre por detrás de Don TOBIAS y de Doña JOVITA.)
(Majestuoso y teatral.) ¡Arriba las manos, asesino, secuestrador de doncellas! ¡Ríndete en nombre de la ley! ¡Tu carrera de criminal ha terminado! ¡Morirás en la horca! ¡No habrá piedad!
- DÑA. JOVITA. — Si sos hombre, salí. ¡Te esperamos!
- EUFRASIA. — *(Incorporándose y con gesto salvaje.)* ¡Arriba las manos!
- D. TOBIAS. — *(Estupefacto.)* ¡Cómo es posible!
- DÑA. JOVITA. — ¡No puede ser! ¡Así no vale!
- (ZACARIAS sale de su escondite.)*
- EUFRASIA. — *(A Zacarías.)* ¡Desármalos!
- (ZACARIAS obedece y les quita las armas invisibles.)*
- LUISA. — *(Saliendo de su escondite.)* ¡Hija mía!
- EUFRASIA. — *(Feroz y apuntándole con la escopeta.)* ¡No soy más tu hija!
- MANUELA. — ¡Patricia!
- EUFRASIA. — ¡No hay más Patricia!
- D. TOBIAS. — ¡Caramba! Y yo que estaba tan seguro de que siempre triunfaba la ley!
- ZACARIAS. — *(Con sorna.)* ¡No siempre, estimado sheriff! ¡No siempre!
- DÑA. JOVITA. — *(Con fastidio.)* ¡No vale! ¡No vale! ¡Así no es el juego!
- EUFRASIA. — ¡Todos son nuestros prisioneros!

D. TOBIAS. — (*Estupefacto.*) ¡Pero Texas Kidd te había secuestrado!

DÑA. JOVITA. — ¡Y tiene que pagar por su crimen!

EUFRASIA. — ¡No hubo secuestro! (*A Luisa y Manuela.*)
Ustedes, ¡arriba las manos!

LUISA. — (*Con intención.*) ¡Hija mía!

EUFRASIA. — (*Idem.*) ¡No soy tu hija!

MANUELA. — ¡Hija desnaturalizada!

EUFRASIA. — He seguido a mi hombre. ¡Y lo seguiré hasta el fin del mundo!

D. TOBIAS. — ¡Niña! ¡Eufrasia!

DÑA. JOVITA. — ¿Qué palabras son éstas, Eufrasia?

EUFRASIA. — (*Con rabia.*) He seguido a mi hombre y lo seguiré hasta el fin del mundo. Cruzaremos la frontera. ¿No es verdad, Texas Kidd? ¡Cruzaremos las fronteras y nos iremos a vivir lejos!

D. TOBIAS. — (*Ingenuo.*) ¡Al menos se casarán por la Iglesia y legalmente!

EUFRASIA. — No tenemos tiempo. Nos esperan aventuras maravillosas. Los dos juntos hasta el fin del mundo.

DÑA. JOVITA. — ¡Hija mía! ¡Estás en pecado mortal!

EUFRASIA. — (*Desencajada.*) ¡Silencio, Little John, o te vuelo la tapa de los sesos!

D. TOBIAS. — ¡Pero a tu madre...!

EUFRASIA. — ¡No tengo madre, ni padre! ¡He encontrado mi hombre y me voy con él para siempre! Estaba harta de tantos himnos, de tantos bordados, de soñar sueños imposibles. Estaba harta de que los hombres me besaran y me acariciaran sólo en sueños. Voy a vivir. (*A Don Tobías y a Doña Jovita.*) Old Joe y Little John; ¡en nombre de la Ley Natural, van a ser colgados! ¡Y ustedes dos, también!

(*DÑA. JOVITA se persigna.*)

(*A ZACARÍAS.*) Amarrá también a esas dos viejas.

(ZACARIAS asustado del cariz que van tomando las cosas.)

ZACARIAS. — ¡Pero Patricia! ¡Es tu madre! ¡Es tu tía!.

EUFRASIA. — ¡No me vengas con flaquezas! ¡Vamos! (Le apunta con la escopeta.) ¡Amárralas, te he dicho! ¡De verdad!

(ZACARIAS amarra a LUISA con un pañuelo y a MANUELA con una bufanda de Don TOBIAS.)

¡En el cuarto de limpieza hay unas cuerdas! ¡Traelas!

(ZACARIAS sale y regresa con unas cuerdas.)

¡Tira la piola en aquel árbol!

(Señala la araña de la sala. ZACARIAS vacila.)

¿No querías correr una aventura conmigo? ¿Qué esperarás?

(ZACARIAS tira la piola, la prueba y comienza a hacer un nudo. En un momento dado vacila.)

¿Estás arrepentido? Vas a tener miedo, ahora, Texas Kidd!

(Le apunta amenazadora con el cañón de la escopeta.)

¡Arrimá esas sillas!

(ZACARIAS obedece.)

(A Doña Jovita y a Don Tobías.) ¡Suban!

D. TOBIAS. — (A Doña Jovita.) ¡Valor, Little John! ¡El Mal nunca triunfa!

DÑA. JOVITA. — (Heroica.) ¡El pecado siempre recibe el castigo del Señor!

EUFRASIA. — Hagan sus oraciones. (A Zacarías.) ¡Amárrales las manos a la espalda!

(ZACARIAS obedece.)

DÑA. JOVITA. — (A Don Tobías.) ¡Valor, Old Joel! ¡Ya nos vengarán!

EUFRASIA. — (A Zacarías.) ¡Texas Kidd! ¡Vamos! ¡Cru-

zaremos la frontera! ¡Ya no hay fronteras! ¡Para siempre se acabaron las fronteras! (*Abre la puerta de su cuarto.*) ¿Vamos, Texas Kidd? ¿Qué esperarás?

(*Don TOBIAS y Doña JOVITA comienzan a cantar como los antiguos mártires cristianos.*)

D. TOBIAS y DÑA. JOVITA. —

“Santo Fuerte, Santo Inmortal!

¡Libranos, Señor, de todo mal!

¡Santo Fuerte, Santo Inmortal!

¡Libranos, Señor, de todo mal!”

(*El telón cae lentamente sobre el himno.*)

Fin

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the English language. It discusses the various influences that have shaped the language over time, including the contributions of Old English, Middle English, and Modern English. The author also explores the role of literature and the spoken word in the development of the language.

The second part of the book is a detailed study of the history of the English language from the beginning of the 15th century to the present. It covers the changes in grammar, vocabulary, and pronunciation that have taken place over the centuries. The author also discusses the influence of other languages on English, particularly Latin and French.

The third part of the book is a study of the English language in the 19th and 20th centuries. It discusses the changes in the language that have taken place as a result of the Industrial Revolution and the rise of the novel. It also discusses the influence of American English on British English and the role of the English language in the world today.

The fourth part of the book is a study of the English language in the 21st century. It discusses the changes in the language that have taken place as a result of the Internet and the rise of digital communication. It also discusses the influence of other languages on English and the role of the English language in the world today.

The book is written in a clear and concise style and is suitable for students of English literature and language. It is also a valuable resource for anyone interested in the history of the English language.

VISITA DE NOVIOS

Pieza en un acto, dividido en dos cuadros

*A Ernesto Schóo,
Matilde Herrera y Néstor Tirri.*

VISTA DE NOVIEMBRE

Para un año más de trabajo y de lucha

A los compañeros
de la Unión y del Frente

REPARTO

(por orden de aparición)

PERSONAJES:

LUCRECIA

JACINTA

DON PABLO

RAMÓN

REVIEWS
[The name of the journal]

[The name of the journal]
[The name of the journal]
[The name of the journal]
[The name of the journal]

Comedor de una casa de clase media. Es la hora del té.

(LUCRECIA, una anciana de 65 años y su hija JACINTA, de 45, se afanan en poner una mesa muy adornada de flores. Extienden un mantel bordado y distribuyen luego cuatro servilletas en los lugares que habrán de ocupar los comensales.)

JACINTA. — *(Sofocada.)* ¿Vos creés que le durará la memoria hasta que Ramón se vaya?

LUCRECIA. — *(Nerviosa.)* Eso es imprevisible. Ahora, el efecto de las píldoras le dura dos horas.

JACINTA. — *(Suspirando.)* ¡Ay, mamá!

LUCRECIA. — *(Más nerviosa todavía.)* ¿Y qué querés que haga, hija? Cada día que pasa se olvida más rápido. El médico dice que el año que viene perderá la memoria del todo.

JACINTA. — *(Aspaventosa.)* ¡Ya sé, ya sé! ¡Es una catástrofe! Pero a mí, el año que viene no me importa. Me importa que ahora, durante la visita de Ramón, lo puede echar a perder todo. Y ésta es mi última oportunidad. Decime: ¿qué otra persona, qué otro hombre me va a querer a los cuarenta y con un hijo a cuesta?

LUCRECIA. — *(Mater dolorosa.)* Hace dos meses, cuando llegaste con el niño recién nacido, la memoria le duraba desde la mañana hasta la noche. A fuerza de píldoras, claro está. Pero ahora, ya lo ves. Des-

pués de dos horas de haberlas tomado comienzo ..
olvidarse de nuevo.

JACINTA. — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LUCRECIA. — Y lo peor de todo es que ha comenzado
a desconfiar de todo. Hasta de mí, desconfía.

(JACINTA mirando un enorme reloj de cu-cú que
cuelga de una de las paredes.)

JACINTA. — Son las cuatro y media. Pronto serán las
cinco. A esa hora Ramón me dijo que iba a venir.

LUCRECIA. — Se ha vuelto un desconfiado. Sí: un des-
confiado. Ésa es la palabra. Y algo más: con la des-
confianza le ha entrado cierta rebeldía, cierta agre-
sividad que a veces me da miedo. No quiere tomar
las píldoras. Cada vez le doy una dosis más fuerte.

JACINTA. — Sí. Me dijo que vendría a las cinco. Y ven-
drá a las cinco. Ramón es tan puntual, tan caballero,
tan educado. Dios quiera que si se decide, esta vez
tenga mejor suerte que con Ricardo, que en paz
descanse y en gloria esté.

LUCRECIA. — (Machacona.) Un rebelde... un descon-
fiado... Eso es lo que se ha vuelto en estos últimos
tiempos. De pronto, cuando le pasa el efecto de los
remedios se toma las manos y me mira con angustia
primero, y con rabia después, como si quisiera ven-
cer una muralla invisible que se interpone entre
los dos.

(Lloriquea y se suena ruidosamente con un pañue-
lito que ha sacado de su manga.)

JACINTA. — (Lírica y cursí.) ¡Ricardo era tan bueno! A
veces pienso que al aceptarlo a Ramón, estoy come-
tiendo una traición a su memoria. (Con rabia.) Pero
él y nadie más que él tuvo la culpa. Tardó tanto
tiempo en decidirse. Estuvimos quince años de no-
vios. Cuando el año pasado se casó conmigo tenía
cincuenta y cinco. Y a esa edad cualquier esfuerzo,
en un hombre, puede llegar a ser fatal. (Suspira.

Nuevamente lírica y cursi.) Lo único que siento es que no haya conocido a su hijo. ¡Se parece tanto a él! Si lo pudiera ver se volvería loco. *(Pausa breve.)* Aunque, por otra parte, pienso que quizá haya sido una suerte que se haya muerto sin haberlo conocido. Los hijos de la vejez son siempre unos malcriados por los padres.

LUCRECIA. — Me mira con terror, con una angustia que me desarma. No puedo sostener su mirada y bajo la vista. No puedo aguantar esa súplica que viene desde el fondo de su corazón. Entonces siento que se aparta de mí, que me rechaza. Y me cuesta tanto convencerlo de nuevo. ¡Tengo que emplear tanta paciencia! ¡Se ha vuelto un niño!

JACINTA. — Si Ricardo se hubiera decidido a casarse hace quince años, mejor dicho, hace catorce cuando hacía tan sólo un año que nos conocíamos, hoy, el niño tendría trece años.

LUCRECIA. — Ahora, cuando recobra la memoria, tu padre comienza por hacerme preguntas, como si tratara de sacarme de mentira, verdad.

JACINTA. — *(Entusiasmada.)* Pero con Ramón todo será diferente. Él mismo me ha insinuado que no puede esperar. Ya tiene cincuenta y cinco años, la misma edad de Ricardo cuando se casó conmigo el año pasado. *(De pronto, sombría.)* Por eso siento que tiene algo de él, por eso me digo que estoy traicionando su memoria. A veces el nombre de Ricardo se me vuelve de los labios. Pero tengo que pensar en el niño...

LUCRECIA. — Me hace preguntas insidiosas. O después de un rato, me vuelve a hacer las mismas preguntas que me hizo al comienzo para ver si llega a sorprenderme, si descubre que lo estoy engañando.

JACINTA. — Y Ramón tiene un buen pasar. Él quiere que vivamos en una casa nueva que acaba de com-

prar. Pero yo le he dicho que vendremos a vivir aquí, para ayudarte con papá. Mejor dicho...

LUCRECIA. — ¿Te das cuenta? Sospechar de mí, creer que lo engaño. Por suerte esta situación no habrá de durar mucho tiempo. El médico me ha dicho que dentro de un año perderá la poca memoria que tiene.

JACINTA. — ¿Quiere decir que no te reconocerá ni a vos ni a mí? ¿A vos, a la única persona que a veces recuerda vagamente cuando no ha tomado el remedio?

LUCRECIA. — (*Mater dolorosa.*) Dentro de un año no se acordará de nadie ni de nada.

JACINTA. — (*Melodramática.*) ¡Pobre papá! Razón de más para que vengamos a vivir en esta casa con Ramón. Si ahora, a fuerza de remedios, la memoria le dura tan sólo dos horas, cómo será dentro de un año!

LUCRECIA. — ¡Y pensar que el año pasado los efectos de las medicinas le duraban de la mañana hasta la noche!

JACINTA. — (*Angustiada.*) ¡Mamá! ¡Son las cinco menos veinte! Creo que hay que darle las pastillas. No vaya a ser que la visita de Ramón dure más de dos horas.

LUCRECIA. — Tenés que decirle a tu novio lo que pasa con tu padre.

JACINTA. — Se lo he insinuado. Pero no me atreví a decirle toda la verdad.

LUCRECIA. — ¿Y qué te ha dicho?

JACINTA. — Que siempre hay un enfermo en la familia, que hay que tener paciencia. Se acordó de un tío de él que vivió más de diez años con una parálisis provocada por un derrame.

LUCRECIA. — No es lo mismo. Un derrame no es como la arterioesclerosis.

JACINTA. — Pero el hombre se había quedado mudo.

LUCRECIA. — Si al menos tu padre no hablara...

JACINTA. — Traigo todo el servicio, las tazas, las masitas y la torta. Quiero mostrarle a Ramón que también soy una buena cocinera, una buena ama de casa. Quizás eso le ayude a decidirse. *(Sale.)*

LUCRECIA. — *(Gritando.)* ¡Pablo! ¡Pablo! ¿Dónde estás? ¡Este viejo! Seguro que se ha vuelto a escapar al jardín. Le encanta quedarse mirando el cielo. Un día de éstos se va a agarrar una insolación ¡Pablo! ¡Pablo! *(Sale.)*

¡Pablo! ¡Pablo! *(Sale.)*

(La escena queda vacía unos instantes. JACINTA vuelve con las tazas, los platos, y los cubiertos. Luego vuelve a salir y regresa con una bandeja llena de masas en la mano izquierda y otra, con una torta, en la derecha. Acomoda, una en una punta de la mesa y la otra, con la torta en el medio. Luego cubre a las dos con mantelitos de encajes. En ese momento regresa LUCRECIA trayendo de la mano a Don PABLO, un anciano dulce y siniestro a la vez.)

LUCRECIA. — ¡Pícaro! ¡Pícaro! ¡Estabas en el jardín!

D. PABLO. — *(Mirando a JACINTA con desconfianza.)*
¿Quién es esa mujer?

LUCRECIA. — *(Regañándolo como a un niño.)* Tu hija, Jacinta.

D. PABLO. — No la conozco. Yo no tengo una hija.

LUCRECIA. — *(Idem.)* Pero, sí, viejo, sí. No te acordás. Ayer te acordabas. Esperá que te demos el remedio y te vas a acordar de nuevo.

D. PABLO. — *(Con desconfianza.)* ¿Y de qué me voy a acordar?

LUCRECIA. — De todo; quién sos vos, cómo te llamás, dónde has nacido, dónde trabajabas hasta que comenzó tu enfermedad.

D. PABLO. — *(Machacón.)* Yo estoy sano.

LUCRECIA. — Si... Si... Claro que sí. Pero hay cosas de las cuales no te acuerdas. Eso es todo.

(Don PABLO señalando a JACINTA, con mayor desconfianza.)

D. PABLO. — ¿Quién es esa mujer?

JACINTA. — ¡Soy yo, papá!

D. PABLO. — (Al borde de la furia.) ¿Por qué me dice papá?

JACINTA. — (Con toda dulzura.) Porque soy tu hija.

D. PABLO. — Yo no la conozco a usted, señorita.

LUCRECIA. — (Persuasiva.) Ya te vas a acordar. Ya te vas a acordar. Esperá un poco.

D. PABLO. — (A LUCRECIA.) ¿Y qué hace aquí esa mujer?

LUCRECIA. — Vive con nosotros.

D. PABLO. — ¿Vive con nosotros? ¿Y en qué trabaja?

LUCRECIA. — (Confundida.) Por ahora en nada... pero...

D. PABLO. — Quiere decir que vive a costillas mías, ¿no?

LUCRECIA. — ¡Pablo! ¡No digas eso de tu hija!

D. PABLO. — No es mi hija. No la conozco.

JACINTA. — ¡Papá!

D. PABLO. — ¡Nada de papá!

LUCRECIA. — (A JACINTA.) Tené paciencia. (a Don PABLO.) Yo te voy a ayudar. Dentro de un momento te va a volver la memoria.

D. PABLO. — (A LUCRECIA.) ¿Y vos, ¿quién sos?

JACINTA. — (Al borde de las lágrimas.) ¡Es mamá!

D. PABLO. — ¿Tu madre? ¿Y qué hace aquí tu madre? ¿Quiere decir que esta mujer (Por JACINTA.) también se ha traído a su madre a vivir aquí? Estoy seguro que dentro de poco tendremos instalada a toda la familia. ¿Y todo esto lo tengo que pagar de mi bolsillo? Voy a la policía a denunciar el caso.

Violación de domicilio. ¡Un caso clavado de violación de domicilio y abuso de confianza!

(*Intenta salir. LUCRECIA y JACINTA lo retienen.*)

LUCRECIA. — ¡Esperá un poco! ¡Esperá un poco! ¡Ahora vas a tomar el remedio!

D. PABLO. — ¿Qué remedio?

LUCRECIA. — ¡El remedio que te recetó el doctor!

D. PABLO. — ¿Qué doctor?

JACINTA. — Las píldoras que te damos todos los días para que recobres la memoria.

LUCRECIA. — Estás un poco débil.

D. PABLO. — (*Terco y machacón.*) ¡No necesito ningún remedio!

LUCRECIA. — ¡Claro que lo necesitás. A ver: ¿quiénes?

D. PABLO. — (*Refunfuñando.*) ¡Yo soy yo y basta!

LUCRECIA. — ¿Dónde has nacido?

D. PABLO. — (*Idem.*) Seguramente en algún lugar.

JACINTA. — (*Desesperada.*) ¿Quién ha sido tu madre?

D. PABLO. — Una mujer.

JACINTA. — ¿Te has casado?

D. PABLO. — No.

LUCRECIA. — (*Al borde de las lágrimas.*) Sí. Sí. Te has casado y has tenido una hija. Yo soy tu mujer hace cuarenta y un años. Tu hija tiene cuarenta. ¡Tu hija! ¡Ahí la tienes a tu hija!

(*Señala a JACINTA con un ademán glorioso.*)

D. PABLO. — No la conozco. No las conozco. Ni a usted señora, ni tampoco a la señorita. No tengo el gusto de conocerlas. Me voy a la comisaría a denunciar un caso flagrante de usurpación de identidad, violación de domicilio y abuso de confianza.

JACINTA. — ¡Papá! (*A LUCRECIA.*) ¡Mamá! ¡Hacé algo! En la comisaría ya están hartos. La última vez que fui a buscarlos, cuando se nos escapó, la semana pasada, el oficial me dijo que si no teníamos

más cuidado iba a denunciar el caso a las autoridades sanitarias.

(LUCRECIA tomando a Don PABLO de un brazo violentamente e impidiéndole salir.)

LUCRECIA. — ¡Vení para aquí! Sentate. ¿Querés una masita?

D. PABLO. — (A regañadientes.) ¿Una masita? ¿Y para quién han puesto esta mesa?

LUCRECIA. — (Mimándolo.) Para vos. Para vos. Para que tomés el té con un amigo de Jacinta que vendrá a las cinco en punto.

D. PABLO. — Que yo recuerde, no tengo amigos. ¿Un amigo?

LUCRECIA. — (Idem.) Ya te vas a acordar. Yo te voy a dar los remedios.

D. PABLO. — Me parece un gasto inútil. Aquí hay gato encerrado. Aquí hay intereses ocultos. No es posible gastar tanto dinero.

JACINTA. — Pero es un amigo importante.

D. PABLO. — (Jactancioso e irónico.) ¿Y todo con mi dinero, no?

JACINTA. — Pero también vos vas a tomar el té.

D. PABLO. — ¿Y por qué yo? Yo no necesito tomar el té con tantas masas y sobre todo con esa torta descomunal. Aquí hay dobles intenciones.

JACINTA. — (Desesperada.) ¡Mamá! ¡Apurate! ¡Ya son las cinco menos diez! ¡Ramón es tan puntual!

D. PABLO. — ¿Y quién es ese Ramón?

LUCRECIA. — Un amigo de la casa. El que está por venir. El que tomará el té con nosotros.

D. PABLO. — (Terco.) ¡No lo conozco!

LUCRECIA. — Ya lo vas a conocer.

JACINTA. — (Suplicante.) ¡Rápido, mamá! ¡Dale las píldoras!

LUCRECIA. — ¡Traémelas! ¡Están en la cómoda!

D. PABLO. — ¿Píldoras? ¿Qué píldoras?

LUCRECIA. — Las que te recomendó el médico.

D. PABLO. — Estoy sano. No necesito tomar esas píldoras. Estoy seguro de que me quieren envenenar. Me voy a la policía. Voy a denunciar un caso flagrante de tentativa de asesinato.

LUCRECIA. — *(Desesperada, tomándolo de un brazo.)*
No, Pablo. No. Vení. Escuchá.

(JACINTA volviendo con un frasco en la mano.)

JACINTA. — Aquí están las píldoras, mamá.

(LUCRECIA luchando a brazo partido con Don PABLO.)

LUCRECIA. — ¡Ayúdame! Todavía está fuerte como un toro.

D. PABLO. — *(Gritando.)* ¡Socorro! ¡Me quieren envenenar! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Auxilio!

(Las dos mujeres arrastran a Don PABLO hasta un sillón. Todo debe ser grotesco. Después que lo derriban, LUCRECIA lo toma de las manos y JACINTA le introduce en la boca varias píldoras. El viejo las escupe.)

JACINTA. — *(Desesperada.)* ¡Tragá, papá! ¡Tragá! *(A Lucrecia.)* ¡Ya va a venir Ramón!

D. PABLO. — *(Semiahogado.)* Cuando llegue ese Ramón ya estaré muerto. No sé por qué quieren que yo me muera cuando llegue ese Ramón.

JACINTA. — ¡Estás enfermo, papá!

D. PABLO. — Estoy sano. Me quieren envenenar. *(Suplicando.)* ¿Por qué me quieren envenenar? Yo no les hice nada.

(Las mujeres luchan en forma desesperada. Le tapan la boca y la nariz luego de introducirle varias píldoras. El viejo se ahoga y logra tragar lo que le pusieron en la boca.)

(A los alaridos.) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Han conseguido envenenarme!

- JACINTA. — ¡Por favor, papá!
- LUCRECIA. — Pablo, ¡qué van a decir los vecinos!
- D. PABLO. — ¡Vecinos! ¡Vecinos! ¡Socorro! Saquen a estas dos mujeres de la casa! ¡Voy a morir! ¡Confesión! ¡Quiero un sacerdote! ¡Llamen a un sacerdote!
- (Las dos mujeres se sientan encima del viejo que se debate furiosamente.)*
- JACINTA. — *(Más tranquila y displicente.)* ¿Cuánto tardan las píldoras en hacer su efecto?
- LUCRECIA. — Uno o dos minutos.
- D. PABLO. — ¡Socorro!
- LUCRECIA. — *(Muy natural como si no se tratara de un enfermo.)* ¿Cuántas le has dado?
- JACINTA. — No sé... Cinco... Seis... No sé cuántas habrá tragado.
- LUCRECIA. — *(Doctoral.)* ¡Cinco, dijo el médico!
- JACINTA. — No sé si las habrá tragado a todas.
- D. PABLO. — *(Con fuerza al principio luego decayendo lentamente.)* ¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Soooo... cooooo... rrrro! So... co... rro!
- LUCRECIA. — *(Muy comadre.)* Parece que le están haciendo efecto.
- JACINTA. — Esperemos un rato... No vaya a ser una treta...
- D. PABLO. — ¡So... co... rrrrooooo!
- (Queda en silencio y cierra los ojos. Luego de un momento los abre. Mira a las dos mujeres.)*
- ¡Buenas tardes, Lucrecia! ¡Buenas tardes, Jacinta! Creo que me he dormido un poco. *(Extrañado.)* ¿Qué hacen sentadas sobre mi estómago?
- (LUCRECIA suspirando aliviada y levantándose.)*
- LUCRECIA. — ¡Gracias a Dios!
- JACINTA. — *(Idem.)* Las cinco menos cinco. Me voy a arreglar un poco. Creo que en el forcejeo me he despeinado. *(Sale.)*

D. PABLO. — (*Incorporándose y mirando el comedor.*)
¿Para quién es esa torta?

LUCRECIA. — (*Como si nada hubiera pasado.*) Para Ramón, un amigo de Jacinta que viene a tomar el té con nosotros.

(*Don PABLO poniéndose de pie y rascándose la cabeza.*)

D. PABLO. — ¡Caramba! (*Pausa.*) ¿Y el niño?

LUCRECIA. — Está dormido.

D. PABLO. — Voy a verlo.

LUCRECIA. — Nada de eso, Lo vas a despertar.

D. PABLO. — (*Rogando como un chico.*) Un ratito. Nada más que un ratito.

LUCRECIA. — (*Dura.*) He dicho que no. Dentro de cuatro minutos tendremos visitas y no quiero que lo despiertes.

D. PABLO. — (*Suplicando.*) Lo voy a mirar de lejos...

LUCRECIA. — (*Autoritaria.*) No. Además, tu hija Jacinta se está arreglando para recibir esa visita.

D. PABLO. — (*Rezongando.*) Está bien... Está bien... (*Con aire de chico goloso y travieso.*) ¿Me dejás comer una masita?

LUCRECIA. — Una sola. Ya sabés que no tenés que abusar de las cosas dulces. Ya te lo ha dicho el médico.

(*Don PABLO toma una masita y la engulle. Luego mira a LUCRECIA, aprovecha un descuido de ésta, toma otra y se la mete en la boca.*)

Ahora vení. Vamos a ver cómo estás.

D. PABLO. — (*Con la boca llena.*) ¡Bien...! ¡Muy bien...!

LUCRECIA. — (*Con aires de directora de escuela.*) A ver: ¿cómo te llamás?

D. PABLO. — (*Riéndose.*) ¡Qué Lucrecia, éstal Si vos lo sabés muy bien.

LUCRECIA. — (*Siempre autoritaria.*) ¿Cómo te llamás, te digo?

D. PABLO. — Pablo María Gutiérrez. ¿Cómo no voy a saberlo? ¿Por qué siempre me preguntás lo mismo cada vez que me despierto, por la mañana o luego de la siesta?

LUCRECIA. — (*Severa, pero menos.*) ¿Dónde has nacido?

(*Don PABLO siempre riendo como si todo fuera una broma.*)

D. PABLO. — ¡En Monteros, provincia de Tucumán, por supuesto! Ah, el 6 de mayo de 1889.

LUCRECIA. — ¿Estudios?

D. PABLO. — (*Socarrón.*) ¿Primarios? En la Escuela José Federico Moreno, de Monteros.

LUCRECIA. — ¿Cómo se llamaba tu maestra?

D. PABLO. — Josefina Díaz... Pero Lucrecia: terminemos con estas bromas. Siempre lo mismo. Voy a terminar por creer...

LUCRECIA. — ¿Te podés acordar el nombre de algunos de tus compañeros de escuela?

D. PABLO. — De algunos, sí, por supuesto. A ver... a ver... Pepito Machado el hijo del panadero. Antonio Bruni, el hijo del confitero. Manuelito Frías el hijo de la portera de la escuela, Jaime... Jaime era un muchacho judío, muy gordito... hijo del dueño de una tienda muy pobre.

LUCRECIA. — (*Ahora entusiasmada.*) ¡Muy bien... pero muy bien! Ahora, ¿quién soy yo?

D. PABLO. — Lucrecia... por supuesto... mi mujer.

LUCRECIA. — (*Exultante.*) ¿Dónde nos conocimos?

D. PABLO. — (*Lírico.*) En un viaje que yo hice a Buenos Aires... era el año en que me recibí de perito mercantil.

LUCRECIA. — (*En el colmo del gozo.*) ¿Cuándo nos casamos?

D. PABLO. — Seis años después... cuando yo ya me

había hecho una posición en la firma Hans Brugger y Compañía, Importaciones y Exportaciones, en la calle Defensa al 400.

LUCRECIA. — Excelente... Excelente...

JACINTA. — (*Entrando afligida.*) ¡Mamá! ¡Por favor! Tené cuidado... con tus bromas... No lo...

D. PABLO. — (*Contento como un chico.*) Fueron nuestros padrinos, tu padre y tu madre, el gerente de la empresa donde yo trabajaba y su mujer.

LUCRECIA. — (*Con un suspiro de alivio.*) ¿Cuándo nació nuestra hija?

D. PABLO. — Un año después que murió nuestro primer hijo... (*Mutación.*) Pero, ¿a qué viene todo esto? Parece un interrogatorio policial. O como si estuviera llenando una de esas solicitudes de crédito en que te preguntan miles de cosas para darte solamente diez mil pesos...

JACINTA. — (*Cada vez más afligida.*) ¡Ya está mamá! ¡ya está...! ¡Basta de bromas! Van a dar las cinco...

LUCRECIA. — (*Sin poder detenerse.*) ¿Cuándo se casó tu hija?

D. PABLO. — Hace dos años... A ver... Sí: hace dos años... (*Sonriendo con tristeza.*) Después de quince de noviazgo... Yo le decía... pero...

LUCRECIA. — ¿Tiene un hijo?

D. PABLO. — Claro que sí. Se llama Patricio. Nació el año pasado. Tres meses después de la muerte del marido de Jacinta. No estaba en edad de casarse. Yo se lo había prevenido... pero...

LUCRECIA. — (*Seca y cortante.*) Y vos, ¿estás enfermo?

D. PABLO. — (*Riendo.*) ¡Qué disparate! No sé por qué me preguntás eso... Estoy sano... En el más perfecto uso de mis facultades mentales...

JACINTA. — ¡Papá!

(*El reloj de cucú colgado de la pared da las cinco.*)

Todos quedan en silencio. En la puerta de calle se escuchan tres aldabonazos. LUCRECIA se arregla el peinado. D. PABLO se pone de pie, JACINTA le arregla la corbata, la camisa, el saco y lo peina. Luego se arregla el vestido y su peinado. JACINTA se adelanta hasta la puerta de calle y la abre. En el marco aparece RAMÓN, el novio, muy pulcramente vestido. Es un hombre maduro que trata de rejuvenecerse por todos los medios posibles. Trae un ramo de claveles en la mano.)

(Entre tímida y ruborosa.) Pase... pase... Adelante, Ramón... Le estábamos esperando... Estos son mis padres... Mamá, te presento a Ramón, un amigo... Papá... te presento a Ramón.

LUCRECIA. — Está en su casa... ¡Mucho gusto!

RAMÓN. — (*Muy ceremonioso.*) Buenas tardes, señora... Buenas tardes, señor. Con su permiso. (*A Jacinta.*) Estas flores son para usted, Jacinta.

JACINTA. — (*Ruborizada.*) Gracias, Ramón... Usted siempre tan amable.

LUCRECIA. — Pase... pase... Éste es mi marido... Pablo.

(*RAMÓN estrechándole la mano en forma varonil.*)

RAMÓN. — Tanto gusto, señor. Mi nombre es Ramón Pereyra.

D. PABLO. — Tanto gusto... Pablo María Gutiérrez, un servidor... (*Pensativo.*) ¿Pereyra, me ha dicho? ¿Ramón Pereyra? Me suena ese nombre. Ese nombre me suena...

(*Las mujeres se miran angustiadas.*)

LUCRECIA. — El té se enfría...

Oscuridad

El reloj de cu-cú acaba de dar las seis y media.

(RAMÓN se limpia la boca ceremoniosamente con una servilleta. Las mujeres miran con angustia el reloj, primero, y luego a Don PABLO.)

RAMÓN. — (Muy cumplido.) El té ha estado riquísimo. La torta realmente es deliciosa.

JACINTA. — (Amable hasta el borde de la cursilería.) ¿Quiere servirse un poco más?

RAMÓN. — No. No. A mi edad tengo que cuidarme. Sobre todo de los dulces. El médico me ha prohibido engordar.

D. PABLO. — (Chanceándose.) No le haga caso a los médicos. Ya ve usted cómo estoy yo. Nadie diría que el año pasado he cumplido setenta.

RAMÓN. — No todas las naturalezas son iguales.

LUCRECIA. — Exactamente... Exactamente...

JACINTA. — Pruebe estos bollitos de anís. No son tan dulces.

D. PABLO. — Yo, siempre he comido de todo. Quizá por eso sea que tengo una salud de hierro.

(Las dos mujeres se miran afligidas.)

Y sobre todo, una memoria de... de ¿cómo se dice?

LUCRECIA y JACINTA. — (Al mismo tiempo.) ¡De elefante... ¡De elefante, papá!

D. PABLO. — De elefante. Eso es... Me puedo acordar de muchas cosas. De todas las cosas...

JACINTA. — (A Ramón y para cortar el relato de Don PABLO.) Las seis y media. ¡Cómo pasa el tiempo!

- RAMÓN. — ¡Las seis y media! ¡Es verdad! Creo que por ser la primera vez que vengo a esta casa, es tiempo suficiente.
- D. PABLO. — (*Confianzudo.*) ¡Quedesé un poco más! ¡Quédese un poco más! Le voy a hacer una demostración de mi memoria de elefante.
- LUCRECIA. — (*Por decir algo.*) No dudamos... No dudamos...
- JACINTA. — (*Lírica y cursi.*) El tiempo pasa, Ramón. El tiempo pasa y no nos damos cuenta.
- RAMÓN. — (*Muy formal.*) Yo siempre soy puntual. Precisamente, porque he sabido aprovechar mi tiempo ahora soy poseedor de una fortuna modesta pero sólida.
- LUCRECIA. — (*Afligida.*) El tiempo pasa...
- DON PABLO. — (*Entrecerrando los ojitos.*) Me acuerdo cuando trabajaba en la firma Hans Brugger, Importaciones y Exportaciones...
- RAMÓN. — (*Cumplido.*) Parece que el señor quiere contarnos algo...
- LUCRECIA. — (*Cada vez más afligida.*) El tiempo pasa y no hay que perderlo.
- RAMÓN. — (*Condescendiente.*) Efectivamente. Esa también ha sido una norma en mi vida. Claro que las circunstancias... no me han permitido aprovechar el tiempo como usted lo ha hecho. Quizá, también, porque no todos tenemos su misma inteligencia.
- DON PABLO. — Éramos cuatro compañeros inseparables en la firma Hans Brugger, Importaciones y Exportaciones: Medina, un catamarqueño; Flanagan, un irlandés y Whitelocke, un inglés, como el de las invasiones inglesas.
- RAMÓN. — (*Sentencioso.*) El tiempo aprovechado siempre nos deja una sensación tonificante.
- JACINTA. — (*Mirándolo con ojos de cordero degollado.*) Es verdad... Es verdad...
- RAMÓN. — En cambio, el tiempo perdido siempre nos está acusando.

DON PABLO. — Los dos gringos que no sabían hablar castellano cuando entraron a la firma Hans Brugger, Importaciones y Exportaciones. En la calle Defensa al cuatrocientos. Allí todavía están los escritorios donde trabajé durante cincuenta años. Hasta que me jubilé. (A Lucrecia.) ¿Por qué me jubilé, Lucrecia?

LUCRECIA. — (Incómoda.) Porque habías llegado a la edad de jubilarte. Porque la ley obliga a jubilarse a todos aquéllos que cumplen cincuenta años de servicios.

JACINTA. — (Afligida.) Son las siete menos veinticinco.

RAMÓN. — A veces es terrible contemplar el reloj y ver cómo pasan los minutos. ¡Y pensar que luego nunca los podremos recuperar!

JACINTA. — (Suspirando.) Es verdad. Es algo terrible . . . Es como asomarse a un vacío.

DON PABLO. — (Retomando el hilo de su relato.) A los dos años, los gringos ya sabían hablar el castellano mejor que yo y que Medina. Ibamos a muchas fiestas. Flanagan se casó el mismo año que yo me casé. Medina ya estaba casado con una comprovinciana. Whitelocke se había casado en Inglaterra antes de venir y estaba juntando unos pesos para traer a su mujer.

RAMÓN. — El tiempo pasa y no hay que dejarlo pasar.

JACINTA. — Ya lo creo. (Reflexionando en voz alta.) No quiero que me pase otra vez lo que ya me pasó.

RAMÓN. — (A Jacinta.) Jacinta, por favor. No insista con esa historia.

JACINTA. — Perdón, Ramón. Perdón. Me había olvidado que ya me lo había dicho.

LUCRECIA. — (Espantada.) Son las siete menos veinte.

RAMÓN. — Dentro de unos minutos caerá la noche. En otoño oscurece más rápido. (Se pone de pie.)

(D. PABLO tomándolo de un brazo y haciéndolo sentar de nuevo.)

D. PABLO. — ¡No se vaya, hombre! ¡No se vaya! Quiero terminar de contarle mi historia.

LUCRECIA. — (*Afligida.*) No creo que al señor Ramón le guste.

D. PABLO. — En realidad no es agradable pero es sorprendente. Se la he contado a muchos.

JACINTA. — ¡Papá!

D. PABLO. — El pobre Whitelocke se murió. Le dio una neumonía y se murió. Justo cuando acababa de girarle a su mujer el dinero para el pasaje.

JACINTA. — (*A Ramón.*) ¿Volverá el sábado?

RAMÓN. — Por supuesto. El sábado quiero hablar con su papá y con su mamá. Ya se lo habré prevenido, ¿no?

LUCRECIA. — Las siete menos diecinueve.

JACINTA. — ¡Mamá!

D. PABLO. — Como Whitelocke era protestante, antes de morir pidió que lo cremaran. Los cuatro amigos fuimos a la Chacarita. Vinieron todos los empleados y hasta el señor Hans Brugger. Medina, que tenía dotes literarias, dijo unas palabras muy sentidas... ¿Fue Medina?... ¿O fui yo? No... Fue Medina.

JACINTA. — (*A Lucrecia.*) ¡Mamá!

LUCRECIA. — (*Temblosa.*) Las siete menos diecisiete.

RAMÓN. — (*A Jacinta.*) El sábado a las cinco en punto.

JACINTA. — Prepararé otras cosas.

RAMÓN. — No muy dulces.

D. PABLO. — Después que lo cremaron, nos entregaron las cenizas del pobre Whitelocke en una urna de bronce, muy artística. Se la dimos a Flanagan para que la guardara hasta que la viuda llegara de Inglaterra. Medina no la quería tener en su casa porque era muy supersticioso. ¿Medina? ¿O yo, era el supersticioso? ¿O a mí me dieron la urna? (*A Lucrecia.*) Lucrecia: ¿fue a mí o fue a Medina que nos dieron la urna?

LUCRECIA. — (*Muy incómoda.*) A Flanagan. Dijiste, que a Flanagan.

D. PABLO. — ¡Qué curioso! Ahora no recuerdo muy bien. Y yo que tengo una memoria de elefante.

- JACINTA. — Son las siete menos dieciséis.
- LUCRECIA. — (*A Ramón.*) A las siete menos cuarto también sale el cu-cú.
- JACINTA. — Es un reloj suizo.
- RAMÓN. — Los relojes suizos son exactos.
- D. PABLO. — Sí. Fue Flanagan el que guardó la urna con las cenizas de Whitelocke, en su casa, durante un mes.
- LUCRECIA. — Al nuestro jamás tuvimos que hacerlo arreglar desde el día en que lo compramos. Y de esto, hace ya veinte años.
- JACINTA. — Limpieza. Únicamente, limpieza . . .
- D. PABLO. — Mes y medio después, llegó la viuda. El barco atracaba en la Dársena Sud, a la madrugada. Flanagan, Medina y yo, decidimos pasar la noche en vela. Nos fuimos a un cabaret del Bajo, como solíamos hacer cuando éramos solteros. Nos llevamos a Whitelocke. Nos llevamos la urna con las cenizas de Whitelocke.
- RAMÓN. — (*Algo incómodo.*) Mi padre tenía un Longines que había sido de su abuelo. ¿Lo quieren ver?
- LUCRECIA. — (*Apurada.*) Con el mejor gusto . . . Con el mayor gusto . . .
- (*RAMÓN saca el reloj y se los muestra.*)
- JACINTA. — Su reloj marca las siete menos diecisiete.
- D. PABLO. — El cabaret se llamaba "My Darling". Pero por ese entonces ya no estaba Georgette, una francesa que nos tenía locos a los cuatro . . .
- RAMÓN. — (*Orgullosa.*) Mi padre me regaló el reloj cuando cumplí mi mayoría de edad . . .
- LUCRECIA. — (*Examinando el reloj.*) ¡Es de plata . . .!
- JACINTA. — Las siete menos dieciséis . . .
- RAMÓN. — Creo que es una hora prudente para que me vaya.
- JACINTA. — (*Afligida.*) No. No lo decimos por usted, Ramón. Pienso en papá . . . (*Se contiene.*)
- LUCRECIA. — (*Socorriéndola.*) En su medicina.

D. PABLO. — ¡Qué medicina, ni qué medicina! Estoy sano como un elefante... ¿Se dice sano como un elefante, o sano como un toro?

RAMÓN. — Como un toro... como un toro...

(LUCRECIA, dando vueltas al reloj, nerviosa.)

LUCRECIA. — Es de plata pura.

RAMÓN. — Tiene cuatro tapas. En la segunda está grabado mi nombre...

D. PABLO. — Antes de entrar al cabaret... ¿o al salir del cabaret? Saben que ahora no recuerdo bien... No... Fue al entrar al cabaret si no no habríamos tenido tiempo... Al entrar al cabaret Flanagan tropezó y lo tiró a Whitlocke, digo, a la urna con las cenizas de Whitlocke. Un golpe de viento se las llevó y cuando quisimos recogerlas, de nuestro pobre amigo no quedaba nada...

RAMÓN. — (Cada vez más molesto.) En la segunda tapa también está grabado el año en que me recibí de contador público nacional. Fíjese...

JACINTA. — (Leyendo.) Mil novecientos treinta y nueve. (A Ramón.) ¡Es el año en que comenzó la guerra...!

LUCRECIA. — (Espantada.) En su reloj son las siete menos cuarto...

RAMÓN. — Su reloj adelanta. El mío es muy exacto. Es un Longines.

D. PABLO. — Medina salvó la situación... No... No fue Medina... Fue Flanagan... Aunque si hago un poco de memoria recordaré que fui yo el de la idea.

RAMÓN. — (Seco.) Ya es tarde.

D. PABLO. — (Afligido.) Ya termino... Ya termino... Nos compramos una botella de whisky y una caja de habanos. Nos fumamos la caja de habanos y echamos las cenizas en la urna. (A Ramón.) ¿Sabe usted lo que es fumarse en una noche doce habanos cada uno?... ¿Eran doce?... No... Fueron diez...

LUCRECIA. — (*Gritando.*) El cu-cú . . . ¡El cu-cú . . . son las siete menos cuarto!

(*El reloj da las siete menos cuarto. El cu-cú sale y canta. Silencio de todos.*)

JACINTA. — (*Para romper el silencio.*) ¡Cómo me gustaría escuchar un cu-cú de verdad!

RAMÓN. — (*Doctoral.*) Me han dicho que en los bosques de Alemania hay muchos.

D. PABLO. — (*Empecinado.*) Cuando llegó el barco, le entregamos a la viuda la urna con las cenizas . . . Fue una mentira piadosa . . . ¿Qué otra cosa podía hacer? Los tres apestábamos a tabaco . . . Estábamos un poco mareados . . . No podíamos hacer otra cosa . . .

RAMÓN. — Cantan cuando llega la primavera.

LUCRECIA. — (*Tratando de desviar la conversación.*) Nosotros teníamos un gato que se pasaba las horas frente al reloj esperando que saliera el pajarito para cazarlo.

JACINTA. — (*Suspirando.*) Los gatos son crueles.

D. PABLO. — (*Moviendo la cabeza.*) No creo que la viuda se haya enterado nunca.

JACINTA. — El sábado haré medias lunas.

RAMÓN. — Nada de dulces. Ya sabe: yo siempre cumplo con las órdenes del médico. (*Se pone de pie.*)

JACINTA. — ¿Se marcha ya, Ramón?

RAMÓN. — (*Mirando su reloj de plata.*) Son las siete menos once minutos.

D. PABLO. — Vamos, hombre: espere hasta las siete. El cu-cú volverá a salir.

LUCRECIA. — (*Cortante.*) Ya lo ha escuchado. El sábado lo escuchará de nuevo.

D. PABLO. — (*Un poco apesadumbrado.*) El cuento es un poco macabro, pero es verdad. No es un cuento. Pero, ¿qué otra cosa podíamos hacer por la pobre viuda de Whitelocke?

RAMÓN. — (*Muy ceremonioso.*) Todo estuvo delicioso.

(*A Jacinta.*) El sábado hablaremos, Jacinta.

LUCRECIA. — (*Nerviosa.*) Un momento: le traeré su sombrero y sus guantes.

JACINTA. — (*Mimosa.*) ¿No quiere llevarse un poco de torta, Ramón?

RAMÓN. — (*Con una sonrisa de cumplido.*) No me tiente, Jacinta. Usted ya sabe...

JACINTA. — Para que convide a sus amigos... y les cuente lo que yo sé hacer...

RAMÓN. — (*Mimoso.*) Si es así acepto.

(*Las dos mujeres salen. LUCRECIA se lleva los restos de la torta. Pausa. RAMÓN y D. PABLO quedan frente a frente un instante.*)

D. PABLO. — (*Repentinamente.*) ¿Quién es usted, señor?

RAMÓN. — (*Estupefacto.*) ¿Cómo?

D. PABLO. — Sí. Le he preguntado, ¿quién es usted, señor?

RAMÓN. — Pero... Hemos sido presentados antes del té.

D. PABLO. — ¿Antes del té? ¿De qué té?

RAMÓN. — (*Sin saber qué decir.*) Del té... ¡del té que acabamos de tomar...!

D. PABLO. — Yo no he tomado ningún té. ¡Le pregunto quién es usted, señor y qué es lo que hace en esta casa!

RAMÓN. — (*Desconcertado.*) ¡Me extraña! He venido a visitar a su señora esposa y a su hija.

D. PABLO. — Yo soy soltero. No tengo ninguna esposa, ni mucho menos una hija, como consecuencia. (*Más duro.*) ¿Quiere decirme qué es lo que hace en esta casa?

RAMÓN. — (*Fastidiado.*) Vamos... Vamos... Ya se lo he dicho: estoy de visita.

(*Aparecen LUCRECIA y JACINTA, una, con los guantes y el sombrero; la otra, trayendo un paquete envuelto primorosamente.*)

(A las dos.) Su papá sigue de bromas.

JACINTA. — ¡Papá!

D. PABLO. — (*Muy ceremonioso y circunspecto.*) ¿Señorita?

(LUCRECIA tomándose la cabeza con las dos manos.)

LUCRECIA. — ¡Dios mío! Son las siete menos dos minutos.

JACINTA. — (*Desesperada.*) ¡Papá!

D. PABLO. — ¿Señorita? No tengo el gusto de conocerla. ¿Ha venido usted con este señor?

JACINTA. — (*Al borde de las lágrimas.*) ¡Pero, papá! ¡Yo vivo aquí! (*A Lucrecia.*) ¡Ya no se acuerda! ¡Las pastillas!

D. PABLO. — No tengo el gusto de conocerlas. ¿Y quiénes les ha dado permiso para que ustedes dos vengan a vivir en esta casa?

LUCRECIA. — (*Al borde de la agonía.*) ¡Pablo! ¡Pablo! ¡Soy yo! ¡Tu mujer! ¡Yo también vivo aquí!

D. PABLO. — ¡Caramba! ¡Así que los tres viven aquí!

RAMÓN. — (*Molesto.*) Yo no vivo aquí, señor. He sido invitado.

D. PABLO. — ¿Invitado?

RAMÓN. — A tomar el té por su señora esposa y por su señorita hija.

D. PABLO. — (*Conteniendo su furia.*) Le he dicho, señor mío, que soy soltero y por lógica consecuencia no puedo tener esposa ni mucho menos una hija.

JACINTA. — (*Lloriqueando.*) ¡Ramón!

(RAMÓN a JACINTA, muy molesto y en tono de reproche.)

RAMÓN. — ¡No sé qué decir!

LUCRECIA. — (*Severa.*) ¡Pablo!

D. PABLO. — (*A Lucrecia y Jacinta, encolerizado.*) Si ustedes dicen que viven aquí, si verdaderamente us-

tedes dos viven aquí, lo hacen sin mi consentimiento. Voy a denunciar a las autoridades policiales este caso flagrante de usurpación y violación de domicilio.

JACINTA. — (*A Ramón, como disculpándose.*) ¡Pero, hace años que vivimos aquí! ¡Papá!

D. PABLO. — (*Violento.*) ¡Le ruego que deje de llamarme papá!

LUCRECIA. — ¡Pablo!

D. PABLO. — ¿Pablo? ¿Quién es Pablo?

RAMÓN. — (*Molesto y turbado.*) Usted no me había dicho, Jacinta, que su papá... ¿cuál era la enfermedad de su papá...?

JACINTA. — (*Desesperada.*) Espere, Ramón. No se vaya. (*RAMÓN moviendo la cabeza como si diera un pé-same.*)

RAMÓN. — Es un espectáculo penoso.

D. PABLO. — Claro que la prostitución es un espectáculo penoso. Porque lo que estoy viendo es que, en esta casa, se ejerce la prostitución.

JACINTA. — (*Ya sin fuerzas.*) ¡Papá! ¡Por el amor del cielo!

LUCRECIA. — (*Sacando fuerzas de flaqueza, a Jacinta.*) Esperá... (*A Ramón.*) Señor, le debo una explicación.

RAMÓN. — (*A Jacinta.*) Jacinta, usted no me lo había dicho...

JACINTA. — Le dije que estaba enfermo...

RAMÓN. — Pero no me dijo...

D. PABLO. — Es una treta. Estoy sano. Le aconsejo que se vaya, señor. Por su aspecto veo que es una persona distinguida. No quisiera que se viera mezclado en un escándalo policial. Porque a mí, nadie me va a negar que aquí se está ejerciendo la prostitución. (*Señalando a Jacinta.*) Y esta pobre mujer debe ser explotada por esta otra. (*Señala a Lucrecia con un gesto histérico.*)

LUCRECIA. — (*En un grito.*) ¡Pablo! ¡No te lo permito!
JACINTA. — (*Con un hilo de voz, a Ramón.*) ¡Está enfermo!

RAMÓN. — (*Con un gesto de asco.*) Ya lo veo... Pero usted, Jacinta, no me había dicho...

JACINTA. — (*Desesperada.*) ¡Se lo dije!... ¡Se lo dije!...
(*RAMÓN cada vez con más asco y retrocediendo hacia la puerta.*)

RAMÓN. — Pero no me aclaró cuál era su mal... Ustedes se imaginan que la vida en esta casa puede llegar a ser... Una enfermedad así, puede destruir nuestra pareja, en ésta o en cualquier otra casa...

D. PABLO. — (*A Ramón.*) ¡No señor! No hay que enamorarse de las prostitutas. Eso hacen los adolescentes. Pero a su edad, señor... No piense en hacer una locura semejante... No valen la pena. Nadie logra redimir a una puta. Eso pasa en las novelas, únicamente. ¡Son todas unas canallas...! ¡Son todas unas canallas...!

(*RAMÓN abriendo la puerta y después de consultar su reloj de plata.*)

RAMÓN. — Son las siete. ¡Buenas noches, señora! ¡Buenas noches, Jacinta!

JACINTA. — (*Corriendo desesperada.*) ¿Hasta el sábado?

RAMÓN. — (*Seco y tajante.*) Ya le avisaré. ¡Ya tendrá noticias mías!

JACINTA. — (*Gritando.*) ¡Ramón!

D. PABLO. — (*Gritando.*) Nunca se enamore de una prostituta. (*Para sí.*) Aquí se está ejerciendo la prostitución. Nadie me va a negar que aquí se está ejerciendo la prostitución.

(*El cu-cú sale y canta siete veces.*)

LUCRECIA. — (*Feroz.*) ¡Las pastillas!

(*JACINTA desarmada y apoyándose en la puerta.*)

JACINTA. — ¡Ya no hacen falta, mamá!

LUCRECIA. — (*Salvaje.*) ¡Traeme las pastillas!

D. PABLO. — ¿Pastillas? ¿Pastillas? ¡Estas mujeres quieren envenenarme! (*Gritando.*) ¡Socorro! ¡Me quieren envenenar! ¡Policía! ¡Detengan a estas dos prostitutas!

LUCRECIA. — (*Desesperada.*) ¿Dónde has puesto las pastillas?

D. PABLO. — ¡Socorro! ¡Policía!

LUCRECIA. — (*Yendo hasta Jacinta y sacudiéndola.*) ¡Los vecinos!... ¿Dónde están las pastillas?

JACINTA. — (*Desarmada.*) Ya no tienen importancia.

LUCRECIA. — (*Salvaje.*) Las buscaré yo. (*Sale.*)

(*JACINTA camina lentamente hacia uno de los sillones.*)

D. PABLO. — (*Con tono sacerdotal.*) Señorita, ¿por qué se dedica a un comercio tan infame? Seguro que no puede escapar a las garras de esa harpía que la explota. Aunque detrás de esa harpía debe haber otro personaje siniestro, porque siempre detrás de estas harpías hay un hombre siniestro.

(*JACINTA llora y se derrumba en el sillón.*)

No llore, señorita. Si usted quiere podemos ir juntos a la policía y denunciar el caso. Aunque sus explotadores siempre querrán recuperar su presa. Además, la culpa la tiene la misma policía, porque al ficharlas a ustedes como prostitutas, no permiten que una mujer caída se regenere. No hay caso, señorita. Tiene que resignarse a su condición. Es el destino. En mi denuncia trataré de testimoniar en favor de usted.

(*Intenta salir. JACINTA se incorpora de un salto y lo toma de un brazo.*)

JACINTA. — ¿A dónde vas, papá?

D. PABLO. — (*Muy tierno.*) Le agradezco que me llame papá. Eso prueba que todavía tiene ciertos sentimientos. Voy a la policía.

(JACINTA lo toma de los brazos. El viejo forcejea tratando de ganar la puerta.)

JACINTA. — ¡Mamá! ¡Rápido! ¡Vení, mamá, ayudame!

(LUCRECIA regresa con el frasco de pastillas y entre ella y JACINTA se apoderan del viejo y luchan. Poco a poco ambas se convierten en unas furias, lo derriban por tierra. LUCRECIA se le sienta encima y le aprieta la nariz.)

LUCRECIA. — Tomá, ¡Jacinta! Ponele las píldoras en la boca. ¡Vacía el frasco!

D. PABLO. — ¡Socorro! ¡Estas prostitutas quieren matarme! ¡Quiéren envenenarme!

JACINTA. — ¡El frasco!

LUCRECIA. — ¡Todo el frasco...!

(El viejo, semiasfixiado abre la boca. JACINTA le derrama el contenido.)

D. PABLO. — ¡Asesinas!... ¡Asesinas!... ¡Un sacerdote...! (Se ahoga.)

LUCRECIA. — (Salvaje.) ¡Tragá, tragá te digo!

JACINTA. — ¡Tragá! ¡Tragá, te digo! ¡Tragá!

(Ambas, enardecidas, repiten las palabras rítmicamente como si se tratara de un ritual salvaje. El viejo se debate. Después de unos instantes deja de agitarse y se tranquiliza. Las mujeres, despeinadas y acezantes, lo contemplan un rato como hipnotizadas y en trance. D. PABLO abre los ojos.)

LUCRECIA. — ¡Pablo! ¡Pablo! ¿Me oís? ¿Quién sos vos? Contestame, ¿quién sos?

JACINTA. — ¿Cómo te llamás, contestame?

D. PABLO. — (Con una voz de ventrílocuo.) ¡Matrícula individual un millón ciento veinticinco mil setecientos cuarenta y ocho!.. ¡Matrícula individual un millón ciento veinticinco mil setecientos cuarenta y ocho!.. ¡Matrícula individual un millón ciento vein-

ticinco mil setecientos cuarenta y ocho! ¡Matrícula individual un millón ciento veinticinco mil setecientos cuarenta y ocho...!

Telón

GULLIVIER

Allegoría en un acto para actores y marionetas

A los amigos de Nuevo Teatro

Este es un acto de teatro escrito para actores y marionetas. Se trata de una alegoría que puede ser representada en un teatro o en un espacio público. El texto está escrito en un lenguaje sencillo y directo, con un ritmo que se adapta a la acción escénica. El acto se divide en tres actos, cada uno con un título que indica el tema principal de esa parte.

ACTO PRIMERO

En un momento de crisis, el mundo se encuentra en un estado de confusión y desesperación. Los personajes, tanto actores como marionetas, luchan por encontrar su lugar en un mundo que parece haber perdido su rumbo. El acto comienza con una escena que establece el tono de la obra, mostrando la fragilidad de la existencia humana y la búsqueda de significado en un mundo absurdo.

El primer acto se centra en la introducción de los personajes principales y el establecimiento del conflicto central. A través de diálogos y acciones, se revela la complejidad de sus relaciones y el peso de las circunstancias que los rodean. El lenguaje utilizado es poético y evocador, buscando crear una atmósfera que invite a la reflexión del espectador.

En el segundo acto, el conflicto se intensifica y los personajes enfrentan pruebas que ponen a prueba sus valores y sus límites. Las marionetas, controladas por actores invisibles, representan la pérdida de autonomía y la lucha por la libertad. Este acto es crucial para el desarrollo de la trama y para la profundización de los temas que se exploran.

El tercer acto culmina con la resolución del conflicto y el destino final de los personajes. Aunque el final puede ser ambiguo, el acto busca dejar una impresión duradera en el espectador, invitándolo a reflexionar sobre los temas tratados y sobre su propia condición humana. El lenguaje utilizado en este acto es más directo y contundente, reflejando la intensidad de los acontecimientos.

Este acto es una obra que busca desafiar al espectador y provocar una reflexión profunda sobre la naturaleza del teatro, la relación entre actores y marionetas, y sobre el sentido de la vida en un mundo que a menudo parece carecer de propósito. La alegoría utilizada permite abordar temas complejos de una manera accesible y poderosa.

La obra está diseñada para ser representada en un teatro o en un espacio público, aprovechando las posibilidades que ofrece el uso de actores y marionetas. El texto está escrito para ser leído y actuado, con un ritmo que se adapta a la acción escénica. Se espera que esta obra encuentre un espacio en el teatro contemporáneo y que sea recibida con el interés y la atención que merece.

REPARTO

(por orden de aparición)

PERSONAJES

TITINA

LA MADRE

GULLIVIER

HOMBRE, no habla

Sala de una casa de mediana posición: muebles Luis XV, bibelots sobre repisas, lámparas de pie, mesitas ratonas y cuadros de mal gusto en las paredes. La hora es indefinida, pero puede ubicarse entre las cinco de la tarde y la puesta de sol.

Suena el timbre de la calle. TITINA corre hacia la puerta de entrada, pero se detiene sin saber qué hacer: va y viene, quiere arreglar cosas, se mira en un gran espejo, se acomoda el peinado primero y el vestido después. Está a punto de abrir nuecamente pero otra vez recuerda algo.)

TITINA. — ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Vení!

LA MADRE. — *(Su voz.)* ¡Atendé vos! Me estoy poniendo los zapatos.

TITINA. — ¡Es él! ¡No puedo! ¡Me olvidé de pintarme!

LA MADRE. — *(Su voz.)* ¡No puedo salir descalza! El zapato se niega a entrar!

TITINA. — ¡Por Dios, mamá!

(LA MADRE entrando y rengueando del pie derecho.)

LA MADRE. — ¡Maldito reuma!

TITINA. — Estoy segura que te has comprado un número menos.

LA MADRE. — *(Rabiosa.)* Es el reuma. Cuando viene el verano se me hinchan los pies. No puedo comprarme un par de zapatos para el invierno y otro para el verano.

TITINA. — ¡Ya está! ¡Ábrile la puerta! ¡Es él! Hace rato que está parado.

LA MADRE. — Está bien. Ni que se fuera a convertir en una planta.

TITINA. — Yo me arreglo y vuelvo. Entreténelo.

(LA MADRE va hacia la puerta rengueando. TITINA se oculta. El timbre vuelve a sonar. LA MADRE abre la puerta. Aparece GULLIVIER con un enorme ramo de flores. Viste un traje de un corte indefinido. Se quita el sombrero.)

LA MADRE. — Adelante. Adelante, Gullivier. Lo estábamos esperando. Titina ya viene. Está terminando de preparar el té.

GULLIVIER. — *(Muy ceremonioso.)* Estas flores son para usted, señora. Son de mi jardín.

LA MADRE. — *(Muy zalamera.)* ¿Para mí? ¡Qué amable! *(Toma el ramo y huele las flores.)* ¡Ay! ¡Qué perfume! ¡Rosas y heliotropos! ¡Mis flores preferidas! ¡Muchas gracias, Gullivier! ¡Muchas gracias! Siempre tan gentil. Hoy le decía a Titina —¡qué casualidad!—Gullivier, ¡qué muchacho tan atento! Siempre tan gentil!

GULLIVIER. — *(Algo acortado.)* Nada de eso, señora. Nada de eso. No hago sino retribuir en parte la confianza y el afecto que me han dispensado y me dispensan en esta casa.

LA MADRE. — *(Cayendo en cuenta.)* Pero pase, Gullivier, pase. No se quede allí de pie. Debe estar cansado después de una larga jornada de trabajo.

Gullivier pasa.)

(GULLIVIER pasa.)

Tome asiento.

(GULLIVIER toma asiento con la timidez de un novio provinciano.)

¿Cómo van sus negocios?

- GULLIVIER. — (*Componiendo la garganta.*) No muy bien. Con esta crisis que tenemos. Aunque espero que el año que viene van a mejorar las cosas.
- LA MADRE. — (*Zalamera.*) Titina me decía ayer: Gullivier me ha dicho que en cuanto se compongan los negocios nos casamos.
- GULLIVIER. — (*Reticente.*) Así es. Efectivamente, señora.
- (*Silencio embarazoso.*)
- LA MADRE. — (*Gritando para romper el silencio embarazoso.*) ¡Titina! ¡Titina! ¡Vení! (*Para sí, pero también para que escuche Gullivier.*) ¿Dónde estará metida esta chica? Seguro que arreglándose... ¡Pero tarda tanto! Cada vez que llega el jueves, su día de visita, comienza con los vestidos, las cintas y el peinado, dos horas antes.
- GULLIVIER. — (*Molesto.*) No hay apuro... No hay apuro... Está bien... Déjela señora.
- LA MADRE. — Pero usted es un hombre tan ocupado. Tiene su tiempo justo. (*Para sí, con el mismo juego.*) Se peina cinco veces por lo menos. Se pone tan nerviosa.
- GULLIVIER. — (*Cada vez más inquieto.*) Hay tiempo. Es el único tiempo que tengo para perder.
- LA MADRE. — (*Sorprendida.*) ¡Cómo!
- GULLIVIER. — (*Colorado por la inconveniencia que acaba de decir.*) ¡Es decir...!
- LA MADRE. — (*Tratando de sacarlo del paso.*) Es verdad... Es verdad... Usted es un hombre tan ordenado. Cada minuto para una cosa y cada cosa en su minuto correspondiente.
- GULLIVIER. — Efectivamente. Pero también tengo mi tiempo para...
- (*Se detiene a punto de lanzar otra inconveniencia.*)
- LA MADRE. — (*Adelantándose para evitar un nuevo desastre.*) ¡Para las cosas del corazón!

GULLIVIER. — (*Lanzando un suspiro de alivio.*) Efectivamente, señora. Usted me comprende.

LA MADRE. — El orden, ante todo el orden y el trabajo.

GULLIVIER. — Efectivamente: sin trabajo y sin orden no se puede llegar.

LA MADRE. — (*Zalamera.*) Pero usted llegará, Gullivier. Usted llegará. Ése era el lema de mi difunto marido. Lástima que él no viva para ver que otra persona está llevando adelante sus ideales.

GULLIVIER. — (*Con cara de pésame.*) ¡Es verdad!

LA MADRE. — Murió muy joven. Yo tenía treinta años y Titina, ocho. Pero estoy segura que si hubiera vivido hasta hoy habría hecho fortuna. Tenía madera de triunfador: carácter, tenacidad, orden.

GULLIVIER. — Carácter, tenacidad, orden.

LA MADRE. — Virtudes que lo adornan, Gullivier.

GULLIVIER. — (*Halagado.*) Gracias, señora.

LA MADRE. — Por eso Titina ha puesto sus ojos en usted. (*Corrigiéndose ante el peligro de llevar más lejos su razonamiento.*) Por sus prendas morales, por su posibilidad de futuro. Hace cinco años, cuando lo conoció me dijo: "Mamá: he conocido a un joven que piensa lo mismo que pensaba papá".

GULLIVIER. — Sin orden ni tenacidad no hay futuro, señora.

LA MADRE. — Hace un año me dijo: "En cuanto se le compongan los negocios a Gullivier nos casamos, mamá".

GULLIVIER. — (*Molesto.*) En efecto, así fue señora.

(*Silencio embarazoso. LA MADRE para salir de la situación lanza un grito:*)

LA MADRE. — ¡Titina! ¡Titina! ¡Vení a ver quién está! (*Simulando preocupación.*) ¿Dónde estará metida esta chica? . . . ¡Tantos arreglos! Cada vez que llega el jueves comienza a trajinar desde la mañana, limpia la casa de arriba a abajo.

(Deteniéndose con miedo de llevar adelante sus razonamientos.)

Eso no quiere decir que los otros días no la limpie. Lo que pasa es que los jueves se pone hecha una maniática de la limpieza...

(Silencio embarazoso.)

(GULLIVIER sacando el reloj y mirando la hora. Luego complaciente.)

GULLIVIER. — No hay apuro... No hay apuro... Tengo tiempo...

LA MADRE. — *(Afligida.)* Se peina cinco veces, por lo menos. Son los nervios,

(Llevándose las manos al pecho, muy lírica.)

¡Ah! ¡El amor! A mí también me pasaba eso cuando Efraín venía a visitarme!

(GULLIVIER cerrando el reloj y guardándolo en el bolsillo del chaleco.)

GULLIVIER. — Tengo tres horas.

LA MADRE. — ¿Por qué no cuatro? ¡Se podría quedar a comer!

GULLIVIER. — Tengo una reunión de negocios.

LA MADRE. — ¡Ah! ¡Los negocios! Si mi difunto Efraín viviera, juntos hubieran hecho grandes negocios. *(Repentinamente melancólica.)* Es una lástima que muriera tan joven. Y tan lleno de proyectos.

(Silencio embarazoso. Para romperlo, LA MADRE lanza un grito nuevamente.)

¡Titina! ¡Titiiiiina!

(Por la puerta de la derecha, aparece TITINA vestida con un ridículo traje vaporoso, lleno de cintas.)

TITINA. — ¿Mamá?

LA MADRE. — ¡Pero hija! Gullivier hace un cuarto de hora que te espera. Ya sabes que a él no le gusta perder el tiempo.

TITINA. — Es que...

GULLIVIER. — (*Incorporándose.*) ¡No tiene importancia, Titina!

TITINA. — ¡Buenas tardes, Gullivier!

(*GULLIVIER poniéndose de pie, duro y muy compuesto.*)

GULLIVIER. — ¡Buenas tardes, Titina!

LA MADRE. — Yo me retiro un momento. Ya vuelvo. Cuidado con lo que hacen.

(*Los dos quedan solos. GULLIVIER se da ánimo, compone la garganta y se prepara a lanzar un discurso que ha traído preparado.*)

GULLIVIER. — ¡Titina!

TITINA. — (*Tímida.*) ¿Sí... Gullivier?

(*GULLIVIER se detiene como si un terror súbito lo amordazara.*)

GULLIVIER. — Quería decirle...

(*Pausa embarazosa.*)

TITINA. — ¿Qué le pasa, Gullivier? ¿Se siente mal?

GULLIVIER. — (*Tartamudeando.*) No... este... yo...

(*Saca fuerzas de flaqueza, mete la mano en el bolsillo y saca un paquetito. Se lo entrega a TITINA.*)

Esto es para usted, Titina.

(*TITINA se pone roja de vergüenza.*)

TITINA. — (*Abriendo el paquetito.*) ¡Ay!... ¡Qué maravilla! (*Gritando.*) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mirá lo que me ha traído Gullivier!

(*LA MADRE regresa.*)

LA MADRE. — ¡Qué pasa, hija! ¡Qué gritos son esos!... ¡Qué pasa!...

TITINA. — (*En el colmo de la alegría.*) ¡Mirá el anillo que me ha traído Gullivier!

LA MADRE. — (*Deslumbrada.*) ¡Santo Dios! ¡Santo Dios!

¡Cuesta una fortuna! (A Gullivier.) Gullivier, ¿qué significa esto?

GULLIVIER. — (Tartamudeando.) Este... este (de pronto.) Señora: usted sabe que hace cinco años que vengo a esta casa y deseo formalizar... es decir...

(LA MADRE alborozada y cayendo en brazos de GULLIVIER.)

LA MADRE. — ¡Hijo mío! ¡Al fin! ¡Yo sabía que San Joaquín no me podía fallar!

(Se tapa la boca como si con ello pudiera evitar la inconveniencia que acaba de decir.)

TITINA. — ¡Mamá es muy devota de San Joaquín y siempre rezaba por usted!

LA MADRE. — (Apresurada.) Para que le vayan bien los negocios, porque si le van bien los negocios...

(TITINA le lanza una mirada furibunda e impide una nueva inconveniencia.)

GULLIVIER. — (Inflamado.) Señora: tengo el honor de pedir la mano de su hija... Hasta ahora he venido a esta casa como un simple amigo... pero desde hoy en adelante... desde hoy en adelante...

(Titubea como si se le hubiera olvidado la letra.)

LA MADRE. — (Saliendo en su auxilio.) Lo sabemos, Gullivier... Desde hace tiempo lo sabemos y también cuáles eran sus intenciones... Sabemos que usted es un hombre honrado, que cuenta con bienes... es decir, con un buen pasar... No quiero decir que el dinero sea la base de la felicidad, pero los duelos con pan son menos... Usted puede hacer feliz a mi hija...

GULLIVIER. — No es necesario que me lo diga. La conozco bien. Por eso me he tomado todo este tiempo, estos cinco años, para decidirme a dar un paso tan importante. En estos últimos cinco años no sólo observé a Titina, sino también pedí referencias.

(LA MADRE se queda rígida, pero luego reacciona.)

LA MADRE. — (Zalamera.) Seis años, Gullivier. ¡Seis años! ¡Cómo pasa el tiempo!

TITINA. — Cinco años, mamá.

LA MADRE. — Seis si contamos desde aquel domingo en que Gullivier se hizo presentar a la salida del teatro. Si se hizo presentar es porque ya le gustabas. Yo sabía que fue un amor a primera vista.

TITINA. — ¡Mamá!

LA MADRE. — Gullivier: ¿puedo hacerle una pregunta?
GULLIVIER. — Todas las que usted quiera, señora.

LA MADRE. — ¿Para cuándo... piensa usted que puede? Este... mejor dicho...

TITINA. — ¡Pero mamá!

LA MADRE. — ¡Porque yo no me quiero morir sin conocer a mis nietos! Ser abuela es como ser madre por segunda vez. Eso lo leí en una revista.

GULLIVIER. — (Algo perturbado.) ¿Cuándo nos casaremos? Dentro de cuatro o cinco años. Somos jóvenes todavía. Cuando se afiancen mis negocios.

LA MADRE. — ¿No le parece que es mucho tiempo?

TITINA. — ¡Pero, mamá!

GULLIVIER. — (Doctoral.) Usted sabe, señora... yo soy un hombre serio. No querría dar un paso importante sin antes tomar todas las precauciones posibles...

LA MADRE. — ¿Duda acaso de los sentimientos de la niña?

GULLIVIER. — Nada de eso, señora. Nada de eso. Estoy seguro de los sentimientos de Titina y de los míos. Hablo de otra seguridad, la materia, que debo ofrecer a mi futura esposa...

LA MADRE. — (Maravillada.) ¡Así se habla! ¡Muy bien! Venga que le dé un beso de madre.

(Se arroja en los brazos de GULLIVIER y comienza a besarlo.)

(TITINA roja de vergüenza y en voz alta, casi a los gritos.)

TITINA. — ¡Tenemos que celebrar! ¡Tenemos que celebrar! ¡Tenemos que celebrar!

(LA MADRE al oír los gritos se detiene.)

LA MADRE. — Es cierto, tenemos que celebrar. Voy a buscar esa botella de champagne que tenemos hace cuatro años y que pensamos abrir todos los aniversarios.

(Se tapa la boca antes de que le salga otra inconveniencia.)

TITINA. — Dejá, mamá, iré yo.

LA MADRE. — No señor. Usted se queda con su novio. Solos. Cuidado. Respeten la casa. El hecho de ser novíos no les da otros derechos. *(Mutis.)*

TITINA. — ¡Gullivier!

GULLIVIER. — ¡Titina!

TITINA. — ¿Sí, Gullivier?

GULLIVIER. — No, nada, Titina.

TITINA. — Yo creía...

(Apagón. Cuando las luces se encienden, GULLIVIER y TITINA están en el mismo lugar. Han pasado cinco años. LA MADRE es ahora una marioneta de un metro con los mismos rasgos y los mismos vestidos que la actriz que hacía el papel en el cuadro anterior. La marioneta tiene en sus manos una bandeja con masas y tres copas de champagne.)

LA MADRE. — Aquí están las masas. Coman.

(Sirve a GULLIVIER y a TITINA que comen.)

GULLIVIER. — Están riquísimas... Muy ricas... No parecen de confitería.

LA MADRE. — *(Presumiendo.)* ¡Qué van a ser! ¡Qué van a ser! Las hice yo con ayuda de Titina... Me halaga tanto que se haya dado cuenta.

TITINA. — El hojaldre...

GULLIVIER. — A la legua se siente el gusto del hojaldre casero.

LA MADRE. — (*Cada vez más orgullosa.*) Tiene manteca. En las confiterías cocinan con grasa. En el mejor de los casos, con grasa de cerdo. La manteca, en cambio es la que le da esa suavidad a las milhojas...

GULLIVIER. — ¿Y Titina...?

LA MADRE. — Sabe hacerlas. La hemos educado para todo... (*Pausa.*) Y hablando de repostería, ¿para cuándo, hijo mío, piensa usted que...?

TITINA. — (*Con aflicción.*) ¡Mamá!

GULLIVIER. — (*Muy tieso y atrapando al vuelo la pregunta.*) Cuando tenga una posición más sólida.

LA MADRE. — (*Quejumbrosa.*) Hace diez años que viene a esta casa. Ya han pasado diez años, Gullivier. No sólo hace perder el tiempo a esta niña sino que también la gente ya comienza a murmurar.

GULLIVIER. — (*Orgullosa.*) Señora: ¡usted ya sabe que a mí los rumores no me importan. Prefiero perder a Titina a que...!

TITINA. — (*Desesperada.*) ¡Mamá!

LA MADRE. — ¡Tiene razón, hijo mío! ¡Tiene razón! ¡La seguridad ante todo! ¡La seguridad, como decía mi difunto Efraín! Ahora los dejo solos. Pero un momento, no más. Ya saben. Respeten la casa.

(La marioneta se prepara a salir. Apagón. Cuando se encienden las luces, la marioneta que juega el papel de LA MADRE ha sido reemplazada por otra más pequeña.)

LA MADRE. — (*Saltando al cuello de Gullivier.*) ¡Gullivier! ¡Qué gusto en verlo! Hace tanto tiempo que no venía por esta casa. ¿Estaban disgustados? ¡Titina hace tres noches que no duerme!

TITINA. — ¡Mamá!

GULLIVIER. — (*Frío.*) Mis ocupaciones, señora. Mis ocu-

paciones. Los negocios recién comienzan a andar un poco mejor y no puedo descuidarlos.

LA MADRE. — No mienta, Gullivier. Peleas de novios, nubes de verano, pasan y se van...

TITINA. — ¡Pero, mamá!

LA MADRE. — Ya sé... ya sé. No debo meterme, pero como esta chica es tan tonta y no sabe escuchar mis consejos... Ya se lo he dicho hasta el cansancio: "Al novio, sólo la mano. Después del altar, todo lo demás" (*Con una risita de bruja.*) Es una fórmula muy eficaz, muy antigua, Gullivier. Le dio buenos resultados a mi madre, a mí, a la madre de mi madre, a mi bisabuela...

(*LA MADRE se da cuenta que ha dicho otra inconveniencia por las miradas furibundas de TITINA y GULLIVIER.*)

GULLIVIER. — ¡Señora...!

TITINA. — ¡Mamá!

LA MADRE. — (*Tratando de componer el despropósito.*)
Sírvasse un vaso de champagne. Coma unas masitas, Gullivier. Brindemos por los veinte años de novio. Hoy se cumplen veinte años. ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece que no voy a ver a mis nietos. Siento que las fuerzas me faltan. Estoy muy vieja.

(*TITINA cerrando los ojos y en el colmo de la impaciencia.*)

TITINA. — ¡Sí, mamá! ¡Sí, por favor!

LA MADRE. — (*Presurosa.*) Está bien... Está bien... Me retiro... los dejo solos... Ya sé que los viejos siempre incomodamos. Pero Titina, no te olvides: hay que respetar a esta casa.

(*Apagón. Cuando las luces se encienden de nuevo, la marioneta que hace el papel de LA MADRE, es vieja, encorvada y fea.*)

LA MADRE. — ¡Gullivier! ¡Tanto gusto! ¿Cómo está?

GULLIVIER. — (*Algo turbado.*) No muy bien, señora. No muy bien. ¿Y usted?

LA MADRE. — (*Achacosa.*) Han pasado otros cinco años, Gullivier. Han pasado otros cinco años más...

GULLIVIER. — (*Recobrando su frialdad.*) ¡Es verdad... es verdad! ¡Cómo pasa el tiempo!

LA MADRE. — Casualmente, ayer le decía a Titina: este muchacho, ¿cuándo pensará fijar fecha?

TITINA. — ¡Pero, mamá!

LA MADRE. — No es que quiera presionarlo. Pero recuerde que Titina ya no es joven.

GULLIVIER. — (*Con un cargo de conciencia.*) Es verdad, señora. Tiene razón. Pero le vuelvo a repetir: no quiero sacar a Titina de este hogar sin antes haber logrado una sólida posición económica. No quiero que las gentes digan después que por seguir a un soñador, a un buscador de quimeras, Titina arruinó su vida.

LA MADRE. — (*Endureciéndose.*) Es verdad. Ya me lo ha dicho mil veces. Pero también hay otra verdad: el tiempo pasa...

GULLIVIER. — Si usted no cree, señora, en mis buenas intenciones, aquí tiene el anillo y el compromiso queda deshecho. Es verdad que hice perder a Titina los mejores años de su vida, pero, por suerte, ella está a tiempo todavía.

(*TITINA desesperada, lanzando un grito desgarrador.*)

TITINA. — ¡No, mamá! ¡No!

(*LA MADRE subiéndose a la mesa para estar más cerca de la estatura de GULLIVIER.*)

LA MADRE. — ¿Pero usted cree, por ventura, mi buen amigo, que la muchacha, a esta altura de la vida podrá encontrar otro candidato? ¿Cree que otro pretendiente rondará a su puerta sabiendo que el noviazgo de ustedes ha durado veinticinco años?

GULLIVIER. — (*Muy digno.*) Lo sé. Me siento culpable.

¡Pero mis principios son mis principios!

LA MADRE. — (*Tajante.*) Muy bien caballero. Por esa misma razón, permítame pedirle que se retire de esta casa y que nunca más vuelva a poner los pies en ella!

TITINA. — (*En el colmo de la desesperación.*) ¡No, mamá! ¡No! ¡Te lo ruego por lo que más quieras!

GULLIVIER. — (*Siempre muy digno.*) ¡Como usted diga, señora! (*A Titina.*) Titina: ¡no soy culpable, sólo una víctima de las circunstancias!

TITINA. — (*Con un grito desgarrador.*) ¡No!... ¡No!...

LA MADRE. — (*A TITINA.*) ¡Dignidad, hija mía! ¡Dignidad!

GULLIVIER. — (*A TITINA.*) Titina: antes de partir quiero que usted sepa una vez más que ha sido la única mujer que he amado en mi vida.

TITINA. — ¡Sí, Gullivier, sí! ¡Lo creo!

LA MADRE. — Eso está por verse.

(*TITINA derrumbándose hecha un mar de lágrimas.*)

TITINA. — ¡Mamá! ¡Mamá!

GULLIVIER. — Y todo cuando estaba a punto de lograr una sólida posición económica.

LA MADRE. — (*En comadre.*) A costillas nuestras. Usted es un pillo. Durante veinticinco años ha venido a esta casa para ahorrarse la cena. Trescientas sesenta y cinco cenas por veinticinco años son nueve mil trescientas setenta y cinco cenas. A seiscientos pesos cada cena, en el restaurante donde suele almorzar, son cinco millones seiscientos veinticuatro mil pesos. Toda una fortuna. Ahora que ha embolsado sus dineros levanta el vuelo y que las pollitas le coman el ajuar a su novia!

GULLIVIER. — ¡Comprendo su impaciencia, señora! ¡Como usted quiera!

TITINA. — (*Tratando de hacer callar a la marioneta.*) ¡Te lo ruego mamá! ¡Por favor!

LA MADRE. — Usted es un libertino. Durante veinticinco años ha tratado de seducir a esta pobre niña.

GULLIVIER. — (*A TITINA.*) Querida amiga: tenemos que ser fuertes. Somos víctimas de la incomprensión de la generación anterior. Siento que la vida haya sido tan dura con nosotros cuando todo estaba a punto de realizarse.

LA MADRE. — ¡Cuentos!

TITINA. — ¡Sí, Gullivier! ¡Sí!

GULLIVIER. — ¡Buenas noches!

(*APAGÓN. Cuando las luces se encienden GULLIVIER y TITINA están de pie en medio de la escena como en la primera visita. La actriz que interpretaba el papel de TITINA ha sido reemplazada por una marioneta que lleva su mismo vestido, pero está avejentada enormemente. GULLIVIER, usa el mismo traje pero se ha puesto una peluca blanca: es un viejo.*)

GULLIVIER. — ¡Buenas tardes, Titina!

TITINA. — ¡Buenas tardes, Gullivier!

GULLIVIER. — Pasé temprano y no la encontré. ¿Dónde estuvo?

TITINA. — En el cementerio. Fui a llevar flores a la tumba de mamá y papá.

GULLIVIER. — Es verdad. Hoy se cumple un nuevo aniversario de la muerte de ella.

TITINA. — (*Suspirando.*) ¡Diez años!

GULLIVIER. — ¡Cómo pasa el tiempo!

TITINA. — ¿Gullivier?

GULLIVIER. — Sí, Titina.

TITINA. — He pensado que mejor sería romper nuestro compromiso.

GULLIVIER. — No veo el motivo. Ya no está su madre

- que era quien se oponía. Yo la sigo queriendo como si fuera el primer día.
- TITINA. — Yo también, Gullivier.
- GULLIVIER. — ¿Entonces?
- TITINA. — Pienso que nunca podrá alcanzar la sólida posición económica con que sueña.
- GULLIVIER. — ¡Titina!
- TITINA. — ¿Gullivier?
- GULLIVIER. — ¿Usted me quiere?
- TITINA. — Por supuesto, Gullivier. ¿A qué viene esa pregunta?
- GULLIVIER. — ¿Me quiere de verdad?
- TITINA. — Ya se lo he dicho. Además, ¿le parece poco el que lo haya esperado treinta y cinco años?
- GULLIVIER. — Sin embargo.
- TITINA. — ¿Duda de mi palabra?
- GULLIVIER. — Ha pasado tanto tiempo, hemos estado tanto tiempo de novios que tengo miedo.
- TITINA. — ¿Miedo de qué Gullivier?
- GULLIVIER. — De que lo nuestro se haya vuelto una costumbre.
- TITINA. — Si así fuera, sería una hermosa costumbre.
- GULLIVIER. — Quiero saber...
- TITINA. — ¿Qué, Gullivier?
- GULLIVIER. — Si a pesar de los treinta y cinco años de nuestro noviazgo todavía tenemos sangre en nuestras venas.
- TITINA. — No entiendo, Gullivier, explíquese mejor.
- GULLIVIER. — ¡Quiero besarla, Titina!
- TITINA. — ¿Cómo se atreve, Gullivier?
- GULLIVIER. — (*Trémulo.*) Quisiera besarla en la boca. Quisiera tenerla en mis brazos.
- TITINA. — (*Indignada.*) ¿Por quién me toma, Gullivier? Por una de esas mujerzuelas con las cuales usted desahoga sus pasiones.
- GULLIVIER. — ¡Hace treinta y cinco años que quiero

besarla en la boca, Titina! Y ahora me parece que lo voy a conseguir.

TITINA. — Retírese, Gullivier. No tiene por qué ofenderme de esa manera.

GULLIVIER. — Titina, no me comprende. He conseguido lo que tanto deseaba, pero sólo una parte. Ayúdeme.

TITINA. — ¿Cómo?

GULLIVIER. — Le pido que me ayude.

TITINA. — No entiendo. ¿En qué quiere que lo ayude?

GULLIVIER. — A guardar el dinero que he ido atesorando durante todos estos años. Tengo miedo. No tengo confianza en los Bancos. Hay muchos asaltos últimamente. Pienso que en su casa es el único lugar donde puede estar seguro. Además, ese dinero es suyo también. Cuando termine de reunir lo que me falta podremos casarnos. ¿Me escucha Titina? ¡Podremos casarnos!

TITINA. — ¡Dios mío! ¡Si mamá viviera!

GULLIVIER. — ¿Me ayudará Titina?

TITINA. — Sí, Gullivier. Sí.

GULLIVIER. — Afuera tengo las cajas. Son simples cajas de madera para que nadie sospeche.

TITINA. — Lo ayudaré Gullivier. Lo ayudaré. Éste es el día más feliz de mi vida!

(APAGÓN. Cuando las luces se encienden GULLIVIER está en la puerta de entrada y arrastra un pesado cajón. Vuelve a salir y regresa con otra caja similar. Así, hasta que llena la habitación de cajones y cajas de todos los tamaños. Luego se para a descansar y se enjuga la frente con un pañuelo.)

GULLIVIER. — ¡Titina! ¡Titina! *(Busca por todos los rincones.)* Ya están las cajas.

(Afuera se escuchan gritos de una multitud. Luego disparos de fusil.)

¡Titina! ¡Titina! ¡Ya están todas las cajas! Por fin

estoy tranquilo! Han pasado cinco años más pero al fin tengo todo lo que quiero. Nuestra seguridad.

(Los cantos callejeros se renuevan. Tableteo de ametralladoras. Ayes, gritos, una sirena aúlla brevemente y luego una explosión sacude la casa.)

¡Titina! ¡Titina! ¡Dónde estás, amor mío! Ya tenemos nuestra seguridad! Mañana podemos casarnos.

(GULLIVIER busca en el suelo y se cala unas gafas de gran aumento.)

Mañana iré al registro civil y luego a ver al señor cura. Será una ceremonia sencilla. No tenemos edad para hacer las cosas de otro modo. La seriedad ante todo. La seriedad. Si te casaras de blanco harías el ridículo.

(Nuevamente se escucha la sirena, la explosión y el tableteo de ametralladoras.)

¡Titina! ¡Contéstame! ¡Dónde estás! ¡Yo sé que me estás escuchando pero ya no te puedo ver! ¡Me quieres todavía! ¿Sí?

(Se pone la mano en la oreja como para escuchar mejor y se pega al piso.)

¿Sí? Yo también. Vamos a ser muy felices. Vamos a disfrutar los pocos años que nos quedan. Pero tanto esperar. Sí. Ya sé. Pero valía la pena tanto esperar.

(Pausa. GULLIVIER comienza a aterrorizarse.)

¡Titina! ¡Contéstame! ¡No te escuchol! ¡No te puedo ver! ¡Titina! ¡Ahora vamos a ser muy felices!

(Se pone de pie y corre por toda la habitación tocando las cajas.)

¡Vamos a ser muy felices! ¡Titina!

(El fuego de ametralladora y los gritos se hacen más cercanos.)

¡Titina! ¡Titina! ¡Dónde estás, mi amor! Yo sigo queriéndote como siempre, como el primer día.

(Se vuelve a tirar al suelo y comienza a buscar por las hendijas del piso.)

¡Mi bichito querido! ¡No se esconda! ¡No tenga miedo! Ya no tenemos que tener miedo. He conseguido la seguridad. Ahora seremos felices.

(Voces de mando muy cercanas.)

¡Vamos a ser felices, Titina! ¡Titina! *(mimando a un ser invisible.)* Vamos a ser muy felices. Te quiero mi amor. ¡Te quiero!

(La puerta se abre y en el marco aparece la figura de un HOMBRE con una pistola ametralladora en la mano.)

¡Titina! ¡Titina! ¡Hemos logrado la seguridad, la felicidad, el amor!

t e l ó n

REPARTO

(por orden de aparición)

PERSONAJES:

LUCÍA

GASTÓN

MARTÍNEZ

GARCÍA

Una oficina pública de provincia, llena de expedientes, colocados en anaqueles polvorientos. Cuatro escritorios. El de LUCIA tiene un teléfono. Todos, unas destartuladas máquinas de escribir.

(Al levantarse el telón LUCIA habla por teléfono. Es una mujer hermosa, provocante, al filo de los treinta años.)

LUCIA. — ¡No...! Te digo y te vuelvo a repetir que no puedo ir. Hoy vuelve García... Sí... Sí... ya le dieron de alta... Sí. Es claro que ya está sano... Eso es lo que dicen los médicos... Las dos horas por día que nos daban, alternativamente, a Gastón y Martínez y a mí, se acabaron... Sí... Sí... Entiendo, pero ¿qué querés que haga?... Decile a la señora que tenga paciencia... ¿O vos crees que esos pesos a mí no me venían bien? El seco de mi marido cada vez se pone más tacaño... Para mí que juega... no sé a qué, pero juega... No... No sé... te digo que no sé... Sí. Se acabaron las dos horas por días... Pero claro que me importa... ¿O vos crees que si mi marido se enterara...? ¿Sabés la paliza que me puede dar?... Además, eso no era ponerle los cuernos... Sí hubiera sido con uno solo todo este tiempo... pero fueron tantos... ¡Qué mierda me importa la señoral... ¡Ya sé que pierde su comisión!... ¡Ya sé que esas dos horas por la tarde le quedan libres!... Sí... entiendo... Pero vos sos sorda o te hacés: ya te he dicho que hoy

vuelve García, que lo han dado de alta en el hospital... ¿O no sabés castellano?... ¡Claro que me enojo...! ¡Parecés idiota!... No... ¡Vos entretene-la a la vieja! Decile que ella haga también algo de su parte, que entretenga a los clientes... Yo voy a ver cómo encontrar otro horario sin que mi marido sospeche... Está bien... ¡Está bien!... ¡Arregla-la a la vieja con zalamerías!... Yo tampoco quiero perder esos pesitos... ¡Pero si mi marido se entera me muele a palos...! ¿Entendés?... ¿Vos no sabés cómo son los gallegos?... Sí... A veces pienso para qué mierda me habré casado... Está bien... Teneme al tanto... ¡Ya me has dicho que el que iba a ir esta tarde al departamento de la señora era un diplomático!... ¡Que se haga la puñeta! No puedo ir... Te vuelvo a repetir que a García le han dado de alta en el hospital... Como vos quieras... ¡Chau...! ¡Chau...!

(Cuelga. Se pone a revisar unos expedientes nerviosa. Entra GASTÓN.)

GASTÓN. — ¿Y?

LUCÍA. — ¿Y, qué?

GASTÓN. — Le han dado de alta a García.

LUCÍA. — Ya lo sé.

GASTÓN. — ¿Vino?

LUCÍA. — Todavía no. Viene mañana. Pero me dijo que esta tarde, a última hora se dará una vuelta para saludarnos.

GASTÓN. — ¡Viejo de mierda!

LUCÍA. — Vino un señor a buscarte.

GASTÓN. — ¿Un señor?

LUCÍA. — *(Acomodando otros expedientes.)* Sí. He dicho, un señor...

GASTÓN. — *(Preocupado, súbitamente.)* ¿Y qué aspecto tenía?

LUCÍA. — Era alto... Con algunas canas en las sienes... Llevaba un portafolio en la mano...

GASTÓN. — *(Cada vez más preocupado.)* ¿Preguntó por mí?

LUCÍA. — No. Por Martínez.

GASTÓN. — Y vos, ¿qué le dijiste?

LUCÍA. — Que había salido en comisión. Pero estaba escondido en el baño. Lo vio venir por el espejito que ustedes han puesto en la puerta.

GASTÓN. — ¿Dijo que iba a volver?

LUCÍA. — No. No dijo nada. Pero miró la oficina detenidamente mientras me contaba no sé qué pavadas. Al principio me pareció que estaba por tirársele un lance. Pero después me dio mala espina. Recitaba las cosas como si se las hubiera aprendido de memoria mientras observaba todo de reojo.

GASTÓN. — ¿Estás segura que no preguntó por mí?

LUCÍA. — *(Molesta.)* No. Te dije que preguntó por Martínez.

GASTÓN. — *(Luego de una pausa.)* Decime: ¿qué más tenía puesto?

LUCÍA. — Me imagino que debajo del pantalón, y del saco camisa, camiseta, calzoncillos.

GASTÓN. — *(Molesto.)* Está bien... Está bien...

LUCÍA. — ¡Ah! Ahora que me acuerdo, al caminar renqueaba un poco.

GASTÓN. — ¿No tenía una cicatriz en el mentón?

LUCÍA. — ¡Pero chel! ¿Vos qué te crees? Que yo no tengo nada que hacer para andar fijándome en todos los tipos que vienen por esta oficina.

GASTÓN. — Si te hubiera parecido un candidato de seguro que te fijabas en todo.

LUCÍA. — Vos sabés que mis negocios no los hago en la oficina.

GASTÓN. — *(Cada vez más nervioso.)* Ya sé... ya sé... en el departamento de la señora...

LUCÍA. — *(Con rabia.)* ¡Esos son asuntos míos!

- GASTÓN. — Decime: ¿no tenía un aire de abogado?
- LUCIA. — No me pareció...
- GASTÓN. — ¿Viajante de comercio?
- LUCIA. — Estás pesado hoy, ¿no?
- GASTÓN. — No te pareció que era...
- LUCIA. — ¿Qué?
- GASTÓN. — Un tira.
- LUCIA. — No. Yo los huelo a la distancia. Tienen cierta suficiencia, cierta agresividad ordinaria que se les ve aunque se disfracen de buzos.
- GASTÓN. — (*Mordiéndose las uñas.*) ¿Y el jefe?
- LUCIA. — Salió.
- GASTÓN. — ¿No dijo si volvía?
- LUCIA. — Ese nunca dice nada.
- GASTÓN. — ¿Vos creés que tardará?
- LUCIA. — ¡Qué sé yo! Para eso es jefe.
- GASTÓN. — ¿Sabe el jefe que a García le dieron de alta en el hospital?
- LUCIA. — Ya lo sabe... Ya lo sabe... ¡Pero, ché! Basta de interrogatorios. ¡Me tenés harta!
- GASTÓN. — (*Cambiando de maneras.*) Pero, chiquita: ¿no habíamos quedado en que todos nos íbamos a ayudar en este asunto?
- LUCIA. — Pero ahora todo se acabó. García vuelve mañana a cumplir horario. Ya está sano. Ese viejo de mierda bien podía haberse enfermado un tiempo más.
- GASTÓN. — Nos jode a todos: a mí, a vos, a Martínez.
- LUCIA. — ¡Y cómo! Yo tengo que cambiar todos mis planes, ahora, justo cuando comenzaba a hacerme una buena clientela. La vieja está que brama. Tengo que buscar otro horario, un horario en el que mi marido esté ocupado. Si el gallego se llegara a enterar, me mata.
- GASTÓN. — ¿Y nosotros? ¿Vos creés que no perdemos una ponchada de pesos? El negocio estaba dando

leche a patadas. Dos o tres clientes más y lo dejábamos.

LUCIA. — (*Bromista pero con un fondo de resentimiento.*) ¡Pero al señor García se le ocurrió curarse...!

GASTÓN. — ¡Viejo de mierda! ¡Viejo de mierda! Dos semanas más de hospital y terminábamos el trabajo. Dos semanas más y estábamos en Montevideo, en Brasil, y no tendríamos que vivir pensando en esta oficina apollada, ¡en la cara del jefe!

LUCIA. — No hay mal que por bien no venga. Quizá sea una suerte que García se haya curado. (*Insidiosa.*) ¿Y si hubieran ido en cana?

GASTÓN. — Vos sospechás que el tipo que vino esta tarde era un cana.

LUCIA. — (*Idem.*) No. Pero uno nunca sabe.

GASTÓN. — (*Volviendo a sus reflexiones.*) Con dos semanas más de hospital, con dos semanas, terminábamos el trabajito.

LUCIA. — (*En el colmo de la insidia.*) En esas dos semanas, García también podía haberse muerto.

GASTÓN. — (*Reaccionando.*) ¿Y vos, qué sabés? ¿Si nunca lo has ido a visitar en los tres meses que estuvo enfermo?

LUCIA. — (*Seca.*) Vos tampoco y Martínez, mucho menos.

GASTÓN. — (*Defendiéndose.*) Yo hablaba al hospital por teléfono.

LUCIA. — (*Seca.*) Yo fui un domingo.

GASTÓN. — Martínez también hablaba por teléfono.

LUCIA. — No volví más. Los hospitales me deprimen. El viejo estaba solo y tirado. No tiene ningún paciente.

GASTÓN. — No me vengas a llorar la carta ahora, a decirme que tenés complejos de culpa.

LUCIA. — (*A la defensiva.*) Una no es de palo. Además, tomé mis precauciones por si acaso al jefe le daba

por averiguar. Vos lo conocés bien. Vos sabés cómo es.

GASTÓN. — Sí: un boludo, un chupacirios. También él tiene mala conciencia. Por eso nos daba dos horas a cada uno, todos los días, antes del horario para que fuéramos al hospital a cuidarlo al viejo. Yo tomé mis precauciones.

LUCIA. — Todos tomamos nuestras precauciones... (*Insidiosa de nuevo.*) para ver si podíamos seguir con nuestros negocitos.

GASTÓN. — Ahora no te pongás en moralista. Es lo único que faltaba.

LUCIA. — No. Ahora, los tres estamos jodidos y bien jodidos. (*Insidiosa.*) Pero quién sabe: no hay mal que por bien no venga.

GASTÓN. — (*Irónico, a su vez.*) Dale: ahora un poco de resignación con música de violines.

LUCIA. — (*Idem.*) ¿Y si a ustedes los hubiera agarrado la cana?

GASTÓN. — (*Idem.*) ¿Y si a vos, tu marido...?

LUCIA. — (*Seria.*) Ahora que lo pienso bien, el tipo que vino a buscarte tenía cierta agresividad grosera.

GASTÓN. — (*Dando un salto.*) ¿Qué querés decir? (*Desconfiado.*) Tratás de meterme miedo...

LUCIA. — (*Muy seria.*) Cierta agresividad grosera que se le escurría por entre los buenos modales que trataba de aparentar.

GASTÓN. — (*Reaccionando.*) Mirá: a mí no me vas a meter miedo. Mal de muchos consuelo de tontos.

LUCIA. — Te estoy hablando en serio.

GASTÓN. — No. Lo que vos querés es gozar viéndome muerto de miedo. No te voy a dar con el gusto. Ya que a vos se te acabó la clientela te querés desquitar conmigo. ¿Pero si el gallego de tu marido se llegara a enterar de que en lugar de trabajar hasta las seis como es el horario de oficina, dos horas antes te

ibas al departamento de la señora a encamarte con tipos distinguidos... ?

LUCIA. — (*Tratando de mantener la sangre fría.*) No comencemos. No vamos a sacar nada si nos echamos encima como perros. Te digo que el tipo que vino hoy a preguntar por vos tenía cierta agresividad que se le transparentaba por entre la educación que quería demostrar. No sé en qué negocios andan ustedes ni me importan. Pero quiero prevenirte.

GASTÓN. — (*Intencionado.*) Se te agradece.

LUCIA. — Hemos hecho un pacto, ¿no?

GASTÓN. — ¿Esta tarde, a qué hora dijo García que pasaría a saludarnos?

LUCIA. — Antes de las seis. Mañana recién se hará cargo del puesto.

GASTÓN. — (*Para sí.*) ¡Dónde estará Martínez! ¡Dónde estará Martínez!

LUCIA. — Cuando se fue el tipo salió apurado. ¿Cómo ustedes nunca me dicen donde van?

GASTÓN. ¿Estaba asustado?

LUCIA. — ¿Quién? ¿Martínez? No podría decírtelo con seguridad, pero mis presentimientos tengo.

GASTÓN. — ¿Qué presentimientos?

LUCIA. — (*Confusa.*) De que el hombre... De que Martínez...

GASTÓN. — Sí.

LUCIA. — De que Martínez sabía quién era el hombre...

GASTÓN. — (*Ansioso.*) ¿Martínez estaba nervioso?

LUCIA. — Vos sabés que ése es un cara de piedra. Pero estaba apurado. Apenas tuvo tiempo de decirme, "ya vuelvo... voy a volver antes de que llegue el viejo García".

GASTÓN. — (*Para sí.*) No se habrá dejado seguir ese desgraciado...

LUCIA. — No sé de qué hablás.

GASTÓN. — Del negocio... De nuestros negocios...

LUCIA. — No sé qué negocios tienen ustedes...

GASTÓN. — ¿Y el hombre del portafolio, no dijo si iba a volver?

LUCÍA. — No. No dijo nada.

GASTÓN. — (*Mirándola fijamente a Lucía.*) No. No puede ser. Vos querés sacarme de mentira verdad.

LUCÍA. — ¿Y ahora que vuelve el viejo, para qué me interesan las porquerías de ustedes?

GASTÓN. — (*Al vuelo.*) Para tenernos prendidos. Para que no le batamos a tu marido que en el departamento de la señora vos te hacías unos pesos durante las dos horas que te daban para cuidarlo al viejo en el hospital. Estamos a mano.

LUCÍA. — ¿Y si fuera un cliente de ustedes y no un tira?

GASTÓN. — ¿Un cliente? Vos sabés algo. Cantá. Seguro que te lo ha contado todo ese infeliz de Martínez. Te tiene unas ganas bárbaras.

LUCÍA. — Vos sabés que con ese tipo no me acostaría ni por todo el oro del mundo. Tiene mal aliento. A mí no hay cosa que me repugne más que el mal aliento.

GASTÓN. — (*Mordaz.*) Seguro que la señora le huele el aliento a tus clientes antes de llamarte por teléfono.

LUCÍA. — Esos pagan bien. Es otra cosa.

GASTÓN. — Si Martínez quisiera sería capaz de tirarte con un millón de pesos por la cara.

LUCÍA. — ¡Qué va a tirar! ¡Qué va a tirar! A ese le gustan las cosas gratis. Y yo no me chupo el dedo. ¿O vos creés que no me he dado cuenta que ustedes dos, durante la enfermedad del viejo, han estado haciendo billetes de todos los colores? ¡Que se ponga y veremos!

GASTÓN. — Vos estás loca. Un millón de pesos. ¿Justo ahora que estamos a punto de tener el capital necesario para instalarnos en Montevideo o en Río de Janeiro y dejar esta oficina inmundada?

LUCIA. — Y que a mí me coman los piojos...

GASTÓN. — (*Irónico.*) ¿Si vos querés entrar en el negocio...? Me imagino que también tenés tus ahorros, que no te habrás comprado abrigos de visón ni joyas porque el gallego de tu marido habría comenzado a sospechar de que con lo que ganas aquí no te puede alcanzar. Desde hace dos años venís con el mismo vestido...

LUCIA. — Tengo mis ahorros. Quizá lo que les haga falta a ustedes. ¿Cuánto tienen?

GASTÓN. — Y... unos seis millones de pesos.

LUCIA. — (*Pasmada.*) ¡Caramba! (*Curiosa.*) ¿Y cuánto les falta?

GASTÓN. — Unos dos o tres...

LUCIA. — (*Sobradora.*) Hay giles en este mundo, por lo que veo. Hace seis meses que trabajan doce horas por semana y ya hicieron seis millones. Qué negocio más próspero. (*Irónica.*) Lástima que al viejo García se le ocurrió cortarles el chorro. (*Mutación brusca.*) No, Yo no tengo tanto. Apenas unos pesos. Mi trabajo es insalubre y a pesar de las apariencias no rinde tanto.

GASTÓN. — (*Desesperado.*) No. No. Vos, vos debés tener todo amarrado para darle el gran espante al gallego cuando llegue el momento.

LUCIA. — (*Molesta.*) Esas son cosas mías ¿sabés?

GASTÓN. — (*Insidioso.*) Pero nosotros podríamos avisarle justo a tiempo.

LUCIA. — (*Confusa.*) Pero yo también podría batirlos a ustedes. Estamos a mano.

GASTÓN. — Pero con la diferencia de que no podrías acusarnos de nada.

LUCIA. — ¡Quién sabe!

GASTÓN. — ¡Venir, tan luego ahora, a meternos miedo!

LUCIA. — Defensa propia, ¡che! ¡Defensa propia! ¡Y pensar que nos habíamos puesto de acuerdo...!

GASTÓN. — Pero vos con tu curiosidad...

LUCIA. — (*Amarga.*) Ahora no hay caso. Desde mañana vuelve el viejo y tendremos todos que trabajar con el horario completo. Hay que resignarse. Pongan esa guita en otro negocio. No sueñen tanto. Es preferible poco y seguro a mucho volando por las nubes.

GASTÓN. — Es que si nos quedamos corremos peligro...

LUCIA. — (*Triunfante.*) Con razón tanto interés por el hombre del portafolio. ¡En qué porquerías andarán metidos!

(*MARTINEZ entra cargado de paquetes. Los deposita sobre un escritorio.*)

GASTÓN. — ¿Y eso?

MARTINEZ. — (*Anhelante.*) ¿Vino el viejo García como prometió?

LUCIA. — No. Todavía no.

MARTINEZ. — (*Sale otra vez.*) Esperen, Ya vuelvo. Traigo más cosas.

GASTÓN. — ¡Pero vos estás loco!

LUCIA. — ¿Dónde vas?

(*MARTINEZ regresa con un canasto lleno de nuevos paquetes y botellas.*)

MARTINEZ. — ¿Dijo que iba a venir antes de las seis? ¿Cuánto falta?

GASTÓN. — Unos minutos...

(*MARTINEZ coloca los paquetes y las botellas en los escritorios.*)

Pero che, ¿qué son todas esas cosas? ¿Quién fue el que te vino a buscar?

MARTINEZ. — (*Afanado en su tarea.*) Después te lo digo...

GASTÓN. — No. Ahora. ¿Era uno de los clientes?

MARTINEZ. — No. Pero sospecho que lo mandó uno de los clientes.

GASTÓN. — Lucía me dijo que te pusiste pálido y que saliste corriendo.

MARTINEZ. — Por otros motivos.

LUCIA. — Y qué hay en estos paquetes.

MARTINEZ. — Lo que fui a buscar.

GASTÓN. — ¡Pero vos estás loco!

MARTINEZ. — En los paquetes quizá estén nuestras dos horas diarias que acabamos de perder.

LUCIA. — ¿Cómo?

MARTINEZ. — Como lo oís. En esos paquetes pueden estar las dos horas diarias que acabamos de perder.

LUCIA. — *(En el colmo de la curiosidad.)* ¡Abrirlos!

MARTINEZ. — Juntemos los escritorios. Saquen las máquinas de escribir. Poné el teléfono en el suelo.

(Los tres sacan las máquinas de escribir, el teléfono y luego juntan los escritorios.)

GASTÓN. — ¿Así?

MARTINEZ. — No. De costado. Como si juntaran cuatro mesas de confitería.

LUCIA. — No entiendo nada.

MARTINEZ. — Traé los paquetes.

(GASTÓN comienza a ponerlos sobre los escritorios.)

GASTÓN. — ¡Cómo pesan!

LUCIA. — *(Ayudándolo.)* ¿Y estas botellas?

GASTÓN. — *(Abriendo un paquete.)* ¿Qué es esto? ¿Comida?

MARTINEZ. — *(Intencionado.)* Para una fiestita que le daremos hoy al viejo con motivo de su vuelta al trabajo.

LUCIA. — ¡Pero vos estás loco!

MARTINEZ. — Nada de eso.

GASTÓN. — ¡Es un disparate! ¿O querés quedar bien con García para que no nos denuncie al jefe que jamás fuimos a cuidarlo cuando estaba en el hospital?

MARTINEZ. — Frio . . . Frio . . .

GASTÓN. — *(Tomándolo de las solapas.)* Hablá, te digo. Ya me has metido en una y quiero saber a dónde vamos ahora.

MARTINEZ. — *(Con rabia.)* Sacá las manos de encima. Yo sé lo que hago. En el cajón de mi escritorio hay unos papeles blancos. Ponelos como si fueran manteles. *(A Lucía.)* Y vos traé esos vasos que hay en la cafetería.

LUCIA. — Sólo hay dos.

MARTINEZ. — No importa. Traelos y también las tazas de té. *(A Gastón.)* Harían falta flores.

GASTÓN. — No entiendo...

MARTINEZ. — Aquí el que piensa soy yo. Vos hacé lo que te he dicho.

(GASTÓN a desgano comienza a abrir los paquetes y a colocar las bandejas con comida sobre los escritorios. Saca papeles en blanco de uno de los escritorios y los acomoda como manteles y servilletas. LUCÍA entra y sale trayendo cosas. Destapan botellas. En medio del trajín se abre la puerta de la izquierda y aparece GARCIA. Es un anciano dulce, encantador, vestido muy a la antigua, pero muy pulcro y limpio. Está pálido y delgado.)

GARCIA. — ¡Muchachos! ¡Ya estoy de vuelta!

LUCIA. — *(Corriendo a abrazarlo.)* ¡Qué decís, viejito querido!

GASTÓN. — *(Idem.)* ¿Viste que ibas a sanar?

MARTINEZ. — *(Idem.)* ¡Y vos que pensabas no volver!

GARCIA. — Les agradezco tanto lo que se han ocupado de mí. Las enfermeras me dieron todos sus mensajes. *(A LUCIA.)* Gracias, Lucía, por las flores.

LUCIA. — *(Sorprendida.)* ¿Las flores?

GARCIA. — Sí. Las flores que mandabas todos los jueves.

LUCIA. — *(Idem.)* Pero yo...

GARCIA. — Entonces, fuiste vos Gastón...

GASTÓN. — ¿Yo...?

GARCIA. — ¡Martínez! Quién otro podía ser sino Martí-

nez. Yo las recibía en nombre de todos. Lástima que Lucía vino un solo domingo a verme.

GASTÓN. — (*Disculpándose.*) Es que sabe, viejo . . .

GARCIA. — Ya sé . . . Ya sé . . . Cuando se vive tan lejos... cuando se tiene una casa . . . Pero yo los sentía que estaban cerca de mí. Los sentía por las noches. A las seis de la tarde me decía: "Los muchachos están saliendo de la oficina. Lucía se va a hacer unas compras para la casa. Gastón y Martínez discuten de fútbol una media hora en el café de la esquina" ¿Y qué me dicen de Vélez? ¡Cómo los he echado de menos!

LUCIA. — Nosotros también, viejo, Nosotros también.

GASTÓN. — ¡Y cómo!

MARTINEZ. — (*Siniestro.*) Para festejar su vuelta le hemos preparado una fiestita.

(*GARCIA mirando los escritorios repletos de comida.*)

GARCIA. — ¿Todo esto para mí?

MARTINEZ. — ¿Y para quién otro?

GARCIA. — ¡Pero todo esto cuesta una fortuna!

LUCIA. — (*Falsa.*) ¡Viejo: usted se merece esto y mucho más!

GASTÓN. — Además queríamos compensar de algún modo lo que no pudimos ir a visitarlo en el hospital.

GARCIA. — Estoy emocionado. Muy emocionado. Pero, ustedes saben, yo no puedo comer sino muy pocas cosas. El médico me ha dado un régimen severo. Después de tres operaciones como las que me hicieron, ya no soy el mismo de antes.

GASTÓN. — No se aflija. Nosotros comeremos por usted. Pero algo habrá de picar, ¿no?

GARCIA. — Y, lo que pueda.

MARTINEZ. — Eso sí: un trago a la salud de todos.

(*Se apresura a llenar de vino los vasos y las tazas.*)

GARCÍA. — (*Rechazando el vaso.*) Alcohol, no. El médico me lo ha prohibido.

LUCÍA. — Pero un traguito. ¿Qué le va hacer un traguito, García? Además, ya tendrá tiempo de cumplir con el régimen. No le va a hacer nada si se sale un poquito. Hoy es un día importante.

(*MARTÍNEZ imperativo, poniéndole un vaso en las manos a GARCÍA.*)

MARTÍNEZ. — ¡Tome, García! (*A los demás.*) Vamos a brindar por el regreso de nuestro querido compañero Eustaquio García, el empleado más antiguo de esta repartición.

GASTÓN. — (*Irónico.*) Lucía quiere decir unas palabras.

LUCÍA. — (*Sorprendida.*) ¿Yo?

GASTÓN. — Y quién otro. Vos tenés tus veleidades. Siempre te vemos con libros en las manos...

LUCÍA. — (*Vacilando.*) Bueno... García: con este sencillo homenaje queremos significarle cuánto lo apreciamos y lo queremos. Y si no estuvimos... físicamente a la cabecera de su cama lo estuvimos moral y espiritualmente. Usted sabrá disculparnos...

GARCÍA. — (*Emocionado.*) ¡Muchas gracias, Lucía! ¡Muchas gracias! No esperaba tanto.

MARTÍNEZ. — (*Enérgico.*) Tome un trago, García. (*A los demás.*) Brindemos todos a la salud de nuestro viejo compañero.

(*Todos beben. El viejo se moja apenas los labios.*)

¡Qué vino más rico! Me hace acordar a uno con el cual nos emborrachamos en la fiesta de bachilleres. (*A García, enérgico.*) Tome, García. Tome: no tenga miedo.

GASTÓN. — Un trago, García. Un trago.

GARCÍA. — (*A Martínez.*) No, Martínez, por hoy, basta.

GASTÓN. — ¡Qué le va a hacer una copita!

MARTÍNEZ. — (*Enérgico.*) No nos desprecie, García. Tome ese vaso. Hasta el fondo. A ver..

(*Le toma la mano y le lleva el vaso hasta la boca. El viejo bebe forzado.*)

Así... Ya está...

(*LUCIA enérgica, comprendiendo el juego de MARTINEZ.*)

LUCIA. — Aquí tiene este matambre casero. Coma un poco, García.

GARCÍA. — El médico me ha prohibido los picantes...

MARTINEZ. — (*En charlatán de feria.*) Ya dijimos que hoy las órdenes del médico no corren. Desde mañana comenzará el régimen. (*Enérgico.*) ¡Coma, García! Es un matambre fresquito, recién hecho. Yo mismo lo compré en la fiambrería de la esquina de casa...

GARCÍA. — (*Disculpándose.*) Tan sólo un bocadito.

LUCIA. — (*Abalanzándose sobre el viejo.*) ¿No me va a decir que no va a probar este lechón?

GARCÍA. — ¡Está muy adobado!

GASTÓN. — (*Sádico.*) ¡Qué va a estar! ¡Qué va a estar!

LUCIA. — (*Metiéndoselo en la boca.*) Un poquito. Hágallo por mí.

(*MARTINEZ llenando los vasos y sobre todo el del viejo.*)

MARTINEZ. — Otro trago, García. Ahora vamos a brindar por el aumento de sueldo.

LUCIA. — ¡Por el aumento de sueldo!

GARCÍA. — El aumento de sueldo. Me va a hacer falta. Con todos los gastos de farmacia y los médicos... Y eso que estuve en un hospital...

MARTINEZ. — (*Metiéndole el vaso en la boca.*) Por el aumento de sueldo.

(*GARCÍA bebe forzado.*)

Ya está.

GARCÍA. — No creo que sea correcto lo que estoy haciendo. ¿Y el señor jefe?

GASTÓN. — Se disculpó. Lo hicieron llamar del ministerio.

GARCÍA. — Es un hombre de confianza del señor Ministro.

LUCIA. — (*Feroz, levantando el vaso.*) Por el aumento de sueldo.

GARCÍA. — Ya brindamos.

LUCIA. — (*Idem.*) Brindemos otra vez.

MARTÍNEZ. — (*Autoritario.*) ¡Beba, García! ¡Beba! ¡No le haga caso al médico!

GASTÓN. — (*Idem.*) Un vaso más, ¿qué le puede hacer?

GARCÍA. — Todavía estoy débil. El vino se me puede ir a la cabeza.

MARTÍNEZ. — (*Sádico.*) ¡Qué va a estar! ¡Qué va a estar! Se lo ve muy bien. Está hecho un pibe.

LUCIA. — (*Irónica.*) Yo diría que en el hospital le han sacado unos diez años.

GARCÍA. — (*Bromeando.*) Y muchas otras cosas más...

MARTÍNEZ. — (*Tiránico.*) García: ¡beba! ¡Por el aumento de sueldo!

GASTÓN. — No nos desaire.

(*LUCIA entrando en un juego alucinante.*)

LUCIA. — Beba, ¡García! No nos traiga mala suerte. Si usted no bebe no tendremos aumento de sueldo.

(*MARTÍNEZ le pone el vaso en la boca. GASTÓN le toma la cabeza y LUCIA le toma las manos.*)

GASTÓN. — Beba, ¡García!

LUCIA. — ¡Por nosotros, García!

MARTÍNEZ. — Beba, García.

(*El viejo termina el vaso y respira.*)

GARCÍA. — (*Suspirando y tambaleándose.*) Estos muchachos me van a emborrachar.

MARTÍNEZ. — Usted es capaz de vaciarse un tonel y no le pasa nada.

GARCIA. — (*Dulce y sentencioso pero algo ebrio.*) Pero no hay que abusar.

LUCIA. — (*Enarbolando una pata de pavo.*) Ahora coma esta pata de pavo.

GASTÓN. — (*Idem con una costilla de cerdo.*) Pero antes termine su chanchito. No le tenga miedo al adobo. Usted está sano. Los médicos mienten.

(*Entre los tres le meten pedazos de comida en la boca. El viejo se atraganta. Los tres lo ceban como a un pavo.*)

MARTÍNEZ. — (*Satánico.*) Propongo otro brindis: ¡Por el negocio que vamos a instalar! (*Levanta el vaso triunfal.*)

GARCIA. — (*Terminando de tragar los bocados.*) ¡Un negocio? ¡Qué bueno! ¡Qué bueno! ¡Y no me lo habían dicho!

GASTÓN. — (*Siniestro.*) ¡Queríamos darle una sorpresa!

GARCIA. — (*Ingenuo.*) ¿Y van a dejar la oficina?

LUCIA. — (*Feroz.*) Pero no nos vamos a olvidar de usted, viejo. Si con nosotros estuvo en las malas, también estará en las buenas.

GARCIA. — (*Exultante, como un chico.*) ¡Pero no me digan! Esto es la felicidad completa.

(*MARTÍNEZ metiéndole el vaso en la boca y obligándolo a beber mientras LUCIA le sostiene las manos y GASTÓN la cabeza.*)

MARTÍNEZ. — ¡Salud, García! ¡Por los buenos negocios!

GASTÓN. — ¡Salud, García! Por los buenos negocios. ¡Hasta el fondo!

LUCIA. — ¡Hasta el fondo! Por los buenos negocios.

(*El viejo se tambalea y respira agitado.*)

GARCIA. — (*Tambaleándose.*) ¡Hasta el fondo!

(*LUCIA volviendo a la carga con un plato de comida.*)

LUCIA. — Otro poquito de matambre. No beba sin comer. Se le puede ir el vino a la cabeza.

GARCIA. — (*Tambaleándose.*) Creo que estoy un poco mareado...

GASTÓN. — (*Arrimándole una silla.*) Siéntese aquí, García.

MARTINEZ. — (*Sádico.*) Póngase esta servilleta.

LUCIA. — ¡Coma su matambre...!

GASTÓN. — ¡Su costilla de chanco, primero...!

GARCIA. — (*Defendiéndose.*) ¡Gracias, muchachos! ¡Gracias! ¡Pero basta!

MARTINEZ. — (*Siniestro.*) ¡Coma, García ¡Coma! ¡Coma! ¡Coma!

(*LUCIA como alucinada metiéndole trozos de carne en la boca.*)

LUCIA. — ¡Coma! ¡Coma! ¡Coma!

(*GASTÓN metiéndole una copa entre los dientes mientras los otros dos sostienen al viejo que se resiste.*)

GASTÓN. — ¡A la salud y por los buenos negocios!

LUCIA. — (*Alucinada.*) Por nuestro nuevo socio don Eustaquio García.

MARTINEZ. — (*En el colmo del sadismo.*) ¡Beba, García! No le haga caso al médico.

(*GASTÓN le aprieta la nariz; el viejo se ve obligado a tragar.*)

GASTÓN. — Un trago de vino no hace nada. Un trago de vino no hace nada. Un trago de vino no hace nada.

LUCIA. — No le haga caso al médico, No le haga caso al médico. ¡¡¡¡¡No le haga caso al médico!!!!

(*El viejo se revuelve, bebe la copa. De pronto tiene un ahogo. Manotea. La mirada se le pone vidriosa y se desmaya.*)

(*Saliendo de su trance.*) ¡El viejo!

GASTÓN. — Desabrochale la corbata, la camisa, aflojale el cinto.

MARTINEZ. — ¡Rápido! ¡Traé algo con que hacerle aire!

LUCIA. — (*Muerta de miedo.*) ¿Se ha desmayado?

GASTÓN. — (*Dándose ánimo.*) No. Está borracho.

(*MARTINEZ con temor se acerca, le pone el oído en el pecho, primero; luego le toma el pulso.*)

MARTINEZ. — ¡Está muerto!

GASTÓN. — (*Lanzándose sobre el viejo y sacudiéndolo.*)

No puede ser... No puede ser... ¡No puede ser!

LUCIA. — ¡No puede ser!

GASTÓN. — ¿Y ahora, qué decimos?

MARTINEZ. — (*Recobrando la frialdad.*) Que se murió mientras comía.

GASTÓN. — ¡Viejo hijo de puta! ¡Arruinarnos así el negocio! (*Sacudiendo el cadáver.*) ¡Viejo hijo de puta! ¡Viejo hijo de puta! ¡Viejo hijo de puta!

(*LUCIA grave, con los ojos inmensamente abiertos.*)

LUCIA. — ¡Amén!

Telón

INDICE

Arroz con leche . . . me quiero casar	7
Visita de novios	75
Gullivier	107
La última cena	127

1. The first part of the report is devoted to a general
 description of the country and its resources. It
 is followed by a detailed account of the
 various industries and occupations of the
 population. The report concludes with a
 summary of the principal facts and a
 list of the principal places in the
 country.

Este libro fue compuesto y armado en
LINOTIPIA PONTALTI, Fraga 49/53, e impreso
en los Talleres Gráficos GARAMOND S.C.A.,
Cabrera 3856, Buenos Aires, en julio de 1970.

Adquisición: Donación
Precio: \$ 5=
Expiración: Año 2003

Prof. Roberto García

DEVOLUCION

22.9.04
29.09.04

Bajo el título común de Vecinos y Parientes, JULIO ARDILES GRAY, el novelista de Elegía, Las puertas del paraíso, El Inocente y Los médanos ciegos, ha reunido en este volumen sus primeras piezas para el teatro: ARROZ CON LECHE... ME QUIERO CASAR; VISITA DE NOVIOS; GULLIVIER y LA ULTIMA CENA; en todas ellas a partir del costumbrismo ha llevado las situaciones por el camino del absurdo hasta el terreno de la crueldad, siguiendo la senda iniciada por don Armando Discépolo (a quien reconoce como maestro) e incorporando los tics de los argentinos al marco que le brindan las corrientes teatrales contemporáneas.



Vecinos y Parientes

(Teatro)

Julio Ardiles Gray

Ediciones de la Flor

